

IDAD
CCIÓN G

VIDA
DE LA
BEATA
ENCARNACION

EX4705
.M36
M6
C.1

009220



1080026247



EX LIBRIS

HEMSTHERIO VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N. LEÓN
CARRILLO DE LA PENSA EDIFICADA EN 1526
Roll 665 MICROFILMADO 12/5/83

VIDA

DE LA BEATA

MARIA DE LA ENCARNACION,

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



R. Abate J. R. M. 1791

Verdad Retrato de la B.  María de la Encarnación,
 fundadora en Francia de las ^{de} Carm. Desc. ^{del} murió en Pon-
 toise el 16 de Abril de 1622, y habiendo florecido en multitud de
 Vir y milagros, así en vida como en muerte, fue beatificada por
 N. S. S. P. Pio VI. en 5 de Junio de 1791.

V I D A
 DE LA BEATA
 MARÍA DE LA ENCARNACION,
 MONJA CONVERSA PROFESA,
 DEL ORDEN
 DE CARMELITAS DESCALZAS,
 Y SU FUNDADORA EN FRANCIA,

ESCRITA
 POR BARTOLOME MOIRANI, ROMANO,
 Y DEDICADA
 AL REY CATÓLICO DE LAS ESPAÑAS
 CARLOS IV.

FOR DIONISIO NICOLAS IMBERT DE CHATENAY,
 Presbítero, Abad Comendatario del Monasterio de la San-
 tísima Trinidad, llamado Fuente de San Patricio, Postu-
 lador de la Causa de la misma Beata en la Curia
 Romana.

IMPRESO EN MADRID

en la Imprenta de don Joseph Doblado

EN MADRID: AÑO DE M. DC. LXXI.

EN LA IMPRENTA DE DON JOSEPH DOBLADO.

V
922
M

BX4705



FONDO
VALVERDE Y TELLEZ

132966

AL REY CATÓLICO DE LAS ESPAÑAS
CARLOS IV.

SACRA, CATÓLICA Y REAL MAGESTAD.

Ninguno es extranjero para
un católico instruido en la escuela
del Divino Redentor de todos. Je-

su-

009226

su-Christo no hace distincion entre Griego y Bárbaro, entre el que vive en el Oriente ó en el Occidente en los benéficos desahogos de su corazon. Si faltaran pruebas de esta verdad, vuestra Magestad, Señor, dá continuamente tantas y tan manifiestas, que es preciso cerrar los ojos para no verlas y admirarlas. A mas de que V. M., á exemplo de sus Augustos Progenitores, tiene á grande gloria suya el distinguirse con el renombre de Católico; á mas de haber erigido una Congregacion, con el fin de promover mas y mas en sus vasallos el culto debido al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, divino y dulce centro de la unidad católica, y haberse hecho alistar en ella, juntamente con su dignísima

Es-

Esposa la REYNA, por su Hermano mayor; todas las otras gloriosísimas acciones de la gran Religion, y singularísima piedad de V. M., muestran con evidencia quán digno es su régio corazon de ser mirado como el comun refugio y defensa de todos los fieles discípulos del Redentor. Agraviaria yo á V. M., acostumbrado desde sus primeros años á hacer el bien con prontitud, pero á olvidarlo con generosidad, si ahora quisiera traer á su Real memoria toda la série de las acciones de su Religion y Catholicismo en apoyo y defensa de la paz, y de la gloria de la comun Madre de la Iglesia Católica Romana, contra la desenfrenada licencia de aquellos que se empeñan en destruir con todo género de

mal-

maldades la Casa del Señor. Lo que no puedo dexar de recordar á V. M., en testimonio de la mas justissima gratitud, es el asilo, que con religiosa liberalidad concedió en sus dichosísimos Reynos á los Obispos, á los Párrocos, á las Religiosas Carmelitas Descalzas de Francia, desterradas y peregrinas de su patria, por la inhumana persecucion que contra aquellos y éstas han suscitado los enemigos de la Religion y de la piedad: como tambien la singular bondad con que V. M. se ha dignado admitir de mis manos el corto obsequio de este libro. Es verdad que su asunto son las principales, heroycas y christianas hazañas de una Hija de aquella TERESA, que habiendo nacido en los dominios de los Reyes
de

de España, tuvo siempre á gran gloria obedecer con puntualidad á las insinuaciones de sus Soberanos, no solo por la obligacion de conciencia, que comprehende á todos los fieles, si no tambien por un humilde y rendido reconocimiento á los particulares favores, que el Monarca Español dispensó á la Reforma del Carmelo: de aquella TERESA, que no contenta con haber desempeñado cabalmente esta obligacion, quiso que la imitaran todos los Hijos é Hijas de su Reforma, mostrándose los mas fieles, los mas respetuosos y rendidos á las insinuaciones de sus Soberanos entre todos los vasallos, y ofreciendo á Dios continuas y fervorosas Oraciones por su felicidad y conservación: de aquella

**

TE-

TERESA, en fin, por cuya devoción tiene V. M. la piadosa complacencia de llamar á todas sus Casas, Patrimonio de su Real Corona. Es verdad que la BEATA MARÍA, aunque nacida en Francia, puede reputarse por Española, así porque fué escogida de Dios para propagar la Reforma de SANTA TERESA en aquel Reyno, como porque fué educada en la escuela de la perfección christiana por la VENERABLE ANA DE SAN BARTOLOME, una de las primeras Compañeras de la Santa Reformadora, cuyas virtudes están ya declaradas por de grado héroyco por el Oráculo del Vaticano. Es verdad que la Real Alteza de la Serenísima LUISA DE BORBON, gloriosa consanguinea de V. M., fué quien con su zelo y liberalidad promovió

la

la Causa de la BEATA MARÍA, solicitando que el Sumo Pontífice la pusiera en el número de los Beatos; y que pocos instantes ántes de entregar su espíritu á Dios en olor de santidad, aseguró, que su Real Familia tendria siempre baxo su protección los Monasterios de las Carmelitas Descalzas, cuyo instituto habia profesado hasta entonces con raro exemplo de piedad con el nombre de SOR TERESA DE SAN AGUSTIN. Todo esto, Señor, es verdad, y todo esto bastaba á inclinar el religioso corazon de V. M. á tomar baxo su amparo la historia de una insigne Muger, á quien el Sumo y Soberano Pontífice Pio VI., que felizmente reyna, acaba de conceder los honores del culto público en los Altares. Pero tam-

bien es verdad , que ningun mé-
rito podia yo tener con V. M. pa-
ra lisonjarme , que esta historia,
escrita de mi mano , hubiera de
hallar favorable acogida en su Ré-
gio Trono. Solo el católico cora-
zon de V. M., protector declara-
do de la Religion , de la Iglesia, y
de la virtud, ha sido quien á mí me
ha alentado á presentarme á los
Reales Pies de V. M.: y á V. M. á
aceptar este mi corto obsequio. A
vista de un favor tan singular, mis
pensamientos ya no pueden ser
otros , que publicar todo lo res-
tante de mi vida, en quanto alcan-
cen mis pocas fuerzas, la grande-
za y religion de V. M., para que ad-
mirándola todos conmigo , todos
tributemos á tan gran piedad los
encómios que de justicia le son de-
bi-

bidos. Todo esto es poco , Señor,
lo confieso. Pero á lo ménos servi-
rá para mostrar mi respeto , vene-
racion y agradecimiento á V. M.
en el hecho mismo de preciarme,
como me precio , de ser siempre,
y para siempre

DE VUESTRA MAGESTAD:

SEÑOR:

Humilde, rendido, y obligado
Criado y Capellan:

*El Abate Dionisio Nicolás Imbert
de Chatenay,*

Postulador de la Causa. ®

Carta de San Francisco de Sales , Obispo de Ginebra , que puede servir del mas oportuno y expresivo prólogo á la Vida de la Beata Maria.

Muy Señor mio : doy mil gracias por el Retrato de la Beata Sor Maria de la Encarnacion : y ninguna otra cosa podia Vmd. enviarme , ó de mas provecho , ó de mas gusto para mi alma ; porque por una parte tengo grande amor y respeto á aquella Santa Persona , y por otra me hallo muy necesitado de avivar en mí los piadosos afectos que causó en mí su vista , y la espiritual correspondencia que tuve con ella por el espacio de seis meses que fuí su confesor ordinario , y en tantas ocasiones en que habló y platicó conmigo del servicio de Dios casi cotidianamente. Me han dicho que se ha escrito é impreso su vida. ¡Oh! ¡quánto provecho hará aun á los seglares si se ha pintado

do bien aquella parte de su historia , que corresponde al tiempo que vivió en el siglo ! En suma , yo soy apasionado , y admirador de aquella santa Alma , y estimo mucho á los que ella estimó en vida ; y muy particularmente á Vmd. cuya amistad me procura ella misma , en la qual suplico me quiera conservar , y dando de nuevo las gracias por el santo Retrato , viviré con el favor de Dios , y moriré su mas humilde y apasionado servidor :

A 24 de Abril de 1621.
ANECT.

Francisco , Obispo de Ginebra.

Aquí estan las aprobaciones , y licencia del Maestro del Sacro Palacio.

ERRATAS.

Pág.	Lin.	Erratas.	Correcciones.
29	2	Enrico	Henrique
31	10	conyugal	conyugal
39	15	visira	visita
Ibid.	20	se los daba	se lo daba
61	12	estorbasen	estorbasen
65	6	de cuidado	del cuidado
115	5	racionaba	razonaba
125	ult.	pernisiosos	perniciosos
157	7	parecia	padecia
185	3	arrebata	arrebataada
218	7	aplopegia	apoplegia
Ibid.	9	da tal	de tal
244	13	ó los	los
245	17	dicho	dicha
254	7	de Preparatoria	Preparatoria
261	10	pesencia	presencia
Ibid.	16	Pasqua	Pascua
263	ult.	lo mas	los mas
266	8	vuelva	vuelva á



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

V I D A
DE LA BEATA
MARIA DE LA ENCARNACION,
MONJA CONVERSA PROFESA,
DEL ORDEN
DE CARMELITAS DESCALZAS,
Y SU FUNDADORA EN FRANCIA.
PARTE PRIMERA.

CAPITULO PRIMERO.
Nacimiento y primera educacion que tuvo la Beata Maria.

En París, Corte del Reyno de Francia, nació la BEATA MARIA DE LA ENCARNACION, el día primero de Febrero del año de mil quinientos sesenta y cinco, y el segundo del mismo mes fué bautizada, y le pusieron por nombre BARBARA. Su Padre fué Nicolás Aurillor, Señor de Champlastreux, Consejero del Rey

Rey de Francia, Maestro Ordinario en la Sala de cuentas, y Canciller de la Reyna de Navarra: su Madre María I^a Huillier; ambos Nobles, y de las mas antiguas familias de Paris; muy temerosos de Dios, y fervorosisimos católicos. Diéron una prueba de su firmeza en la fe, y de su adhesion y respeto á la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, en las furiosas turbulencias, que los Sectarios del herege Calvino suscitaron en Francia; puesto que en medio de ellas se mantuvieron constantes en la pureza de la Religion Católica, sin dexarse jamas arrastrar de la licencia de aquellos tiempos calamitosos. La BEATA MARÍA fué hija de sus Oraciones; porque habiendo sus Padres vivido muchos años en el Santo Matrimonio, sin tener el consuelo de ver criados sus hijos, porque apenas los tenian, quando la muerte se los quitaba, la Madre, hallándose en cinta de esta hija, hizo voto con consentimiento de su Marido, de que si vivia lo que entónces tenia en su vientre, lo vestiría de blanco en reverencia de Maria Santissima Madre de Dios, has-

hasta la edad de siete años; y cumplidos éstos lo presentaría en una Iglesia dedicada á la Señora en nacimiento de gracias. Cumpliéron puntualmente esta promesa los piadosos Padres, llevando á su tiempo á la niña BARBARA á la Iglesia de nuestra Señora de Liessa, donde se desnudó del vestido blanco, y lo dió á los pobres. A medida que iba despuntando en ella el uso de la razon, tuviéron gran cuidado sus Padres de enseñarle la doctrina Católica, y las obligaciones y reglas de bien vivir; y á su tiempo cuidaron que recibiera el Sacramento de la Confirmacion. Sacó de estas instrucciones tanto provecho, que de dia en dia hacia ver mas y mas su aficion y propension á la piedad, y á todo lo bueno en la modestia y dulzura de su trato.

CAPÍTULO II.

Condúcenla sus Padres para su educacion al Monasterio de Long-champ.

A los doce años de su edad la pusieron sus Padres para que fuera educada en el Convento de Long-champ, del Orden de Santa Clara, distante dos leguas de París; en donde baxo la direccion de una Tía suya, Religiosa muy exemplar, adelantó tanto en la virtud y perfeccion christiana, que llenó de admiracion á todas las Monjas. En este Convento comulgó la primera vez, y despues de esta santa accion, á que se preparó con mucha humildad y fervor, parece que Dios tomó de nuevo posesion de su corazon. De hecho, al recibir la primera vez á su Dios Sacramentado, experimentó tan dulces consuelos, y tan poderosos estímulos del amor divino, que desde entónces concibió un entrañable tedio á todas las cosas de la tierra, y un ardentísimo deseo de consagrarse únicamente á Dios, y á su santo servicio. De aquí,

aquí, que toda su vida tuvo presentes, con un vivo agradecimiento, los favores que recibió en la primera Comunión, y decia en muchas ocasiones, que convenia mucho que los jóvenes comulgaran la primera vez, antes que perdieran la primera inocencia, porque entónces estaba el alma mas dispuesta para recibir la divina gracia. Mientras vivió en dicho Monasterio, mostró tambien tal madurez de juicio en sus palabras, y tal prudencia en sus respuestas, que la misma Superiora, quando tenia que resolver algun negocio árduo tomaba su consejo, y siempre le fué bien con él.

CAPÍTULO III.

Trabajos que sufrió la Beata en la casa de sus Padres, despues que la sacáron del Monasterio.

Desaba la virtuosa doncella no dexar jamas el retiro de Long-champ, en donde hallaba tanta oportunidad para servir á Dios; á lo ménos que se le concediera vivir allí

al-

algunos años mas. Pero sus Padres, apenas hubo cumplido los catorce años, la traxéron á su casa. Mucho sentimiento le costó dexar su amada soledad, y no por dexarla, dexó de tener siempre fixos en su corazon los principios de religion y piedad que en ella habia aprendido; y en quanto le fué posible continuó en la casa paterna los exercicios y prácticas de devocion que habia tenido en el Monasterio. Precisada á vivir en medio del mundo, procuraba huir quanto podia de las conversaciones; y quando se veia obligada de tenerlas, lo hacia con mucho disgusto, y con lágrimas. Sufrió su Madre al principio la extraordinaria devocion de la hija, con la esperanza de que con el trato de las gentes se iria moderando en ella. Pero viendo que perseveraba siempre constante en el aborrecimiento de las cosas del siglo, aun las mas alhagüenas, y suponiendo que esto provenia de apocamiento y cortedad de espíritu, comenzó á mostrarle el sentimiento que le causaba semejante conducta, al principio con palabras, y despues, advirtiendo que éstas

tas no aprovechaban, con rigor y dureza: lo qual sirvió á la hija de exercicio grande de virtud. Entre otros malos tratamientos, en tiempo de frios rigorosos, le prohibia el que se acercase á la lumbre: y la obligaba á venirse junto á una puerta por donde entraba un viento sumamente frio, tanto que una vez se le eláron los pies de modo que fué preciso que el Cirujano la curara, sacándole un hueso que se le habia careado. Sufrió BARBARA esta cruel operacion con tal suavidad, y ánimo tan igual, que puso admiracion á quantos la presenciaron. Pero aun fué mas de admirar que con este lance no mudó de conducta la Madre, ni mitigó sus rigores con la Hija; la qual en medio de tantos trabajos conservó siempre una humildad, una paciencia, una alegría y tranquilidad, que ni en sus acciones, sus palabras y su semblante jamas se notó muestra alguna de enfado, ó disgusto, y se portó siempre, aun con su Madre, con la mayor sumision y respeto. Suspiraba por el momento de dexar para siempre al mundo, y consagrarse entera-

men-

mente á Dios en el estado Religioso. Por lo qual suplicó con muchas instancias á sus Padres, que le permitieran vestirse de Religiosa en el Hospital mayor de París, para dedicarse toda á la asistencia de los pobres; pero no lo consintieron. Mas de una vez se aventuró á reiterar sus súplicas; pero viendo en ellos una contradiccion invencible, puso su suerte en manos de la Providencia, y jamas volvió á hablarles de su vocacion.

CAPÍTULO IV.

Matrimonio de la Beata.

Entre tanto sus Padres pensaron darle, y la obligaron á abrazar el estado del matrimonio, á que ella tenia suma repugnancia. Pero en fin consintió, creyendo debía sujetarse á la voluntad de aquellos, baxo cuya obediencia la habia puesto Dios, y desconfiando por humildad de su propio juicio, aun en la eleccion de lo bueno y perfecto. Casose, pues, con el Señor Aca-

ria,

ria, Señor de Montbrand, y de Rucenmay, Caballero noble, hijo único, y heredero de un rico patrimonio. En sus tiernos años habia quedado sin Padre, y la Madre verdaderamente christiana habia cuidado desde luego de instruirlo en la piedad. El jóven Acaria habia correspondido á los desvelos de la virtuosa Madre: y así su mayor gusto era asistir á las funciones de la Iglesia, oír la palabra de Dios, y tratar con los Eclesiásticos mas exemplares. Estando Collegial en el de Navarra, enmedio de los diferentes exercicios, en que precisamente debia ocuparse, rezaba puntualmente todos los dias las Horas Canónicas. Tuvo por Confesor á un Sacerdote de la Parroquia de San Estevan del Monte, que tenia opinion de Santo, y que se empleaba principalmente en oír las confesiones de los Estudiantes. Con él se confesaba todos los meses el jóven Acaria; y viendo el Confesor que habia muchas limosnas con el dinero que la Madre le daba para sus honestas recreaciones, le persuadió á que con ellas socorriese á los Eclesiásticos Ingleses, desterrados

B

de

de su patria por su constancia en la fe; lo que hizo con suma prontitud. No le alcanzaba el dinero que le enviaba la Madre para socorrer á todos los pobres que acudían á él, y no sufriendole el corazon dexarlos sin socorro, los enviaba y recomendaba á su Madre: quien se complacia de cooperar á las piadosas intenciones de su Hijo, y daba gracias á Dios de que hubiera infundido en su corazon tales afectos de compasion con los pobres. Concluidos los estudios del Colegio le envió á Orleans para estudiar la Jurisprudencia; y despues de haberse aplicado á ella por espacio de dos años, sin interrumpir jamas sus exercicios de piedad, le hizo volver á París, y le solicitó el empleo de Gefe en la sala de quantas. Esta Madre christiana, ansiosa de dar Consorte á su Hijo, y sabiendo que, como dice Salomón, una buena Esposa es un dón de Dios, hizo celebrar muchas Misas, y ofreció muchas oraciones para alcanzarla del Cielo. Y el Señor Acaria que en este asunto pensaba como su Madre, unió tambien sus descos, y oró mucho, é hizo muchas

chas obras buenas para el mismo fin. Agradaron á Dios las puras intenciones de Madre é Hijo, y así dispuso que entre muchas personas que fueron propuestas, fuese la preferida la Señorita Aurillot, que á mas de su ilustre nacimiento, muchas riquezas y gracias de su persona, estaba dotada de gran virtud y sólida piedad: y luego que la Madre del Señor Acaria, conoció las prendas de su Nuera, daba mil gracias al Señor, de que habia deparado á su Hijo una Esposa semejante á la Muger fuerte, que pinta el Espíritu Santo, y le cobró un singular cariño, á que correspondió ella con igual amor, y se vió una cosa, que se ve pocas veces, y es amarse recíprocamente, y vivir una Suegra, y una Nuera con la mayor union, y la mejor inteligencia.

CAPÍTULO V.

Tenor de vida que practicó la Beata en los primeros tiempos de su Matrimonio.

Mudando de estado, no hizo mudanza alguna en su virtud y piedad; y así en la casa de su Esposo, y en medio del mundo, se portó con la misma brillante cristiandad, que hasta entónces habia mostrado. Hubiera querido vestir con la misma sencillez y moderacion que antes: pero la Suegra y el Esposo quisieron que se conformara con el uso y estilo de los otros señores de su clase, y ella por darles gusto lo hizo así con docilidad. Pero léjos de que su corazon se aficionara á la vanidad, ni valerse para ello del pretexto de que así lo querian su Esposo y su Suegra, á quienes debía todo respeto y sumision, gemia como Ester por verse en la precision de acomodarse con las modas del mundo, que en su interior detestaba. Procuraba al mismo tiempo excusar y cercenar todas aquellas que

que le parecian mas contrarias á la modestia: y tuvo siempre por tiempo perdido todo el que gastaba en adornarse. Desde que salió del Monasterio de Long-champ tuvo una criada llamada Andrea Levoiz, que continuó en servirla despues de casada, tan virtuosa como su Ama; y así hacian juntas su Oracion; su lectura de libros espirituales, y demas exercicios de piedad; se comunicaban mutuamente su interior; y habian hecho entre sí el convenio, de advertirse una á otra todas las faltas que hubieran cometido en el discurso del dia, para poder enmendarse de ellas, y adelantar mas en el camino de la salvacion. La Ama quiso continuar en esta saludable costumbre aun despues de casada: y así el primer dia se arrodilló como acostumbraba á los pies de su criada, y comenzó á decir sus faltas aun las mas ligeras con grandes muestras de dolor.

Pero la virtuosa Andrea, creyendo que ya no debía condescender con los deseos de su humilde Señora, procuró retirarse para no verla en aquella postura, y aun taparse los

oi-

oidos para no escucharla. Advirti6lo la humilde BARBARA primero con ruegos, y luego con precepto expreso oblig6 en fin   Andrea   que obedeciera, y continuara en la piadosa práctica de oirse mutuamente la acusacion de sus defectos. Quando alguna de las dos se dexaba llevar de alguna distraccion, luego la otra la avisaba con alguna se a, y así volvía   su recogimiento de ánimo. Otro medio hall6 tambien la j6ven Matrona en el seno mismo de su familia para adelantar en la virtud. Tenia un pariente Consejero de Estado, llamado Champigni, Caballero de gran piedad. Este le daba muchas veces saludables consejos, y piadosas instrucciones para el gobierno de su alma, entre los quales es muy de notar uno que le di6 cierto día estando   su lado en un gran convite. BARBARA habia hecho que le pusieran un pan muy malo, y solo tomaba de las viandas mas comunes y ordinarias. El s bio y discreto pariente, que lo advirti6, tuvo por conveniente el decirle, que las personas espirituales debian huir de toda singularidad: consejo que ella observ6 en adelante toda su

vi-

vida, hablando del que se lo habia dicho, con estimacion y agradecimiento.

CAPÍTULO VI.

Entibiase en el fervor de su espiritu, y vuelve   el con mas vigor.

Esta era la conducta, y estas las disposiciones de la j6ven MARÍA, quando un acontecimiento de poca substancia al parecer, estuvo   pique de ocasionar en ella funestas conseq encias. Una amiga suya, muy dada   las vanidades del siglo, viendola tan aficionada   leer, le prest6 algunos libros de novelas. Al principio los ley6 por mera curiosidad; pero continuando en ello, comenz6   entibiarse insensiblemente en la devocion, conseqüencia fatal y ordinaria de semejante lectura. Por fortuna, el Señor Acarria observ6 la mudanza que tales libros habian causado en su Esposa, y con el gran deseo de conservar en ella la piedad, le puso en las manos libros de devocion. Leyendo en uno de ellos, di6 con una sentencia

de

de San Agustín que dice: *muy codicioso es el corazón que no se contenta con Dios*; la qual se le imprimió de modo, que pareció que desde entónces recibió un corazón nuevo para amar al Señor, y aborrecer al mundo; y creció tanto el ardor de su caridad, que muchas veces su llama la arrebatava hasta hacerla perder el uso de los sentidos. Toda su vida tuvo en la memoria esta sentencia, y los maravillosos efectos que en su alma habia producido: y por lo mismo la repetia, y siempre que podia venir al caso, y aun buscando ocasiones de hacerla venir, para el aprovechamiento espiritual de los próximos: y hubiera deseado verla estampada por todas partes. Comenzó á entablar una vida muy regular, y mas retirada: cobró una grande afición al silencio: las visitas y conversaciones le eran insufribles: huía en quanto le permitia su estado, de todo trato con las criaturas: no podia oír hablar del siglo, y de las cosas que en él pasan; y le causaba admiracion ver á los hombres engolfarse en él, y aficionarsele con tanto ahinco. Por las tardes

se

se retiraba á su gavinete, y pasaba en él muchas horas de oracion: usaba de frecuentes mortificaciones corporales: los Domingos y demas dias festivos asistia á la Misa solemne en la Parroquia de San Gervasio: uno de estos dias habiendo concurrido sola y muy temprano á la Iglesia, se estuvo en ella hasta la tarde; y su Marido y su Suegra con gran cuidado, por no haberla visto, la hicieron buscar por todas partes; pero en vano: hasta que habiendo enviado á dicha Iglesia un criado la halló como muerta: y habiéndola hecho volver en sí, con mucha dificultad, preguntó si se habia ya concluido la Misa, quedando maravillada quando la dixéron que iba ya á anochecer. Pasando cierto dia una Procesion, fué herida de un golpe de amor divino, tan fuerte, que no pudo contenerse de dar un grande alarido, que causó miedo á quantos lo oyéron. Muchísimas veces despues le aconteció lo mismo en presencia de su Suegra, que atribuyendo estas cosas á algun achaque corporal, se empeñó en que la habian de visitar los Médicos. Estos, despues de haberla observa-

-AD

C

do

do bien, conjeturando por el color encendido del rostro, que todo aquello podia proceder de la abundancia de sangre, la hicieron sangrar muchas veces, y tan copiosamente, que la parte del cuerpo, en que le hicieron las sangrias, quedó del todo amortiguada, y sin hacer sus funciones ordinarias, si no con mucha dificultad; lo que le molestó mucho lo restante de su vida. Sin embargo de todo esto, no cesaron, antes fueron en aumento sus éxtasis: por lo que la Suegra, que nada de esto comprendia, se afligia mucho, y ella misma vivia con bastante inquietud, remiando alguna ilusion en órden á su estado. Pero habiendo consultado á un Religioso Capuchino muy instruido en estos caminos extraordinarios de la vida espiritual, á quien declaró con toda sinceridad quanto en su alma pasaba, la aseguró, que todo era efecto de la suave fuerza de la gracia del Espíritu Santo.

CAPÍTULO VII.

Contradiciones sufridas por la Beata, de parte de su Consorte.

No alcanzando el Señor Acaria las cosas maravillosas que el Espíritu de Dios obraba en el alma de su Esposa, y temiendo que perjudicase á su salud esto que él creía exceso de devocion, y tanto mas quanto ella hacia mayores progresos en la virtud, y quanto eran mayores las empresas, para las cuales se servia de ella á mayor honra y gloria suya; dió lugar en su ánimo al espíritu de contradiccion, de suerte que para mortificarla comenzó á censurar todas sus acciones, y á oponersele en todas sus cosas, aun las mas comunes. Muchas veces le proponia el exemplo de otras mugeres, que sin dexar de ser buenas, seguian una conducta muy diferente. Llamaba escrúpulos á sus ejercicios, y acciones mas arregladas: y por consejo de cierto Sacerdote, poco práctico en las cosas espirituales, y que como tal re-

probaba, como el Marido, la conducta de la virtuosa Muger, quando sabia que iba á oír algun sermón, prevenia de antemano á los Predicadores, de los defectos que en ella imaginaba; y hacia que hablasen de ellos en el sermón; y ellos muchas veces por su respeto hacían fuertes y ásperas invectivas contra las mugeres del mundo, que con pretexto de una falsa devoción daban que sentir á sus Maridos, y se descuidaban en sus obligaciones: y esto con señas y circunstancias tan individuales, que los que acompañaban y conocían á la buena Señora, lo llevaban muy á mal, y no podían disimular su sentimiento; pero ella en tales lances no hacía mas que sonreirse con gracia, y decir que era preciso tener paciencia. Sin embargo, en nada era semejante á las mugeres, que los tales Predicadores pintaban; ni había otra mas exacta en el cumplimiento de las obligaciones de su estado. Ella tomaba sobre sí todo el cuidado de los asuntos de su casa; y el Marido mismo, que conocía bien el talento y desvelo de su muger, descuidaba enteramente en ella.

ella. Estaba tan persuadida de la obligación de atender al cuidado de su casa, que se le oyó decir muchas veces, que si una muger no se sujetaba á ello, todas sus demas obras buenas, aunque fueran acompañadas de éxtrasis y milagros, debían reputarse por diabólicas. No contento el Señor Acaría con hacer que los Predicadores tildasen en público la conducta de su Esposa, él mismo la vituperaba en presencia de todo género de personas, diciendo que no hacía mas que su propia voluntad, que se empeñaba en todo lo que á él le disgustaba, y que en nada queria complacerle. Y quando algun amigo, ó persona religiosa, que habia podido escandalizarse de semejantes quejas, convenia á la piadosa Señora con lo que habia dicho su Marido, ella escusandolo quanto podia, y acusándose á sí misma con humildad de las ocasiones que daba á su Marido de inquietarse; y exponiendo las cosas dulcemente y con simplicidad, hacia comprender el verdadero estado de su mútua correspondencia, dexando á los que la oían edificados y admirados de su paciencia.

cia. Dios que queria perfeccionarla y exercitarla, singularmente en la virtud de la obediencia, que algun dia habia de practicar en el estado Religioso, permitió que el Señor Acaria le diese frequentes ocasiones de esta virtud. La buena Esposa estaba tan subordinada á la voluntad del Marido, que la tenia por regla de sus operaciones, de modo que en sus devociones, en las obras de caridad, y en todo no hacia mas de lo que el le permitia; y estaba pronta siempre á dexar todos sus exercicios de piedad siempre que su Marido se lo ordenara. No salia de casa sin su licencia; ni tardaba un momento á hora que le prescribia volviera á ella. Pero ni todo esto bastaba para tenerlo contento; y así con afan de mirar por su salud, siempre hallaba que reprehender en sus acciones, y pretextos para impedirselas. Habia emprendido la BEATA, por inspiracion del Cielo, con aprobacion de los Directores de su espiritu, y aun de consentimiento de su Marido, muchas obras buenas; esto es la fundacion de las Carmelitas Descalzas, de las Ursolinas, y otras.

Pues

Pues sucedia muchas veces, que enmedio de estas ocupaciones, y quando mas necesaria era su presencia, para la continuacion de la fabrica, ú cosas semejantes, la prohibia salir de casa, y entender en tales obras, y luego de allí á algunos dias, ó al siguiente, tal vez le mandaba que volviera á encargarse de ellas, y proseguirlas. Lo mismo tenia que sufrir en otros asuntos de que se encargaba con permiso de su Marido; y á veces era tanta la ligereza de éste, que la mandaba entrar en su compañía en el coche; y al momento la hacia salir de él. En todos estos lances era cosa de pismo verla obedecer con la mayor puntualidad, sin alterarse ni quejarse, con una suavísima indiferencia, sin pensar en valerse de la autoridad de los amigos de su Marido para hacerle mudar de conducta.

Persuadida que por obedecer nada se pierde, se sosegaba en todo acontecimiento, mirando á la Divina Providencia, diciendo con mucha paz á los que sabian lo que le pasaba: *es preciso obedecer: quando Dios quiera que me ocupe en esto, hará que*

mi

mi Marido lo quiera: por lo que á mí toca, no debo ir contra su voluntad. Y en cierta ocasion, que el Señor Acaria hacia mucho tiempo que no la permitia ir á ver la fábrica de cierto Monasterio, donde hacia mucha falta, habiendo sabido que queria hablar á un Religioso, que era muy confidente de su Marido, á fin de lograr licencia para ir allá, dixo: *haganto si quierem; pero yo no queria valermé de tales medios,* haciendo así ver, que ella no tenia mas inclinacion, que la de obedecer con toda sencillez. Por esta misma causa, si quando estaba en la Iglesia para comulgar, le decian que su Marido la llamaba, salia inmediatamente, y volvía á casa por mas deseos que tuviera de comulgar. Una sola cosa le inquietaba, y era el temor de disgustar á su Marido: y así no habia persona de tanto respeto, ni negocio de tanta importancia, que pudiera detenerla un punto mas de lo que su Marido le habia permitido: y si alguna vez tardaba el coche á ir á buscar, al punto se volvía á pie, aunque por la rotura de un muslo, que ha-

habia padecido muchas veces, lo hacia con tal trabajo, que al llegar á casa le era forzoso postrarse en cama, y estar en ella muchos dias: y aun en una ocasion no viniendo el coche á la hora que lo necesitaba para estar en casa á la hora que le habia prescrito su Marido, emprendió la vuelta á pie, apoyada en el brazo de un Lacayo, tropezando tantas veces, que se le dislocó el muslo, de modo que en mucho tiempo no pudo andar si no con muletas. Sin embargo, como esta conducta del Señor Acaria con su santa Consorte, no procedia de aversion ú ódio que la tuviera, no dexó de tenerle siempre el amor conyugal que era debido, y el mas alto aprecio de su virtud. En prueba de esto basta decir, que él mismo hablaba siempre con el mayor empeño en su defensa: le confió siempre el manejo de todos los negocios de casa, sin mezclarse él en cosa alguna, ni quejarse de que en este punto hubiera tenido la menor falta. Y muchas veces reflexionando la mortificación que le causaba con sus continuas contradicciones, y como arrepiñándose de

ello decía: dicen que mi muger será algún día Santa; y sin duda yo habré contribuido mucho á ello; y se hará memoria de mí en los Procesos que se formarán para su Canonización, á causa del exercicio que yo le he dado. Y quando su Muger enfermaba, se le veía en una suma inquietud, presenciaba las consultas de los Médicos, y no perdonaba á gasto alguno para su recóbro: encargaba Oraciones á las Comunidades Religiosas por su salud, y aseguraba á sus amigos, que si su Muger moría, le sería intolerable su falta.

CAPÍTULO VIII.

Afecto christiano de la Beata ácia su Consorte.

Grande fué la subordinacion de nuestra BEATA á su Marido; pero no fué menor el amor que le tuvo. Todos los días le encomendaba á Dios en sus oraciones; y procuraba que hicieran lo mismo las personas virtuosas que conocía. Como el Marido era de un humor jovial y afable, así con los hi-

hijos como con los criados, cuidaba mucho de que ni unos ni otros abusaran de esto, ó le faltaran al respeto debido. Quando estaba enfermo no se apartaba ni de día ni de noche de su lado, á fin de que no le faltase la menor cosa: lo servia en un todo, porque temía que qualquier otro que le asistiera, no lo haria con el debido cuidado; sin embargo de que ella se incomodaba mucho, á causa de los continuos dolores que le ocasionaba la fractura del muslo, que la habian curado en falso. Tanto en órden á las medicinas como á los alimentos, hacia que se le sirvieran los mas exquisitos, costaran lo que costaran: y si conocía que apetecía alguna cosa que pudiera perjudicar á su salud en aquel estado, no se atrevia á contradecirle por sí misma; pero hacia venir algun sugero, que tuviera algun ascendiente sobre su marido, para que haciéndole entender, que lo que pedia podía hacerle mas daño que provecho, le persuadiera el que no la tomara. Eran tantas las fatigas que se tomaba por amor de su Marido, quando estaba enfermo, que compadeciéndose sus apa-

sionados, le hacian cargo de ello, haciendola ver, que si continuaba así, podia debilitarle tanto, que ni á su mismo Marido podria despues servir de cosa alguna: pero el amor la arrebaraba de modo, que atropellaba con todos sus dolores: y aunque al fin del dia le obligaba la necesidad á tomar algun reposo, no por eso escarmentaba para el dia siguiente, asegurando á los que se compadecian de ella, que viendo á su Marido enfermo, se olvidaba enteramente de sus propios males. El Señor Acaria era muy inclinado á hacer limosna á los Eclesiásticos pobres, á los Religiosos, y á los Estudiantes, y á todos; y no bastando á ellos sus propias rentas, tomaba dinero á censo sin dar parte de ello á su Muger. Despues de uno ó dos años venian los acrehedores á pedir los réditos á la buena Señora, quien los pagaba inmediatamente sin decir una palabra al Marido por no contristarle. No puede dudarse, que todo esto es una prueba clarísima del christiano amor que la BEATA MARIA tuvo á su Marido: pero lo que mostró mas el grado heroyco de este amor fué el hecho siguiente. Ren-

Rendida la Ciudad de París á las armas del Rey Enrico IV.; era forzoso que se retirase de aquella Capital el Señor Acaria, que habia seguido el partido de la Liga formada para sostener la causa de los Católicos, contra la heregia de Calvino. Luego que se retiró, como eran muchas las deudas que habia contrahido durante el sitio de aquella Ciudad, así por las sumas que habia desembolsado á favor de varias personas, como por lo que habia tomado en empréstito para sus urgencias, le confiscaron por justicia, y á instancia de sus acrehedores todos sus bienes, así muebles, como raizes; y sobre esto sus enemigos le hicieron prisionero de guerra. Qualquiera echará facilmente de ver en qué conflicto se hallaria nuestra BEATA en estos contratiempos. Es cierto que apenas podia decir que era suyo el vestido que llevaba puesto: y para colmo de todo se vió abandonada de todos aquellos á quienes habia hecho mas particulares favores, de suerte que no hubo siquiera uno que quisiera sacar la cara por ella, ni por su Marido. Pero enmedio de tanto descon-

suelo no se entibió un punto el cariño que siempre le habia tenido.

Bien persuadida de que una Muger christiana debe partir con su Marido tanto los pesares, como los contentos, retirándose con una sola criada y un pagecillo á casa de una Señora amiga suya, y ocupando no mas que una sala con un reducido y retirado gavinete, fiando en sola la infinita bondad, se empeñó en reparar los negocios de su Marido. Ella á sus solas meditaba y escribía de su mano las razones de defensa: ella las presentaba á los Jueces, y ella abogaba é intercedía con ellos: ella en fin iba y venia á verlos para instar por la pronta expedicion de la causa. Quisieron persuadir la sus parientes á que se separara del Marido, y pidiera su dote, ó que solicitara una consignacion para sus alimentos, haciéndole ver el mal estado de las cosas, y amenazándole que la abandonarían si no tomaba su consejo. Pero todo fué en vano; porque á todas estas instancias respondía siempre sin alterarse: que Dios la ampararia, y que con su favor nunca haria agravio á su

Ma-

Marido; y que estaba resuelta á sufrir la parte que le cupiera de sus calamidades y contratiempos. Por tanto, no tienen número los desayres y ultrajes que tuvo que tolerar por parte de sus parientes y amigos, y aun de los lacayos y criados de los Jueces, á quienes tenia que acudir para recomendarles sus intereses y negocios, tratándola todos como á una miserable menesterosa. Però de todo triunfó su amor conyugal y christiano. Y así Dios le concedió el feliz éxito que deseaba: volvió á recobrar su hacienda y la de su Marido: logró que le alzasen la prision, pagando una buena suma de dinero, y que volviera á París á vivir entre los suyos. Pues quando al Señor Acaria asaltó su última enfermedad, ¡oh! ¿ cuántos afanes y fatigas sufrió la BEATA, para que nada faltase de quanto pudiera contribuir para su recobro? Sin embargo de los males que ella padecia, quiso asmirle hasta su último aliento. Al dia catorce de enfermedad vieron los Médicos que el enfermo estaba sin calentura, y creyeron que estaba fuera de peligro; y el mismo pa-

cien-

ciente lo creía así. Pero la BEATA que en esta ocasion mas que en todos sus demas apuros tenia su mejor recurso en la oracion, como que ahora se trataba la salvacion eterna de su amado Consorte, con luz particular del Cielo, conoció lo que no habian conocido los Médicos. Por tanto, sin perder tiempo, llamó á un amigo de su Marido, y le rogó con instancias que le hiciera ver el peligro en que se hallaba: con cuyo aviso, perdiendo el Enfermo las vanas esperanzas que le habian dado los Médicos, pudo recibir con tiempo la Extrema Uncion, que todavia no habia recibido, y exercitarse con mas fervor en Actos de Fe, Esperanza, Caridad y conformidad con la voluntad de Dios, ayudándole á ello, no solo los Sacerdotes, si no tambien su misma Esposa con piadosas exhortaciones, entregando así su alma en manos de su Criador.

CAPÍTULO IX.

Educacion christiana que dió la Beata á sus Hijos.

DE este matrimonio tan santo y honesto, que especialmente de parte de la BEATA pudo servir de dechado de la perfeccion conyugal, nacióron seis hijos, tres varones, y tres hembras. No es fácil decir el tierno amor que la buena Madre tenia á estos sus hijos en JesuChristo, y segun sus santas intenciones. Apenas nacia uno ofrecia al Señor, é imploraba para ellos las bendiciones de su infinita misericordia. Quando llegaban al uso de la razon, cuidaba mucho de hacerles entender el amor que á Dios se debe, como á único y sumo bien del corazon del hombre; les imprimia un grande horror al pecado, como el mayor mal de todos, y un grande amor á las virtudes christianas, como á único medio para conseguir nuestra verdadera bienaventuranza en Dios: y les protextaba muchas veces que no los querria

E

si-

sino á medida que ellos amaran y sirvieran á Dios con fidelidad y teson , añadiendo que si viera á alguno el mas extraño , que amara mas que ellos á Dios , lo querria mas que á ellos tambien. Entre las culpas á que mostraba mas horror era una la mentira , por leve que fuese ; y así les repetia á menudo : *aunque destrocéis quanto hay en casa , con tal que lo confescís quando yo os lo pregunte , os perdonaré de buena gana ; pero nunca os perdonaré la menor mentira , aun quando tengais mayor edad. Todo el mundo entero no recabará de mí que os disimule una falta contra la verdad.* Quando los Hijos varones tuvieron edad competente para el estudio de las ciencias , les escogió Maestros de habilidad y piedad acreditada , para que con su enseñanza aprovecharan , así en la virtud christiana como en las letras , que pudieran servir á la conservacion y aumento de las mismas virtudes en qualquier estado de la vida. Y no se contentó con esto : visitaba muchas veces á los Maestros para informarse de su conducta y aprovechamiento , y les encargaba , que no les disimularan la falta mas mínima

ma contra la virtud , sino que les corrigieran y castigaran como convenia. Los puestos honrosos que despues tuvieron los Hijos en la Iglesia , y en la República acreditaron la buena crianza que su Madre les dió. En quanto á las Hijas , ella se encargó enteramente de su educacion ; sin que el manejo de los otros negocios domésticos , ni sus ordinarios exercicios de piedad la obligaran á fiar á nadie parte de este cuidado. Les hacia leer frecuentemente las vidas de los santos , y otros libros devotos : les enseñaba á asistir con reverencia y devocion á la santa Misa , y queria que lo hicieran todos los dias ; y con estas instrucciones lo practicaban con tal modestia , que causaba edificacion á todos , y todos las conocian por su compostura y recogimiento. Querria que frecuentaran los Sacramentos de la Confesion y Comunión , instruyéndolas para que comprendieran las disposiciones que para hacerlo con fruto se requieren. Quando era dia de ganar alguna Indulgencia , las acompañaba , á pie mientras pudo ; y para excitarlas á compasion y caridad con los pobres , les daba

dinero para que se les repartiesen , así en los dias solemnes , como en los de quaresma. Les ponderaba el mucho respeto que se debe á los Eclesiásticos y Religiosos , y á todo quanto pertenece á la Iglesia , y culto divino. Hacia que fueran muy puntuales en asistir á los Oficios , á los Sermones , y explicacion del Catecismo en la Parroquia ; y quando su salud se lo permitia , las acompañaba ella misma , haciéndolas estar en una Capilla , para que separadas de la multitud estuvieran con mayor devocion y recogimiento. Una de las tres Hijas se habia dexado arrastrar por su ligereza de la vanidad del siglo : y para corregirla la llevaba mas veces que á las otras á las Iglesias y Conventos , donde la tenia dos ó tres horas ; y quando llegó á los siete años , procuraba no perderla jamás de vista ; y para que no le sirviera esto de tedio , para que tuviera en qué ocupar el tiempo , le mandaba rezar la Corona , ú el Oficio Parvo de María Santísima , ó leer algun libro devoto , pidiéndole luego cuenta de lo que habia hecho. En la Iglesia la hacia ponerse junto á sí , pa-

rá observar sus acciones , reprehendiéndola seriamente si volvía la cabeza , ó no estaba con el respeto debido á la santidad del lugar. Con mas eficacia que á las otras la hablaba de la atencion que se debe tener en la Oracion , y la castigaba con prudente rigor , si en esto cometia alguna falta. Con estas y semejantes industrias llegó á acostumbrarla á obrar con gravedad y peso , no menos que las otras Hermanas. Deseando la buena Madre que sus Hijas estuvieran siempre prontas á hacer , ó á dexar todo lo que hacian , sin el menor resabio de sentimiento ó disgusto , y á no querer sino lo que Dios quiere , quando queria probar sus inclinaciones , las hacia proseguir en aquello á que mostraban repugnancia , ó dexar aquello que mas decia con su gusto , repitiéndoles muchas veces : que una Hija christiana no debe repugnar cosa alguna , ni querer otra cosa , sino lo que quiere su Madre , siempre que ésta nada quiera contra la Ley de Dios. Cuidaba mucho de exercitarlas en la humildad en las frequentes ocasiones que se ofrecien de que se ensorberbeza el corazon de las doncellas

jóvenes; y por esto siempre que podía les ponderaba con las mas vivas expresiones, la vanidad de las cosas que los mundanos suelen apreciar. Por esto tambien queria que ellas se sirvieran á sí mismas en todo quanto fuera posible; y que los criados las llamaran con el simple nombre del Bautismo, quando tenian que llamarlas ó hablarlas, rogando que hicieran lo mismo á quantos concurrían á su casa: mandando á ellas que trataran con mucha cortesía á todos, y con mucha afabilidad á los criados y criadas, valiéndose de ruegos, y no de imperio para servirse de ellos quando fuere menester. Y en una ocasion que oyó á una de sus Hijas hablar con aspereza á una criada, la reprehendió severamente, diciéndola: *Hija que me espantas: ¿cómo te dexas arrebatat de este modo? ¿quién eres tú para hablar así? ¿oh! que yo no vuelva á oír mas semejantes cosas. Me darás mucha pesadumbre.* Con las cuales, y otras semejantes expresiones, dexó muy corrida á la Hija. Quando veía que sus Hijas mostraban aversion á algun criado, á éste determinadamente las hacia estar sujetas: para que á to-

dos

dos indiferentemente los amasen; y viendo que una de ellas tenia repugnancia á una criada, por mortificarla, la mandó que ésta precisamente fuera la que la sirviera. Otra de las Hijas manifestaba un genio algo vano y orgulloso; y por lo mismo la Madre la hacia hacer todo aquello que mas sentía, y señaladamente barrer una sala, que era paso de quantos entraban y salian. Observó que la Hija escogía para hacerlo las horas en que nadie la viera, y aun cerraba las puertas; y para humillarla, mandó que barriera siempre á tiempo que habian de pasar por allí los que venian á la casa, ó á visita, ó á dependencia. No les disimulaba aun los defectos mas ligeros; y tantas veces les respetia, quan gran mal son delante de Dios las culpas, que quando cometian alguna, ellas mismas ivan á pedirle el castigo, y la buena Madre se los daba, pero con tanta dulzura, y con tales palabras para hacerlas conocer la razon, y sus obligaciones, que las buenas Hijas le daban gracias por haberlas tratado con tanta caridad. Jamás les hablaba, y mucho menos les per-

persuadia á que fueran Monjas; sino que solo les decia que fueran buenas; que así Dios les inspiraría la vocacion que fuera mas de su agrado, y mas conveniente para su salvacion. Á mas, cuidaba mucho de tenerlas siempre ocupadas en sus labores; y que nunca estuvieran ociosas; y especialmente les hacia trabajar para los Monasterios, y las Iglesias: queria que vivieran alegres; y las dexaba salir algunas veces de casa á recrearse honestamente: para la comida, hacia observar las horas que tenia señaladas; que se acostumbraesen á todos los manjares indiferentemente: y si por solo antojo manifestaban repugnancia á alguno, hacia que no le sirvieran otro, hasta que lo comieran como los demas; y les advertia con grande ánimo, que en el comer atendieran solamente á conservar la salud y fuerzas del cuerpo, para que mejor pudiera ayudar al espíritu en el servicio de Dios, y desempeño de las obligaciones de la vida christiana, y no al gusto del paladar, ó á disponerse mejor para las vanidades y locuras del mundo. Hacia que vistieran con mucho aseo, y con la decen-

tencia que pedia su estado, pero con no menos sencillez y modestia, porque no gastaban seda, ni vanas modas, y siempre llevaban el rosario pendiente al cuello. Certo dia una Señora, viendo el cuidado y esmero que la BEATA ponía en que sus hijas vistiesen bien, le dixo, que le causaba admiracion, que tratase con tanto cuidado que sus hijas anduvieran bien vestidas y con tanto garvo: pero la BEATA le satisfizo respondiéndole con mucha simplicidad y dulzura; que su mira en ello era que sus hijas se proporcionasen á qualquier estado á que Dios las llamara; y que si era el de Religion, deseaba que se criasen derechas y agiles, para que no se creyera que la flaqueza, ó deformidad corporal las habia precisado á elegirlo; debiendolo hacer unicamente por Dios, y por movimiento del Espíritu Santo, añadiendo á este propósito: *si tuviera cien hijos, y no tuviera medios para alimentarlos, ni á uno obligaria á entrar Religioso. Y si tuviera uno solo, y yo fuera Reyna, ó Emperatriz de todo el mundo, y no hubiera*

mas que él para sucederme en la Corona, no le estorbaria abrazar si queria el estado Religioso; porque en uno y otro caso habia un grave mal: en el primero la ruina del estado Religioso, y la perdición de las almas; y en el segundo se pone óbice á los designios de Dios sobre ellas. Estaba tan persuadida de esto, que una ocasion derramó muchas lágrimas, porque sospechó que una de sus hijas habia entrado en Religión, mas por instigacion de una persona piadosa, que habia manejado el negocio, que por impulso de la gracia del Espíritu Santo.

Habiendo la BEATA educado á sus hijas con tanta prudencia y amor, y enseñándoles mas con sus exemplos que con sus palabras el camino de la perfeccion christiana, salieron tan inclinadas á las cosas de Dios, que era el modelo de piedad, de modestia y de humildad á todo París, siendo reputadas por las mas virtuosas de la Ciudad, y hablando todos de ellas con mucho aprecio y estimacion: y tuvo el consuelo de ver á las tres con el hábito de Carmelitas Descalzas, entre las quales vivieron

siem-

siempre con mucha santidad y edificacion de quantas las conocieron. Lo que á mas de lo dicho da un grande realce al cuidado sumo que tuvo la VENERABLE de dar una christiana crianza á sus hijos, es, que nunca quiso valerse en favor de ellos, de la grande autoridad y crédito que sus virtudes le habian adquirido con los Grandes del Reyno, y con el Soberano mismo, y que jamas cuidó de adquirir, ó amontonar para ellos riquezas, aun quando, por el embargo de todos los caudales de su Marido y suyos, se vió reducida á la mayor pobreza; y esto por la alta y verdadera reflexion, de que nada puede faltar á quien tiene la dicha de vivir baxo el amparo de la divina providencia: y sino fuera porque su director espiritual la persuadió á ello, nunca hubiera consentido en que su hijo segundo hubiera obtenido el Priorato de Grammont, que el Señor de Marillac, su amigo, le presentó, costeándole los Despachos y derechos, tanto en París, como en la Curia Romana.

F 2

CA-

CAPÍTULO X.

Reglas que tenia la Beata, para la direccion christiana de sus domésticos.

El mismo cuidado que la BEATA MARÍA ponía para procurar todo bien espiritual y temporal á sus hijos, ponía tambien para sus criados. Sobre todo cuidaba mucho de que en su casa no se hiciera cosa contra las leyes de Dios, ó de la Iglesia. Prohibiales severamente qualquier palabra obscena, ó de alteracion que pudiera ser de escándalo al próximo: y quando sabia que á pesar de sus repetidas amonestaciones incurrian en alguna falta de éstas, al punto los despedía de casa. Quería que todos los días oyeran la Santa Misa; que Confesaran y Comulgaran los Domingos primeros del mes, y las fiestas principales: y para que las ocupaciones domésticas no les impidieran los ejercicios de Religion, les distribuía con mucha prudencia los tiempos y las horas. Entre sus muchísimos negocios ha-

hallaba la BEATA tiempo para instruirlos en la piedad y devocion, y en la práctica de las virtudes christianas: bien que toda su vida fué una perpetua escuela de ellas para todos quantos la trataron. Quando alguna vez sus doncellas la ayudaban á vestirse ó desnudarse, empleaba esta ocasion para hablarles de virtud; y de los medios oportunos para adquirir la que les faltaba. Sucedióle en una ocasion en el acto de desnudarse, que hablando de Dios con su doncella Andrea, se internó de tal suerte en este razonamiento, que quedó en éxtasis, y se mantuvo en él la mayor parte de la noche. Quando sus domésticos estaban enfermos, ella misma los visitaba frecuentemente: tenia gran cuidado de que se les medicinase como lo pedia la dolencia: con sus propias manos les preparaba la comida y bebida, y se lo suministraba, diciéndoles siempre alguna cosa en orden al amor y servicio de Dios, para animarlos á la paciencia, sin que sus incomodidades particulares, y ordinarias ocupaciones pudiesen distraerla de este ejercicio de caridad. Sucedió que

un Lacayo suyo fué acometido de un mal, en dictámen de los Médicos, contagioso: advertida y prudente la BEATA, retiró á este enfermo á un aposento separado del resto de la casa, prohibiendo á todos el que se le acercasen, sin decirles el por qué, para no ponerles en sobresalto, y cargandose ella sola con el peso de servirle, le hacia la cama, le curaba una apostéma que tenia, de la que arrojaba una materia de tal fetor, que el enfermo mismo no lo podia tolerar, le servia la comida, y hacia en fin todo quanto se ofrecia, con una atencion y caridad tan grande, que brevemente quedó el enfermo sano. Este hombre, que se llamaba Vicente, referia despues en todas partes este suceso, y jamas hablaba de su Santa Ama, sino con admiracion de sus raras virtudes, y de los piadosos documentos, que de ella habia recibido, los cuales produxeron en su alma tanto fruto, que habiendo siempre llevado una vida virtuosa y exemplar, vino á adquirirse la fama y crédito de gran Siervo de Dios. Tuvo tambien la BEATA entre sus domésticos otto Lacayo llamado Este-

te-

tevan, el qual, en esta condicion, muy agena por lo comun de las prácticas de piedad, vivia con tanta inocencia y fervor, baxo la direccion de su Ama, que causaba admiracion á quantos le veían: era muy devoto: frequentaba los Santos Sacramentos; esperando á su Amo y á su Ama rezaba la Corona; en la casa jamas estaba ocioso, si no que, ó leía, ó escribía, ó se ocupaba en qualquier trabajo: era mortificado, y llevaba cilicio, á fin de conservar su virginal pureza, la que habia prometido á Dios por medio de un voto. Murió este jóven con tal opinion de santidad, que las gentes acudian á su sepulcro á implorar su intercesion para con Dios en sus necesidades. Finalmente su buena doncella Andrea aprovechó tanto en la escuela de la BEATA, que era un espejo de toda virtud: resplandecia señaladamente en la humildad, en la dulzura, en la caridad, y en la paciencia, como lo acreditaba siempre que se ofrecia ocasion; pero sobre todo tuvo gracia particular para hacer que reynase la paz donde ella estaba presente, de forma que solia decir

cir la BEATA: donde está Andrea, allí está la paz. Afirmaba la misma BEATA, que en el espacio de veinte años, que Andrea había estado en su compañía no la había visto cometer un pecado venial voluntario. Esta digna criada tuvo la suerte de ser la primera que vistió el hábito del Orden de Carmelitas Descalzas de Francia, y en los cinco meses que vivió en la Religión, practicó tan perfectamente todas las virtudes christianas, que había aprendido de su santa Ama, que fué extraordinariamente favorecida de Dios con éxtasis y raptos, y murió en concepto de santidad. Siendo tal como esta la conducta que tuvo la BEATA con sus domésticos, no debe causar maravilla, que las personas de todas clases, aun de la mas sublime, publicasen á una voz, que era su casa una verdadera casa de devoción y piedad.

CAPÍTULO XI.

Prudencia heroica de la Beata María.

Todas las acciones de esta piadosa, y noble Señora, son unos testimonios luminosos de su gran prudencia. Fuéron muchos los negocios de grande importancia, y de igual dificultad, que dirigió ella misma en el tiempo que estuvo en casa de su Esposo, sin que se notase cosa, que pudiese desaprobarse en el manejo de ellos. Era admirable en preveer los accidentes, que podían sobrevenir perjudiciales á los negocios, que emprendía, y muy industriosa para hallar los medios de prevenirlos, é impedirlos, ó á lo ménos disminuir la dificultad, que se hallaba en su prosecucion. A toda la Francia, y particularmente á París, fué notorio el modo verdaderamente maravilloso, con que se gobernó en el establecimiento del Orden de Carmelitas Descalzas, primero en París, y después en otros pueblos; quanto hizo por las Ursolinas, y quanto

trabajó por la Reforma de muchas casas Religiosas del Carmen, de las hijas de Dios, de Long-Champs, y de otros Monasterios y el éxito feliz de cada una de estas empresas pone en claro bastantemente la bondad y eficacia de los medios, de que se sirvió para empezarlas y concluiras. Se dexaba ver tambien esta su prudencia en aquella facilidad, con que se acomodaba á condescender con el natural de cada uno, de suerte que al verla tratar con otros, parecia no haber nacido sino para seguir la voluntad de éstos, y acomodarse á su humor, con tal que no hubiese en ello ofensa de Dios; y entre los muchos que tuvieron con ella negocios que concluir, no se halló ni uno solo, que quedase quejoso, ó que mostrase haber recibido de ella el menor disgusto. Era toda Santa su prudencia, y acompañada de un entero desasimiento de todo interés terreno, como que en nada tenia puesta la mira, sino en el honor de Dios, y en el bien de sus próximos; por lo que solia decir: *que ninguna parte debiamos tomar en los negocios terrenas, sino en quanto fuese*

envuelto en ellos el interés de Dios: decia otras veces, que la mejor intencion, que habia hallado para tratar en paz con toda clase de personas, era hablar á todos con verdad y sencillez, porque quando se ve una persona, que sin temor dice á todos francamente la verdad, se toma en buen sentido todo lo que dice, pero despues que uno se acostumbra á disimular, ó disfrazar la verdad, socolor de no querer descontentar á otro, se duda siempre de sus palabras, y esto es lo que turba la paz, y fomenta las inquietudes y discordias. No ésta, sino aquella fué siempre su costumbre, y lo hacia con una destreza tan graciosa, que quando se hallaba con ella, insinuaba la verdad en el corazon, casi sin advertirlo. Vió todo Paris, que mientras la BEATA se mantuvo en el siglo la visitaban en su propia casa los Cardenales, los Obispos, y otros Prelados de la Santa Iglesia, los Superiores, y los hombres mas doctos y pios del Clero, Seculares y Regulares, y las personas de toda condicion y gerarquia, para tomar su dictámen en los negocios de la mayor im-

portancia, y para consultarla sobre las reglas de la oracion y contemplacion christiana, y á cerca de las varias dificultades, que se hallan en la direccion de los Espíritus, y el Eminentísimo Señor Cardenal de Berulle, que hacia grande aprecio de sus consejos, no emprendia cosa alguna de importancia, sin comunicarlo con ella. Tenia una prudencia admirable para calmar los ánimos y las inquietudes de la conciencia, y si algun afligido la llegaba á hablar, no se separaba de ella sino consolado y en paz, fuese la que fuese su afliccion interior. En la direccion de las almas sabia tomar el tiempo oportuno para sus adelantamientos, con un artificio tan suave y sencillo, que se conocia bien ser el Espiritu de Dios, el que hablaba por ella, distribuyendo con tal direccion sus discursos, que parecia haber hallado los momentos preciosos de hacer que se rindiesen á lo que Dios queria de ellas. Su Espiritu era tan claro y perspicaz para desatar el nudo de las dificultades que la proponian, que sucedia frecuentemente hacer ver á los hombres, que procedian en-

ga-

gañados en lo que persuadidos de que lo veían todo con claridad, no advertian error ninguno. A este mismo propósito de espiritual direccion solia decir, que no la gustaban aquellas almas, que se turban, é inquietan extremadamente por verse imperfectas, porque esto suele proceder de una soberbia oculta, y que por lo tanto era mejor caminar con una santa libertad, alegría y anchura de corazon, porque dado caso, que por este camino se cometan algunas faltas; esto mismo en lo sucesivo suele contribuir mucho, para mantenerse el alma humilde, y hacerla mas dócil y mas afable. Hablando de esta misma santa libertad, decia otras veces: *yo siento un gran consuelo quando veo tales almas, que hablandolas de la virtud, abrazan su práctica sencillamente, y con fervor; pero me disgustan sobre manera aquellos espíritus que toman lo que se les dice con muchas replicas, y sutiles quèstiones; porque es difícil que tales almas hagan progresos en la virtud, quando la gracia no halla en ellas sino poco lugar.* Era la BEATA muy enemiga de aquella casta de santas aparentes,

cu-

cuya virtud solo tiene por fundamento la superficie de la piedad: con todo eso, aunque por medio de las ilustraciones de la luz divina, que la favorecia, viesse á alguna alma empenada con tesón en este camino de falsa virtud, jamas dió por eso la mas pequeña señal de que la despreciase en su corazon, sino que con una prudencia grande y dulce la guiaba á que conociese poco á poco su mal, y la persuadia á que procurase animosamente curarse de él. Siendo todavia jóven solia ver en la Iglesia, y en otras partes, cierta persona, que tenia tal artificio y destreza en su modo de proceder, que los ponía á todos en admiración; pero á BEATA conociendo que las raras prerrogativas naturales de que estaba dotada, la facilitaban la práctica de sus virtuosas operaciones, y eran el motivo de su destreza y arte, se lamentaba y afligia al verla, diciendo entre sí misma: *aquella infeliz pierde en lo interior todo el bien: ¡ Ah cuánta compasión y lástima me da!* No teniendo por entónces con esta persona particular amistad para introducirse á ayudarla, á que tomase me-

me-

mejor camino, esperó con prudencia el tiempo oportuno. El Señor consoló su buen deseo, disponiendo que se hiciese su amiga, y la BEATA con esta ocasion la hizo conocer claramente qual debía ser el verdadero y sólido fundamento de la virtud christiana, y desde entónces la dicha persona se sometió enteramente á su direccion, dandola cuenta de quanto pasaba en su alma, con exáctitud y humildad, y aprovechó de tal suerte, que llegó á un grado muy eminente de verdadera y sólida virtud. Quando alguno andaba afligido por las miserias espirituales que en sí mismo veía, ella le consolaba, no ya con representarle sus faltas menores de lo que eran, ni ménos con disculparselas, sino que por medio de una eficacia tal, que solo los que la experimentaron, saben qual fue, los guiaba á que entrasen dentro de sí mismos, y que reflexionasen claramente, que todos los defectos y miserias que veían, no eran sino la superficie; que en el fondo habia aun otros muchos, que no dexaban verse, y que unos y otros no eran sino miserias y frutos de nuestra tierra in-

gra-

009226

grata, de la que nada bueno se puede esperar, si con su gracia no lo da el Señor. De esta suerte los obligaba á entrar en el justo modo de pensar, y corrigió muchos errores y defectos, que no se habian llegado á conocer, de forma que el que andaba afligido por alguno de sus defectos; se separaba de ella consolado, contento y animoso, aunque con su direccion y luces hubiese conocido otros muchos, en que nunca habia pensado. Hablando en cierta ocasion con unas amigas suyas sobre la sincera acusacion de sí mismo, dixo, que en tiempos pasados habia tenido en su casa una criada engañada del espíritu maligno, y que mientras que el engaño no estuvo descubierto del todo, ella le amenazaba y reprendia, á fin de probarla. Todo lo sufrió la criada sin disculparse, presentándose siempre tranquila y apacible: mas al fin conoció la BEATA la estratagema, que se ocultaba baxo aquella fingida apariencia de virtud, quando observó perfectamente que aunque compareciese como inalterable á las reprehensiones y amenazas, con todo eso jamas se humillaba, ni se acusaba,

y

y añadió á este propósito, que es una buena señal para conocer la operacion del espíritu de Dios en su alma; quando está al verse reprendida ó avisada, se humilla y se acusa; pero que siendo muchos los que reprendidos sufren, sin responder á la reprehension, no son si no muy pocos los que estan dispuestos á hacer una verdadera acusacion de sí mismos. En otra ocasion hablando para instruir las decia: «Yo siento una gran pena, quando veo algunas almas muy solícitas en preguntar, ¿hay imperfeccion en tal cosa? ¿obro yo en esto contra la perfeccion? y que se afligen y entristecen, quando imaginan, que han procedido contra ella en algun punto. ¡Ah que pobres somos! Nosotras no vemos nuestro propio orgullo, la viveza de nuestras pasiones, ni el fondo de nuestra miseria: nosotras las mas de las veces no nos ocupamos, si no en atender á la corteza; con esto solo nos lisonjamos á nosotras mismas, y no lo damos á entender. ¡O cuánto mejor sería que nos pusiesemos á domar como es justo nuestras pasiones, á dar muerte á nuestra torcida

H

in-

»inclinacion, y á conocer todo el fondo
»de nuestro mal.«

Hablando cierto día con una persona piadosa, que se lamentaba de no poder mantenerse siempre en una misma disposicion ácia Dios, la dixo la BEATA: »Vos debeis reputar eso mismo por una gran misericordia, y gracia del Señor: su Magestad lo permite así, para que no esteis apegada á otros sino á él: las almas frecüentemente se empenan y confian en sus disposiciones y exercicios, mas aunque sus cadenas sean de oro; no dexan por eso de ser cadenas, que las impiden el estar enteramente resignadas en Dios: tales almas estan como atadas en sí mismas, y con dificultad puede sacarles de semejante estado: estan en el camino, pero detenidas, sin adelantar un passo. Dios hace una gracia muy particular á aquella alma, á quien libra de empeñarse en su manera de exercicios, y de fixarse en una misma disposicion; porque es grande el peligro que en eso hay de afanzarse á ello con desórden, y muchas almas se engañan á sí mismas en estos empeños, im-

»gi-

»ginando que llevan su camino bueno y seguro.«

Era tambien máxima de la BEATA, que la virtud christiana no consiste precisamente en la devocion sensible; y que la naturaleza siempre enferma, quiere satisfacerse á sí misma por este medio; por lo tanto debe el apetito inferior estar bien arreglado y gobernado del espíritu, porque él es ciego, y expuesto á precipitarse, y por un placer vano y pasajero quiere siempre tener parte é introduccion en las acciones del espíritu; que convenia servirse de él solo en caso de necesidad, pero siempre gobernado y dirigido de la recta razon; que aunque el entretenerse inmediata y directamente con Dios, sea una accion mas noble; mas sublime y mas dulce al alma que el obrar por Dios, con todo eso, en caso necesario, conviene desprenderse de esta directa é inmediata union con Dios, para ocuparse en esta vida en las cosas de su servicio, lo que propiamente es dexar á Dios por Dios; que la virtud no consiste en visiones, luces y altos conocimientos de la contemplacion, si no en la mortificacion

H 2

cion

cion de las pasiones humanas, y en la práctica de las virtudes mismas. Así era como la BEATA MARÍA sabia discernir el bien del mal, y mostrar el verdadero bien en su pureza y perfeccion, y estaba tan altamente persuadida de la verdad de estas máximas y sentimientos, que se impuso á sí misma una estrecha obligacion de ordenar todos sus pasos con arreglo á ellos, por esta razon aprendia con todo empeño en sus elevaciones á Dios, á reprimir y sofocar toda comocion y sensibilidad del aperito inferior, empeñándose en esto con tanto mas conato, quanto estaba mas cierta, de que á la sazón se hallaban en París algunas almas, que perdian el tiempo en su imperfecta oracion, y otras, que se precipitaban por falta de mortificacion, persuadida de que Dios no dexa de elevarnos así, quando nosotros no dexamos de mortificarnos á nosotros mismos: que la obra de nuestra casa espiritual no debe empezarse por lo alto, si no por el cimiento, y que aquellos que dexan que las almas vuelen y se eleven, sin haberlas hecho sufrir primero una larga purga y penitencia, ó que hallándolas ele-

elevadas no las mortifican en su misma elevacion, mas bien son Novicios, que Maestros en materia de direccion espiritual. Un alma tan singularmente iluminada de Dios sobre las reglas verdaderas de la perfeccion christiana, y exercitada por tanto tiempo en la práctica de ella, no es maravilla, que estuviese dotada de aquella prudencia que era necesaria, para no engañarse en la direccion de los espiritus que á ella acudian; para que ni la simulacion, ni la astucia, ni la hipocresia la estorvasen el penetrar lo íntimo de los corazones mas encubiertos, y para proporcionar sus consejos é instrucciones, segun la necesidad y circunstancias particulares de los concurrentes, como lo acreditaron siempre los buenos efectos que produjo su direccion en los que se valieron de ella anticipadamente, y con docilidad. A todo esto juntaba una destreza singular para cortar toda suerte de conversacion inútil, y así rarisima vez sucedia, que pudiesen tenerse semejantes discursos en su presencia, y en una ocasion, pareciéndola que habia dicho una palabra ociosa, concibió un grande senti-

timiento, que hiriendo el pecho, dixo: *perdonadme Dios mio, que he dicho una palabra inutil*, y quando advertia que decia en la conversacion alguna cosa no muy precisa, ó que la decia de una manera no necesaria, se detenia inmediatamente sin acabarla de decir, aunque la persona con quien hablaba fuese digna de atencion, y aunque la cosa fuese de poquísima entidad, queriendo mas sufrir su confusion y verguenza, é incurrir en la nota de muger imprudente y de poco juicio, que faltar por poco que fuese en la fidelidad, que en todas nuestras palabras debemos á Dios, diciendo á este propósito: *que para conservar nuestro propio honor no debemos sacrificar el de Dios, quando éste debe ser sostenido por nosotros, aun á expensas del nuestro.* En los negocios en que no le ocurría prontamente y con claridad el modo de dirigirlos, ó no los empezaba, ó si se veía precisada á ello, se abstenia prudentemente de tomar determinada resolucion, sin consultar primero con Dios humildemente qual era en orden á ellos su voluntad. Con su prudencia gobernó de tal suerte la casa

de

de su Consorte, que si no hubiera sido por ella hubiera quedado enteramente arruinada, segun las criticas circunstancias en que se halló en tiempo de la Liga. Quedó su Marido por Tutor de unos huérfanos Primos suyos; y sabiendo la BEATA que no entendia de puntos de economía, y previendo que si se encargaba de tal Tutela seria para ruina de los intereses de los Pupilos, y de su propia casa, despues de haberse encomendado á Dios, y explorando su divina voluntad, por medio de la Oracion, se encargó ella misma de la dicha Tutela, así por lo que toca á la educacion de los huérfanos, y administracion de las rentas, como por lo que toca á los pleytos que en ellas ocurrían; y con su gran prudencia lo manejó todo con tan buen éxito, y dió de las rentas quantas tan claras, tan puntuales y bien dispuestas, que los que tratan por profesion estas cosas, no podian haberlo hecho con mas exâctitud. Su tenor de vida la tenia tan ocupada en Dios, y en las cosas de su servicio, que no le quedaba lugar para visitar á sus parientes, ni cumplir con los estilos

y

y correspondencias de la familia. Y temiendo no se disgustasen por esto, quando acaecía estar con alguna afliccion, ó enfermos algunos parientes, ó sus hijos ó personas de estimacion, los visitaba inmediatamente, asistiéndoles, y haciendo con ellos tales oficios, que les hacia olvidar las quejas que ántes tenían de que no los visitaba. Del mismo modo se portaba con ellos en los demas negocios que se le ofrecian, sirviéndoles con tanta caridad y esmero, que se conciliaba un grande amor de ellos. Finalmente sus grandes ocupaciones no le hacian perder la presencia de ánimo en los peligros; por lo que el Señor Duval, su director espiritual, solia decir: *la Señora Acaria posee lo sumo, y lo infimo*; queriendo con esto dar á entender, que la elevacion de su alma á Dios no le estorbaba atender á todas las otras cosas con singular prudencia.

CAPÍTULO XII.

Justicia heroyca de la Beata Maria.

No es fácil explicar el desvelo con que la BEATA MARIA procuraba dar á Dios y al próximo lo que les era debido. Distribuía de tal modo sus acciones, que era toda de Dios, y toda de la caridad de los próximos, toda del obsequio de su Marido, y toda de cuidado de sus Hijos y arreglo de su Familia, con tal puntualidad, que á ninguna de estas cosas faltaba un punto. Era muy agradecida á Dios, y se la oía hablar frecuentemente, y con mucha eficacia, de los beneficios que incensantemente recibimos de su infinita bondad; y por los que jamás debemos cansarnos de darle las debidas gracias. Estando una vez enferma, y habiendo tomado un caldo, dió por ello humildes gracias á Dios: y como una de las que la asistian se sonriese de oírle dar gracias por cosa de tan poca monta, advirtiéndolo la BEATA, la dixo con mucha seriedad. *¿No es razon que recibiendo nosotros*

todas las cosas de la mano de Dios, le demos gracias á cada instante? Era fidelísima en obrar siempre, y en todas las cosas con una absoluta y total dependencia de la voluntad de Dios. No prometía cosa alguna sin consultar antes á Dios, por medio de la oracion; y muchas veces se paraba en medio de la conversacion, aun hablando con personas de mucho respeto; y preguntándola la causa, respondía, que habia reflexionado que era mejor callar lo que iba á decir; y que mas quería quedar sonrojada delante de las criaturas, que faltar delante de Dios. Se ejercitaba con mucha fidelidad, así en las virtudes pequeñas como en las grandes, sin despreciar cosa alguna por leve que fuese, y obrando con tal fervor que se echaba bien de ver el espíritu de Dios que la animaba. Caminaba delante de Dios, con una rectitud y pureza de intencion tan grande, que nunca se la vió incurrir en imperfeccion considerable voluntariamente, ni obrar por siniestra inclinacion. Para esto andaba siempre en la presencia de Dios, considerándolo como juez y testigo de todas sus acciones,

pa-

para que esta consideracion la sirviera de estímulo al desempeño de las obligaciones que le debía como á su Criador, Redentor, y Remunerador. Era tan amante de la verdad en todo, que no podia sufrir una palabra contraria á ella. Aborrecia las palabras equívocas; y se desazonaba quando veía alguna accion, ú oía alguna expresion contra la verdad y sinceridad que todos deben guardar.

No es creíble el respeto y veneracion que la BEATA tenia á todas las ceremonias tradiciones y observancias de la Iglesia Católica; y así omitia todas sus devociones particulares por asistir á las oraciones públicas. Miraba con la mas profunda reverencia á la Santa Silla Apóstolica Romana; y nunca nombra al Sumo Pontífice, sucesor de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y verdadero Vicario de Jesu-Christo sin inclinar la cabeza; mirando todas sus disposiciones como que eran de Dios, que lo constituyó cabeza de toda la Iglesia, y Padre y Maestro de todos los christianos. Hacia sumo aprecio de las Gracias é Indulgencias que la Santa Sede dis-

I 2 pen-

pensa á los Fieles , procurando con todas sus fuerzas disfrutarlas dignamente, y con la reverencia que se merecen con los Christianos. Respetaba en gran manera á los Ministros de la misma Iglesia , á los Sacerdotes Religiosos y demas Personas Eclesiásticas , tratándolas como si tratara con Angeles , sin que el trato frecuente que con ellos tenia disminuyera un punto de este respeto. Mas particularmente estaba subordinada á su Obispo, á su Párroco, y á sus Directores espirituales, honrando á Dios en sus personas y consejos, y executando con toda puntualidad qualquiera cosa que la intimaban en orden á su espiritual aprovechamiento. En quanto al próximo son pruebas bien evidentes de su perfecta justicia la dependencia suma que tenia de la voluntad de su Marido , el respeto y obediencia religiosa, que le profesaba , sin interpretar jamás sus intenciones , atropellando para esto con todo género de respeto. Era muy agradecida con todos aquellos de quienes recibia algun favor , de suerte que por mas ocupada que estuviera , no se olvidaba de darles las mas rendidas gracias. En el ma-

nejo de los negocios que tomaba á su cargo nunca se pudo advertir , ni aun sospechar que obrara por interés ó respetos humanos, ni por espíritu de partido , ú aceptación de personas , ó por su particular inclinacion ó interés. Siempre se la vió atender á lo que era mas conforme á la justicia y equidad christiana , de que jamas se desvió por ningun acontecimiento. De tal manera nivelaba sus ocupaciones , que nunca quitaba un instante de tiempo á una para darlo á otra.

No pudiendo, cierta Señora, comprehender como nuestra BEATA hallaba tiempo para satisfacer á sus devociones , y juntamente á tantas obras de caridad , respondió , que quando se da á Dios todo el tiempo que se le debe , fácilmente se halla para todo lo demas. Siempre procuró ocultar los defectos del próximo , y huir de la murmuracion, juntando de este modo la justicia , con la caridad. En la distribucion de las limosnas , se manejaba con grande circunspeccion y fidelidad , atendiendo á la intencion que habian mostrado aquellos que se las enviaban para distribuir las. Mientras vivió en matrimonio

tuvo precisamente que tratar con muchos jornaleros y comerciantes; y con todos observó siempre la mas exácta justicia; y por mas que hiciese trabajar mas, é hiciese las compras con mas conveniencia, y de los mejores generos, los tratantes y trabajadores querían mas tratar con ella que con ningun otro; porque con mucha benignidad les hacia ver la justicia de sus contratos. Pagaba puntualmente á los jornaleros; y jamas alguno de los que la servian tuvo motivo de quejarse de que le retardaran su justa paga. Cuidaba tanto de dar á cada uno lo que era suyo, que habiendo equivocádose un Mercader en la cuenta, y recibido por consiguiente ménos paga de lo que se habia tratado; advirtiéndolo la BEATA, le envió inmediatamente lo restante. Habia contrahido su Marido muchas deudas, de muchas de las quales hubiera podido nuestra BEATA eximirse en fuerza de las leyes civiles, y derecho publico. Pero era tal su amor á la justicia, que nunca quiso valerse del favor de las leyes para descargarse de aquellas deudas, ni consentir que los que habian fiado sus caudales sobre

la fe de su Marido, quedaran defraudados en un maravedí de quanto en justicia y ley natural se les debía.

CAPÍTULO XIII.

Fortaleza heroyca de la Beata.

Habia concedido Dios á nuestra BEATA una grandeza de ánimo tal, que ninguna cosa la acobardaba por árdua y dificultosa que fuese: de suerte que no podia comprehendier como una alma christiana, que sabe que hay una providencia que gobierna todas las cosas con una suavidad inefable, desmaye por ninguna cosa que le suceda. Se alentó principalmente su christiana fortaleza con el despegó de todas las criaturas, con el desprecio de todas las vanidades de esta vida, y en la aversion que tenia á las honras y estimaciones del mundo, y á todo lo que parece mas apetecible y grande á los mundanos. Jamás se la vió turbarse por alguna cosa, ni por las dificultades que se cruzaban en los importantes negocios que manejaba, ni en los gran-

grandes trastornos de su casa, ni en sus penosísimas enfermedades y trabajos, ni en ninguno de los acontecimientos de toda su vida. Su perseverancia en las empresas de la gloria de Dios y del bien del próximo, era admirable. Se portaba en ellas como sino tuviera contradicción alguna; y quando los obstáculos eran violentos, é insuperables, de modo que nada podía lograr; quedaba muy tranquila, como si jamás hubiera pensado en ello: y luego que cesaban, ó se disminuían los impedimentos, volvía á emprenderlas con el mismo tesón que ántes, y llevaba siempre adelante sus buenos intentos con grande espíritu y fervor de ánimo. Eamedio de las tremendas borrascas y vejaciones que agitaron y afligieron á su familia, y consorte, hasta el peligro de verle expuesto á una muerte infame, no solo no dexó de proceder con aquella prudencia, de que Dios la habia dotado para elegir y usar de los medios oportunos, al remedio de aquellos negocios delicadísimos, sino que ni aun se vio jamás alterado en un punto el consuelo interior, y fortaleza mas que varonil de su

espíritu, en la avenida de las injurias mas sensibles, y de los desprecios mas extraños, que de todas partes venian sobre ella, con la ocasion de presentarse á unos y otros, para implorar su proteccion. Al acudir á los Jueces para el desembargo de sus intereses, no obstante que habia entre ellos algunos que la conocian bien, y que aun habian recibido de ella grandes favores, afectaban al verla, que no la conocian, y olvidados de sus obligaciones, para con ella, la despedian como á una persona despreciable con crueldad y desatencion; mas la BEATA siempre daba á conocer en la serenidad de su rostro, que estos malos tratamientos no hacian impresion alguna sobre su espíritu. Yendo un día á la hora de comer á hablar á uno de los Jueces en solicitud de que diese algun sesgo á las cosas de su familia, uno de los criados la dixo que su amo estaba comiendo, y ella entonces le suplicó la permitiese á lo ménos entrar en la antecámara, para esperarle: el criado se lo permitió; mas poco despues, vino otro que viéndola allí la trató asperísimamente, preguntándola con furor, qué

hacia en aquel sitio, y sin aguardar respuesta la asió de un brazo, y con palabras indignas la echó fuera, y cerrando la puerta, dándola con ella en los ojos, la obligó á estar en el portal por mucho tiempo: todo lo qual lo sufrió la BEATA con gran fortaleza y sosiego, sin darse por sentida de modo ninguno. Hallándose en una extrema necesidad en el tiempo en que todos sus bienes estaban en seqüestro, y no teniendo ni aun para pan, tomó un Anillo, que por fortuna la habia quedado, y le llevó á empeñar á un Pariente suyo de carácter, y facultades; mas éste rehusó bárbaramente el consolarla, y la llenó de injurias: ella se le arrodilló, y le suplicó, la hiciese á lo ménos el favor de prestarla cinco sueldos, exponiéndole su necesidad y la de sus Hijos, y creyendo moverle de este modo el corazon; mas él por el contrario con nueva crueldad, la respondió, que por qué no ponía á sus Hijos en alguna tienda al oficio de Alpargatero ó Zapatero de viejo, y la despidió sin darla un solo sueldo. De todo esto nada sintió la BEATA, sino la proposicion de poner sus Hijos

á unos oficios tan baxos; mas advirtiendo, que esta su sensible repugnancia era efecto de un corazon no enteramente muerto á todo lo que el mundo llama grande, se humilló inmediatamente delante de Dios, y con fortaleza de ánimo y sinceridad se ofreció á sufrir toda humillacion que fuese de su agrado disponer sobre ella, sobre su Consorte, y sobre sus Hijos. Además de todo esto, se hallaba por entónçes oprimida de enfermedades graves y habituales, y abandonada de todos sus amigos y parientes; no obstante, era cosa maravillosa ver con quánta fatiga y constancia trabajaba por libertar á su Esposo, y remediar tantos males como habian llovido á un mismo tiempo sobre su casa, y su generosa resignacion en la divina voluntad, y firmeza de su confianza en Dios.

Finalmente, quando poco despues del destierro de su Marido, entraron en su casa, á sazón que estaba comiendo, los Ministros de justicia, seqüestraron hasta los platos, que estaban en la mesa, y quanto tenian delante de sí, y el Gefe de ellos usó del rigor de hacerla levantar de la silla, en que estaba, á

fin de comprenderla en el proceso verbal de aquella execucion: ella sufrió todo esto con un semblante lleno de alegría y constancia, sin que la representacion de tanta pobreza, ni el contratiempo de su Marido, ni la vista de seis pequeños hijos, pudiesen disminuir, ó alterar la fortaleza christiana de su corazon, fixado solamente en Dios; ántes bien quando alguno queria alegrarla, bastaba la recordase el tiempo de aquellas penalidades, de suerte que inmediatamente se bañaba su rostro de alegría, y cruzando sus manos, y alzando sus ojos al Cielo, exclamaba: *¡O qué dichoso tiempo! ¡qué dias tan felices! ¡Quanto gusto sentía yo en ellos, y con qué facilidad encontraba á Dios en tales circunstancias! Aquel era verdaderamente para mí un siglo de oro*, añadiendo que si en su instancia por el restablecimiento de los negocios de su casa no hubiese atendido al alivio de su Consorte, é hijos, y lo muchísimo que hubieran tenido que sufrir y padecer, por su omision, jamas hubiera pensado en insistir sobre ellos, siendola, como la era, muy amable la pobreza, y todo lo que

que es opuesto á la vanidad, y comodidad del cuerpo. En todas sus enfermedades, que fueron graves y molestas, no solo no dió jamas lugar á la melancolía ó caymiento de ánimo; sino que se le veía mas alegre que en otras ocasiones. Se veía en ella una tranquilidad y paciencia, y una resignacion con la divina voluntad tal, que al paso de sus dolores se le aumentaba el deseo de padecer por amor de Dios, de suerte, que decia que no podia resolverse á suplicar al Señor, que la librara de ellas. En sus mayores trabajos bendecia á Dios, recibíendolos de su mano como favores señaladísimos de su misericordia, diciendo, que los trabajos y aflicciones son espuelas que hacen avivar el paso ácia Dios. Decia tambien que es una grande honra, la que Dios nos hace quando nos hace participar del caliz de su passion: y que no todos son dignos de llevar la Cruz del Señor: que es mayor prueba del amor que nos tiene el llevarnos por el camino de la Cruz, que el llevarnos por el de la prosperidad; porque aquel es mas seguro que éste: que aquel es el que el Señor

santificó con su Pasion en su Persona; y que por tanto debemos bendecirlo, y darle dobles gracias por los trabajos. En sus mas terribles enfermedades solo temia la BEATA, que la fuerza del dolor la perturbara el ánimo, ó la hiciera caer en algun frenesí, que la hiciera prorumpir en alguna expresion menos digna del respeto que se debe á Dios; y á este propósito decia á una persona de su confianza: *sea Vmd. testigo de que desapruebo desde ahora qualquier cosa que diga contra el honor de Dios, si llego á perder el juicio*: siendo así que ningun miedo tenia á quantos tormentos pudieran causarle sus enfermedades. Cierto dia, yendo á visitar á su Marido, que despues del sitio de París, habia huido para asegurar su persona al Castillo de Lusarche, caminaba en un Caballo: el qual tomó una carrera muy veloz; y como la BEATA estuviere absorta en su oracion, y no cuidase de refrenarlo, la arrojó en tierra; y quedando un pie en el estrivo, la fué arrastrando por un largo trecho, y le quebró el hueso de una pierna. Finalmente habiendo sacado el pie del estrivo, cayó y

estuvo postrada en tierra, por espacio de dos horas en una revuelta del camino, sin que nadie pasase por allí, ni acudiese á socorrerla el criado que la acompañaba, por haberle dicho que fuese siempre muy adelante: sufriendo entre tanto gravísimos dolores con gran paz y libertad de espíritu. Estando en esta situación, llegaron unas gentes del campo, y diciéndoles ella misma lo que podian hacer para socorrerla en aquel desastre la llevaron á París. Allí se puso en manos del Cirujano, el qual examinando el estrago que habia hecho la caída, y conociendo que no podia emprender la cura sin gravísimo dolor de la paciente, temia emprenderla; pero viendola dispuesta á sufrirlo todo, comenzó á hacerla sin miedo alguno. Hizo el facultativo en el cuerpo de la VENERABLE, las operaciones que pedia el arte; y viendo que no hacia el menor extremo de queja, ó alarido, dixo con admiracion: *Señora, ¿donde está Vmd.? Le causo dolores insufribles, y no da Vmd. una voz. ¿Está Vmd. viva ó muerta?* Nada mas respondió, sino que prosiguiese en su operacion, la que duró

cerca de dos horas; quedando pasmados todos los circunstantes de tan insigne y generosa paciencia; y protextando el Cirujano, que no lo hubiera creído á no haberlo visto con sus propios ojos. Dos años despues de esta rotura, saliendo la BEATA de la Iglesia á un campo, á donde tenia que subir algunos escalones, sentó mal el pie en uno de ellos, y cayó en tierra, de modo que se le quebró segunda vez la pierna, sin poderse mover de allí en largo espacio, y con agudísimos dolores. La llevaron á París en una camilla, y puesta en manos del Cirujano, para la cura estuvo postrada mucho tiempo en cama; pero sin advertir jamas en ella rastro de melancolia, ni oírle una palabra de queja, y sufriendo las curaciones, aunque eran molestísimas con tal paciencia, que admiraba á quantos la veían. Por tercera vez se le quebró la misma pierna, y quatro se le dislocó; quedándole de ello por toda su vida dolores acerbísimos y grande debilidad en aquella parte; especialmente porque nunca se le unió el hueso perfectamente. Durante la ausencia y prision de su Marido,

pa-

pasó la BEATA tres años en contiúas congojas que le acometian todas las noches, y se las hacian pasar en vela, hasta que por la mañana se le pasaban. Pero en llegando la hora de sus acostumbrados exercicios de piedad, ó de sus ocupaciones domésticas, sin recobrar el sueño que habia perdido, emprendia con fervor sus acostumbrados exercicios del dia; remiando que el dar oídos á su propia necesidad, fuera alguna tentacion de pereza que la quisiera hacer descansar, quando debia trabajar por la gloria de Dios, y bien del próximo. Tenia en su cuerpo llagas invisibles, segun que sus prudentes Directores, pudiéron colegir con mucho fundamento de los vehementes dolores que padecia en pies, manos y costado á ciertas horas, y particularmente los Viernes, Sábados, y dias de Quaresma; y así por esta parte tuvo ocasion de dar evidéntísimas pruebas de su paciencia y sufrimiento verdaderamente heroyco. Lo mas particular en todas sus enfermedades era que en medio de los mayores trabajos y dolores, era quando tenia el semblante mas risueño, y el color

L

mas

mas vivo y hermoso; y al contrario no lo tenia tan alegre, ni agradable quando no tenia alguna cosa que sufrir y padecer. Y admirandose de esto algunos de sus apasionados, les dió por causa y respuesta: que jamas tenia el animo mas libre para ocuparse en la oracion, y en el servicio de Dios, que quando estaba enferma: ni podia suceder otra cosa en un alma, que protextaba siempre, que su principal deseo era de sufrir mucho por Dios, y que para esto deseaba vivir mucho. A mas de lo dicho, decia la BEATA trabajos interiores, tales y tan extraordinarios, que le parecia que el Señor la habia abandonado del todo como si para ella ya no hubiera misericordia; y decia que todo quanto sufría en sus enfermedades era nada en comparacion de lo que interiormente padecia. Sin embargo se podia colegir fácilmente de su semblante, y de su conversacion la gran paz que gozaba su alma en medio de estas interiores desolaciones de su espíritu, y la heroyca fortaleza que le daba Dios para llevar esta pesada carga. Ni faltaron á esta fortaleza

chris-

christiana ocasiones de sufrir afrentas y calumnias: las quales no solo no la affigian, sino que ni aun cuidaba de volver por sí á no obligarla la necesidad. Por el contrario se tenia por tan imperfecta y culpable, que era la primera que ponderaba sus pecados y sus culpas; y en vez de escusarse, decia: que todavia era peor de lo que sus calumniadores publicaban. De esta su fortaleza nacia la particular gracia que tuvo de alentar á las almas tibias en los propósitos de servir á Dios, y de esforzarlas y animarlas contra las tentaciones y escrúpulos. Encontróse un dia con un Sacerdote conocido suyo en la Sacristia del Convento de la Encarnacion de París; y viéndole triste y caído de ánimo le dixo: *Me parece que os veo en una disposicion contraria á las almas, que se entregan á Dios, como vos deseais. Creo, Señor mio, que una alma que se entrega á Dios debe recibir con grande constancia y resignacion qualquiera cosa que S. M. disponga de ella. Y en esto consiste la perfeccion del alma. Pues ya que vos deseais tenerla, os ruego que tengais mayor ánimo y constancia.*

Estas palabras hicieron tal impresion en el corazón de aquel Sacerdote, que al punto se desvaneció su melancolía, y nunca mas le volvió á molestar. Tenia gran devocion la BEATA á San Guillelmo, Duque de Aquitania, y besaba muchas veces sus estampas con grandes afectos de devocion; y quando le preguntaban, por qué á vista de ellas se enfervorizaba tanto, decia, *que al mirarlas se acordaba del grande ódio que el Santo se habia tenido á sí mismo, y la áspera y cruel guerra que habia hecho á sus pasiones. Las cadenas, decia, con que voluntariamente se apriacionó á sí mismo, y la armadura que tiene sobre su carne desnuda, no demuestran bien esta guerra? Acude al Papa para que le absuelva de sus pecados: lo desprecia, diciéndole que es un hipócrita. Sin embargo persevera constante sin desanimarse, esperando largo tiempo la absolucion; pasando con humildad desde Aquitania á Rems, donde se hallaba el Papa, desde Rems á Roma, y de aqui á Jerusalem. ¡Oh! ¡qué distante me hallo yo de tan gran virtud!* Estas palabras muestran claramente el aprecio que la BEATA hacia de la virtud de la for-

fortaleza, necesaria para no desmayar en el camino de la virtud.

CAPÍTULO XIV.

Templanza heroica de la Beata.

Esta fortaleza de ánimo christiano verdaderamente heroica con que la BEATA triunfaba siempre de todo aquello que podia detenerla ó envarazarla en el exercicio de la virtud, estaba acompañada de una perfecta templanza y moderacion en todas las cosas. Hacia gran caso de la penitencia; y la aconsejaba á los demas en quanto podia, segun lo que á cada uno pide Dios, atendidas las particulares circunstancias. Poco valen, decia, las obras, si no van acompañadas del espíritu de penitencia: y las obras de esta virtud, como las de todas las otras son de poco precio, sino las anima el espíritu que es propio de cada una de ellas. Una alma, añadía, animada del espíritu de penitencia siempre halla modo de practicarla, y se ofrecen mil ocasiones á que no se atiende, como el calor, el frio, y todo lo

Estas palabras hicieron tal impresion en el corazón de aquel Sacerdote, que al punto se desvaneció su melancolía, y nunca mas le volvió á molestar. Tenia gran devocion la BEATA á San Guillelmo, Duque de Aquitania, y besaba muchas veces sus estampas con grandes afectos de devocion; y quando le preguntaban, por qué á vista de ellas se enfervorizaba tanto, decia, *que al mirarlas se acordaba del grande ódio que el Santo se habia tenido á sí mismo, y la áspera y cruel guerra que habia hecho á sus pasiones. Las cadenas, decia, con que voluntariamente se apriacionó á sí mismo, y la armadura que tiene sobre su carne desnuda, no demuestran bien esta guerra? Acude al Papa para que le absuelva de sus pecados: lo desprecia, diciéndole que es un hipócrita. Sin embargo persevera constante sin desanimarse, esperando largo tiempo la absolucion; pasando con humildad desde Aquitania á Rems, donde se hallaba el Papa, desde Rems á Roma, y de aqui á Jerusalem. ¡Oh! ¡qué distante me hallo yo de tan gran virtud!* Estas palabras muestran claramente el aprecio que la BEATA hacia de la virtud de la for-

fortaleza, necesaria para no desmayar en el camino de la virtud.

CAPÍTULO XIV.

Templanza heroica de la Beata.

Esta fortaleza de ánimo christiano verdaderamente heroica con que la BEATA triunfaba siempre de todo aquello que podia detenerla ó envarazarla en el exercicio de la virtud, estaba acompañada de una perfecta templanza y moderacion en todas las cosas. Hacia gran caso de la penitencia; y la aconsejaba á los demas en quanto podia, segun lo que á cada uno pide Dios, atendidas las particulares circunstancias. Poco valen, decia, las obras, si no van acompañadas del espíritu de penitencia: y las obras de esta virtud, como las de todas las otras son de poco precio, sino las anima el espíritu que es propio de cada una de ellas. Una alma, añadía, animada del espíritu de penitencia siempre halla modo de practicarla, y se ofrecen mil ocasiones á que no se atiende, como el calor, el frio, y todo lo

lo que puede faltar á la naturaleza en orden á sus deseos, así de lo útil ó necesario, como al deleyte de las acciones indiferentes. Al principio de sus gravísimas enfermedades, que se creyeron originadas de la abstraccion de su espíritu, diversos Religiosos de conocida virtud y experiencia en las cosas interiores se juntaron para examinarlas: y formaron juicio, y fueron de dictamen, que el espíritu de Dios era el que obraba en la Beata semejantes efectos de arrobamientos y éxtasis; y ella les respondió: *pues si el espíritu de Dios es el que obra esto, el mismo espíritu me inspira estas austeridades.* De hecho, un corazón tan bien dispuesto á la penitencia supo siempre practicar sus actos con toda constancia. Por lo que mira á su cuerpo, lo trataba con sumo rigor; aunque parecía justo que sus ordinarias ocupaciones, la de limpieza de su complexión, y sus continuas enfermedades debían obligarla á tomar algún alivio. Su templanza era sin igual. En el discurso de sus enfermedades, y en los pocos intervalos que gozaba de salud, apenas se pudo observar que gustara de un manjar mas que de

de otro. Cuidaba tan poco de su sustento, que era preciso advertirla que se pasaba la hora de comer; porque de otra suerte se le hubiera olvidado; como sucedió alguna vez, que se pasó un dia entero sin acordarse de ello. Su comida ordinaria era carne comun, y pan tan negro, que su doncella Andrea, no lo podia comer; y de compasion alguna vez se lo hacia traer mas blanco. Comunmente se sustentaba con solo pan y agua. Guardaba con sumo rigor los ayunos de precepto, á los que añadía otros muchos de devoción. En sus mas graves enfermedades se alimentaba de los manjares mas groseros, y en la menor cantidad que le era posible. Había concebido una aversion habitual á todo lo que podia lisonjear el gusto del paladar, temiendo fomentar la sensualidad con pretexto de necesidad; por lo que jamas comia dulce, ni otra cosa alguna delicada propia para satisfacer y alhagar el apetito. En los convites se valió de un medio muy disimulado, para abstenerse sin los concurrentes lo advertieran; y era encargarse de trincar las viandas, y servir las á los demas: ha-

haciéndolo de modo que parece un mero acto de política, y empleando en ello la mayor parte del tiempo, de suerte que no le quedaba alguno para comer ella misma. Muchas veces se reducía toda su comida á una manzana, ó un poco de queso; aparentando que lo hacia por mirar á su salud, haciéndolo en la realidad por espíritu de mortificación; puesto que sin perjuicio de aquello podia alargarse mucho mas en la comida. Se valia de otros varios medios para disimular su virtud, diciendo unas veces, que ya habia hecho colacion, porque habia tomado ya un poco de pan; otras que estaba de priesa, y que no se podia detener á comer mas. En los convites de cumplimento, ó de familia tomaba con modestia lo que la presentaban, y gustaba un poco para que no pensaran que afeataba mortificación; pero en realidad se abstenia de comer; diciendo que no repugnaba ningun manjar sencillo y natural; pero que no se acomodaba con los de mucho y artificioso condimento; porque la dañaban á su salud: y de este modo ocultaba su abstinencia. Llevaba un Cil-

licio de hierro sobre la carne desnuda. Se disciplinaba muy á menudo; y quando no tenia fuerzas para tomar por sí misma la disciplina, hacia que se la diera Andrea su Camarera, y compañera de sus devociones. Dormia poco, y pasaba muchas noches enteras en Oracion. Era tan enemiga del regalo de su cuerpo, y tal su deseo de mortificarlo, que sin embargo de tratarlo con el rigor que va dicho, se le oía decir muchas veces con mucho sentimiento, que para ella era una gran cruz el tener que cuidar de su cuerpo, y ver que era preciso regalar alguna vez á este enemigo, y concederle algun desahogo; y solia exclamar: *¡ó Dios mio, qué carga esta para mí!* Se reputaba á sí misma por tan poco mortificada, que muchas veces se lamentaba diciendo: *Yo no tengo ninguna mortificación: dexo correr mi naturaleza á todo lo que quiere, sin poderla contener: tan poco es el imperio que tengo sobre mí: Yo soy muy viva; y así nunca llegaré á sujetar con la mortificación los apetitos desordenados de mi natural.* En quanto á sus vestidos eran muy curio-

sos; pero al mismo tiempo muy modestos: de modo que el verla era una instruccion de virtud. Su adorno de casa era simple y decente: las diversiones, bayles y conversaciones ociosas estaban desterradas de su casa, y no habia entrada en ella sino para asuntos y obras de caridad. Si algun pariente ó conocido la iba á visitar, lo recibia con mucho agasajo; pero toda la conversacion habia de ser á cerca de la caridad, ú otra virtud, desviando con prudencia qualquier otro discurso vano ú superfluo. Y sobre todo las murmuraciones y detracciones, que son el asunto ordinario de las tertulias, estaban tan severamente prohibidas en su casa, que ya sabian los concurrentes que ni remoramente se habia de incurrir en ellas. Era muy mirada y mesurada en el gasto de su casa, de modo que quando su marido, é hijos estaban ausentes con muy poco tenia para su sustento; y quando no tenia algun huésped de cumplimiento, cuidaba de que se encendiera muy poco fuego, y ardieran solo las velas precisas para la luz, diciendo: *que lo contrario se oponia al espíritu de*

de pobreza christiana, á que se debe atender en todos los estados y condiciones: que á los pobres les faltaba lo necesario, porque los ricos malgastan en superfluidades: y que no es por mérito propio de ellos el haberles Dios dado mas abundancia que á los demas. Tenia tan mortificadas sus pasiones, que parecia estaba sin ellas: jamas se la vió melancólica: jamas se la oyó queja alguna por falta de sus criados en servirla, siendole todo indiferente, con tal que no interviniera ofensa de Dios: jamas dixo palabras, que no fueran ordenadas á algun bien: aunque era de un genio vivo y pronto, nunca se vió el menor efecto de él; porque con sumo cuidado reprimia en todas acciones los menores ímpetus de esta viveza y prontitud. Hablando un dia con una amiga suya de cierta persona, que por caridad habia tenido mucho tiempo en su casa, y era de un genio flemático, enteramente contrario al suyo, dixo: *aquella diversidad de genios me trata mucha cuenta: yo quisiera tener siempre conmigo una persona como aquella.* Nunca se le oyó una palabra de ira, ni dió la menor

nor muestra de enojo, ó impaciencia, y no es fácil encontrar genio mas suave, mas igual, mas apacible, mas comedido, mas compasivo, y ménos violento que el suyo. Aunque la BEATA era tan afable y obsequiosa juntaba con esto tal circunspeccion y seriedad, que causaba recogimiento en los ánimos de los que la trataban, y los llevaba ácia Dios. El amor grande que tuvo á la pureza hizo que apenas jamas mirase al semblante de hombre alguno: y aunque eran muchos los que la venian á hablar de diversos asuntos, á ninguno miraba el semblante. Tal era la pureza de nuestra BEATA que infundia á los que la miraban el amor de esta santa virtud, y los movia á su práctica, como resultó de varios sucesos. Desciendo una Señora de alta gerarquía, y de gran piedad, tener un retrato de la BEATA MARIA; y enviando un Pintor á su casa para que con pretexto de algun otro asunto tuviera ocasion de retratarla, y copiar fielmente las facciones de su rostro, la habló éste largo tiempo, alargando con arte la conversacion: pero jamas pudo verle los ojos: por-

porque los tuvo siempre tan modestos y baxos, que por mas habilidades y artificios que usó para hacerselos levantar, nunca pudo lograrlo. Era tan recatada y circunspecta en todos sus movimientos, miradas, palabras y todo su porte, que parecia una viva imágen de los bienaventurados y Angeles del Cielo; y no era fácil mirarla sin quedar compungido, y encendido en el fuego de la devocion. Huía con prudencia de tratar con hombres; y quando tenia precision de hablarles, lo hacia con pocas y breves palabras. Siempre que iba por la calle, llevaba cubierto el rostro, cuello y manos. Le causaba sumo horror qualquier palabra obscena que oia; y si decia alguna alguno de sus criados, al punto lo reprendia con grande eficacia, despidiéndolo sino se enmendaba. Jamas consintió que hombre alguno la dierra el brazo para sostenerla, como por moda y marcialidad se usa en Francia: y quando la falta de fuerzas le hacia valerse de algun apoyo, se servia de su doncella, ó de un Lacayo. Su casa era el asilo de las doncellas que estaban en peligro de perder su

su entereza; y una escuela de castidad para las que habian tenido la desgracia de haberla perdido. Quando hablaba á éstas del amor que debian tener á esta virtud, lo hacia con tal energía, que las reducía á que hiciesen una Confesion general, instruyéndolas para ello ella misma, y diciéndoles con mucho fervor: *Es preciso, mis amadas hermanas, alentarse y esforzarse á continuar una vida pura, imitando á los Mercaderes codiciosos, que quieren á todo trance amontonar grandes riquezas, trabajando para esto dia y noche, exponiéndose á las lluvias, y á todas las inclemencias de los tiempos. Lo mismo debemos hacer nosotras para adquirir y conservar este rico tesoro.*

CAPÍTULO XV.

Humildad heroica de la Beata.

El esplendor de su virtud, las innumerables gracias con que el Señor la habia enriquecido con extraordinaria largueza, su admirable conducta en los negocios mas di-

ficiles y de grande importancia, que manejó y acabó con tanta felicidad, y tantas bendiciones, hacian que todos miraran á nuestra BEATA como una Santa. Los Grandes del Reyno la honraban muy particularmente: los Obispos mas célebres de Francia, los Religiosos mas acreditados, los Superiores de las Religiones, y los Doctores mas sabios tomaban sus consejos, consultándola en los puntos mas dificiles como á un Oráculo: y la misma Reyna tenia gran gusto de verla y hablarla, y de mostrarla la estima en que la tenia. Pero ni todas sus grandes prendas, ni este aplauso y admiracion universal la hicieron jamas tener el menor movimiento de complacencia y satisfacion propia. Ni uno hubo, aun entre los muchos que observaban sus acciones, con el fin de censurarlas, si hallaran el menor fundamento para ello, que se atreviese á decir haberle oido siquiere una palabra en su alabanza, ni haberla visto una accion que no fuera acompañada de la mas profunda humildad christiana. Era tan grande su amor y estimacion de esta virtud, y tal el cono-

cimiento que Dios la habia dado de sus saludables efectos, que las personas á quienes mas distinguia en su aprecio eran las que iban á Dios por este camino: porque, decia, por el contrario nos engañamos; pero por el de la humildad y conocimiento propio, nos desengañamos de nosotros mismos y del mundo. Su humildad se dexaba bien conocer por el poco caso que hacia de su propio dictamen, del qual se fiaba tan poco, que la menor oposicion, aunque fuera de un niño era bastante para hacerla ceder. Tenia de si misma tal opinion, que se reputaba por nada, creyendo y pensando que solo tenia de su propia cosecha pecados y faltas, especialmente de soberbia. Por esto tomaba ocasion de qualquiera cosa aun la mas leve para acusarse á si misma, y quando la habian hecho algun favor, á que no habia podido corresponder por causa de sus enfermedades, lo atribuía á su falta de humildad. Sus mas frecuentes conversaciones eran de sus imperfecciones: y quien la oyera hablar, creería que nadie tenia mas, ni mayores. En su boca sola ella era incorregible: los demas tenían alguna excusa, y

esperanza de enmienda: acompañando estos discursos con copiosas lágrimas, y con tales muestras de desconfianza que causaba admiracion á los que la escuchaban. Quando se confesaba, prorrumpla en amargos llantos á vista de la malicia é ingratitud que en sí misma suponía á las gracias que Dios la dispensaba con tanta abundancia, y á la consideracion de su incorregibilidad y obstinacion en las culpas segun ella decia.

Estaba tan persuadida de ser ella la muger mas mala y pecadora del mundo, que decia á su Confesor, que todo el mundo no era capaz de persuadirla lo contrario: y esta persuacion la tenia en un continuo afán y cuidado de emplear todas las ocasiones que se la ofrecian de practicar las virtudes christianas proporcionadas á su estado y condicion. Su mayor ansia era mortificarse y humillarse mucho: y si previa que en algun lugar habia de ocurrir motivo de ser abatida y despreciada, ella iba con un gusto extraordinario. Por eso uno de los mayores consuelos que tenia era encontrar con personas que la trataran con desprecio y aspe-

reza, y á estas tenia particular cariño, asegurando que amaba entrañablemente á un Eclesiástico de la Iglesia de San Gervasio, que la mostraba mucho rigor; y de solo verlo manifestaba ella singular alegría, y se confesaba con él siempre que tenia proporcion. Por la misma causa, mientras estuvieron embargados sus bienes, y los de su Marido, iba á pedir dinero prestado á sujetos, de quienes sabia con certidumbre que no habia de lograr sino palabras ásperas y desabridas con una absoluta repulsa. Nunca tuvo mayor consuelo que quando sucedió el trastorno de sus intereses domésticos; porque entonces tuvo ocasion, como queda dicho, de sufrir los mayores desayres de toda clase de personas, aun las mas ínfimas, que la viéron reducida á aquel extremo de miseria. La única pena que experimentaba era la de tener que disimular la interior alegría de su corazón para no causar admiracion; y la de reprimir su gozo quando alguno de sus apasionados procuraba consolarla de aquello mismo en que ella tenia su mayor gusto y complacencia. Deseaba y apreciaba tan-

to los desprecios y las injurias, que decia suspirando muy frecuentemente: *¿Quando, ó Dios mio, me tratareis con desprecios? y considerando la humildad de nuestro Señor en la Cruz, encendida toda en deseos de unirse al que fué tan humillado, ¿será posible, decia, que nosotros no abracemos el desprecio, viendo á un Dios reducido á tal extremo? Si se debe pedir alguna cosa á Dios aquí en la tierra, yo por mí no le pediria, sino que me hiciese la gracia de llevarme por el camino del desprecio, que es por donde caminó su divino Hijo, la de ser despreciable á mis propios ojos, y á los de los demas; y qué misericordia, ó Dios mio, seria esta para mí tan grande!* De este mismo conocimiento, y concepto de su nada nacia, que quando la alababan en su presencia, ó se decia alguna palabra en elogio de su virtud, ella callaba y se sonrosaba por la vergüenza y confusion que en eso sentia. Era tal el horror que tenia á quanto podia grangear la opinion y honor entre las criaturas, que en la Cámara de la Reyna de Francia, rodeada de las Damas y Príncipes de la Corte, de quienes recibia las mayores de-

mostraciones de afecto, no solamente no se desvanecía con esto, sino que se dexaba ver en la modestia de su rostro, que solo la servia de confusion. Estaba cierto dia en la Iglesia de San Gervasio para oír el Sermon, y habiendo visto entrar á la Reyna, y otras Princesas, ella disimuladamente se salió de la Iglesia ántes que el Sermon se empezase, para evitar las atenciones y obsequios de aquellas Señoras de la Corte. Estaba atónita en ver que la honrase todo París, y que las gentes corriesen por verla pasar, mostrándola con el dedo, los unos á los otros, y no podia comprehender, como Dios permitia que sus defectos é imperfecciones fuesen tan ignoradas en el mundo, que se hallasen personas que la tuviesen en buena opinion. El poco estudio que siempre tuvo de presentarse en las conversaciones adornada y vestida al estilo de las otras Señoras de su clase; el gusto que tenia en tratar con los mas pobres; el gozo con que los servia con sus facultades y persona; la repugnancia grande de que la visitasen, y el deseo de poder ausentarse y ocultarse para no ser vista de nadie,

die, son unas señales evidentiſimas de la aversion sincera, que tenia á las grandezas y honores terrenos. Estaba tan persuadida de su propio demérito, que quando hablaba de sí misma, ó de alguna cosa suya siempre usaba de la palabra *nosotras*, ó *nuestro*, como se practica en las Comunidades Religiosas bien reguladas; y preguntada, por qué usaba de estos términos, respondió: *que siendo todas las cosas de Dios, ninguna habia que pudiese pertenecerla como propia, ni aun ella misma.* Aunque la humildad la era tan amable, no queria que ésta hiciese á nadie pusilánime para combatir las propias pasiones; y por esto, representando ella en cierta ocasion á una persona sus enfermedades é imperfecciones de espíritu, la qual se hallaba algun tanto afligida de reconocerse tal, como acababa de oír, desanimada la preguntó *qué es, pues, lo que conviene hacer?* y la BEATA entencés con dulzura y fuerza de expresion la respondió: *ved aqui en lo que consiste la verdadera humildad, y la diferencia que hoy entre la pusilanimidad, y esta virtud: lo que conviene es, no desanimarse, ni tampoco disminuir*

nuir sus culpas con pretexto de cierta imposibilidad; sino decir, ahora quiero empezar de nuevo. Ello es cierto, que en mí nada hay sino miseria; pero Dios es infinitamente más bueno, que yo mala, más poderoso que yo débil, y más misericordioso que yo miserable: el reconocerse yo qual soy, es una gracia grande que él me hace, y este es el principio de la misericordia, que conmigo quiere usar, y una señal evidente de que no quiere mi perdición. Otras veces á este mismo propósito de animar, decía: quando yo me veo llena de tantas faltas y miserias, no por eso me maravillo, considerando que soy basura, que está en su propio lugar, y que ninguna otra cosa puedo esperar de mí. ¿Por ventura queremos hallar en nosotras lo que no es posible hallar, sino lo pone Dios? ¿De qué gracia que su Magestad nos conceda nos podremos gloriar? Nosotros no somos sino como un vaso de tierra grosero de suyo, el qual si el Rey le destina para poner en él sus tesoros, será preciosísimo; pero si le desvia de sí, quedará tal qual era: del mismo modo, nosotros somos ricos, si el Señor nos dispensa sus gracias; mas estas las puede suspender en un momento,

y

y entónces venimos á quedar en nuestra pobreza y nuestra miseria. Y solia tambien añadir á todo lo dicho: es necesario no caer de ánimo por ser lo que somos de nosotros mismos. ¿Pensais, acaso, que pueda haber en nosotros algo de bueno si Dios no lo da? Es necesario apreciar mucho el reconocer lo que somos, y que procedamos como el Niño que cayó en una calle sucia, y se manchó el vestido con la inmundicia. Este aunque vea entónces á muchas personas, á nadie acude, sino á los brazos de su Madre, y en ellos se arroja, aunque sepa que le ha de castigar. Arrojemonos, pues, nosotros en los brazos de nuestro buen Padre Dios, y confieemos á su misericordia. Era tambien muy generosa su humildad, obrando siempre quanto podia de bueno, tanto para su aprovechamiento espiritual, como para el de sus próximos, soliendo decir: que el humilde jamas debe temer el obrar bien por respeto de los hombres, ni dexar de corregir quanto se pueda, y sea necesario para salvar la gloria de Dios.

Aunque conociese qual era la voluntad del Señor en los negocios ó dificultades que
la

la proponian, su humildad la tenia acostumbada á no decir jamas: esta es la voluntad de Dios: conviene hacer esto: en eso nada hay que temer: sino que respondia sencillamente: *yo pienso, que convendria hacer esto; y así lo he entendido: me parece que seria acertado proceder así.* Era sumamente cuidadosa en ocultar sus raras virtudes, y las gracias singulares de que Dios la habia adornado, y en procurar que nada se notase en ella sobre lo ordinario y comun, y solo se ha sabido de ella, lo que ella misma no pudo ocultar. Solo hablaba de esto con sus Directores, pero lo mas brevemente que podia, y con palabras humildes, y quando padecia éxtasis ó raptos procuraba con todas sus fuerzas resistirlos, para que nadie lo conociese, y si en efecto no los podia reprimir, fingia que la acometia el sueño, ó que estaba fatigada, ó que de repente se habia puesto enferma. Muchas veces se dexaba en manos de la naturaleza, haciendo ó diciendo las cosas del espíritu sin particular atencion, descosa de que la vieses conforme era, diciendo que quando se detenia para proceder

der con estudio, sentia interiormente una reprehension de que era hipócrita, y que cuidaba de que sus defectos no se conociesen, para que los hombres la tuviesen por mejor de lo que era en la realidad; pero era Dios el que la dirigia, y habituada á la virtud con su divina asistencia, ordenaba de tal suerte sus acciones, que sin actual atencion del espíritu, nada se hallaba en ellas de reprehensible. Si en la conversacion referia alguno de los beneficios divinos que recibia, lo contaba como de tercera persona, y quando tal vez alguno de sus apasionados, ú otros la sorprendian en sus éxtasis, ó raptos, ella en vez de complacencia, recibia tal sentimiento, que los que la habian visto en aquella situacion se veían precisados por compasion á disimular que la hubiesen visto, por no ponerla en un exceso de pena y confusion. Al principio de la fundacion del Monasterio de la Encarnacion, la Madre Ana de Jesus, que habia ido de España para fundarle, descó saber por qué camino llevaba el Señor á esta santa Alma, y habiéndola suplicado un dia, que se lo ma-

O

ni-

nifestase, la respondió estas solas palabras: *Madre mía, yo siempre he puesto muchos impedimentos á las divinas misericordias.* Antes de vestir el hábito de Religiosa se hallaba en una ocasion, con la debida licencia, en el Convento de Carmelitas Descalzas, y entrando en la cocina preguntó á la hermana con-versa, que allí servia, si sería de su agrado tenerla por compañera en aquella Oficina, y habiéndola ella respondido, que no se juzgaba digna de un bien tan grande, la BEATA añadió con gran viveza de sentimiento: ¡*oh hermana mía!* ¡*Cuán feliz es vuestra condicion!* *Si Dios me hiciese á mi gracia de ser Religiosa, jamas escogeria yo si no esa suerte misma.* Tenia una devoción muy particular á estas palabras de Jesu-Christo: *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallareis descanso para vuestras almas:* y tambien á aquellas otras palabras del Profeta: *¿sobre quién descansará mi espíritu sino sobre el humilde, y sobre el que teme mis palabras?* por lo que las repetia muy frecuentemente con grande expresion de sentimiento, y con alegría suavísima del espíritu. De la consi-

de-

deracion de su nada, y de la reflexion de que toda nuestra fuerza y suficiencia viene de Dios, nació en ella el grande y claro conocimiento, que tenia de la humana fragilidad, y decia: *que nosotros no estamos unidos á Dios, sino por un hilo sostenido de su misericordia, el qual al menor golpe de tentacion puede ser roto, y ser nosotros precipitados en los Infernos.* A fin, pues, de que permaneciese siempre presente en su espíritu el conocimiento de su fragilidad, usaba de la diligencia de conservar en la memoria las mas pequeñas imperfecciones que pudo cometer; por lo que si daba una respuesta algun tanto enardecida ó vituperada con el gesto ó con las expresiones lo que la hubiesen dicho ó hecho, no solo inmediatamente se reprehendia á sí misma, y hacia un acto de contricion con todo lo demas que acostumbra en tales casos una conciencia recta, sino que conservaba por dos ó tres días vivo el sentimiento, y la memoria de que aquel defecto era un fruto de su orgullo y de su miseria; y se decia de tiempo en tiempo á sí misma, quando advertia hallar-

O 2

5c

se conmovida de alguna inclinacion desordenada: *acuerdate de que tú eres lo que has visto y conocido manifestamente, y no te olvides de ello jamas.* Quando sucedia que la pidiesen alguna instruccion espiritual, era su primer cuidado llamar con destreza el espiritu al conocimiento de su fragilidad natural, para facilitar de esta suerte la práctica de la humildad christiana, y en tales casos solian ser éstos sus sentimientos: *Que quando cometemos imperfecciones, y la naturaleza demasiadamente viva hace alguna escapada, debemos concebir grande sentimiento de nuestro error; pero que al tiempo mismo debemos alegrarnos de conocer por este medio lo que somos; y que quando no tengamos ese sentimiento, debemos creer ser éste el hedor que sale de la postema que está dentro de nosotros mismos, y alabar á Dios, que permite tales ocasiones, á fin de que salga aquel veneno de orgullo, que tenemos oculto; que nosotros somos como una laguna llena de cieno, cuyo fetor no se percibe aunque se camine cerca de ella, pero si se revuelve un poco, arroja una peste de tal hediondez, que no se puede tolerar.* Esto mis-

mismo sucede en nosotros, quando nadie nos toca, va todo que es una maravilla, pero si se toca nada mas que un poco esta nuestra naturaleza, al punto el orgullo saca la cabeza. *Se deben, pues, dar muchas gracias á Dios y alegrarnos mucho de hallarnos en el caso de poder conocer el fondo de miseria, y de orgullo que hay en nosotros. Permite tambien el Señor, que cayga un alma en imperfecciones, á causa de la demasiada confianza, y grandes fuerzas que suponemos en nosotros mismos: ¡ah! si nosotros desconfiando de nosotros, esperásemos de Dios toda nuestra fuerza, su Magestad no permitiria, que cayésemos tantas veces.* Habiéndola dicho una Monja en cierta ocasion, que deseaba pedit á Dios la concediese su Purgatorio en este mundo, la BEATA la respondió: *guardaos mucho de pedir eso: ¿sabemos acaso si tendríamos el sufrimiento, que se requiere, para padecer tanto? Es necesario, pues, dexarse á las disposiciones de Dios: el sabe bien hasta dónde llegan nuestras fuerzas, y no nos toca á nosotros elegir esta ó aquella cosa: lo que nos conviene á nosotros es dexarnos en sus manos, ser hu-*
mil.

milles, y querer depender en todo de su divina providencia. Una amiga suya la habló un día de los grandes beneficios, que ella había hecho á muchas almas, y la BEATA con grande sentimiento la dixo: ¡ Ah! ¡ qué pobres somos, y cuánto nos engañamos! Nos parece que si no nos mezclamos en todo, no van bien las cosas, sin nuestras palabras y nuestros consejos: ¡ ah que Dios para que se cumpla su voluntad tiene muchos caminos! En un momento hace mas de quanto podemos imaginar, sin necesitar de nadie: lejos de que le podamos servir para la execucion de sus designios, le servimos de estorbo con nuestras desordenadas inclinaciones y deseos. ¡ Quán poderosamente obraria sobre la tierra! ¡ Quán grande es su poder, y qué poca necesidad tiene de nosotros! ¡ Ah si nosotros mismos no le sirviésemos de impedimento! queriendo con esto hacerla conocer, que si Dios había hecho algo de bueno por medio suyo, igualmente lo hubiera hecho sin ella, y acaso mejor. Otra vez le dixo una Monja: yo quiero tener tal virtud, cüeste lo que costare; y la BEATA con mucha gracia la respondió:

her-

hermana mia, mejor diréis así: yo deseo tenerla: trabajaré quanto pueda por adquirirla: conviene hablar siempre de sí mismo con humildad y desconfianza. Lamentándose con ella una persona de que no podia reprimir á veces algunos movimientos de las pasiones en su principio, ella la dixo: quando experimentamos esta dificultad es ocasion de sacar gran provecho: entónces conviene razonar consigo mismo, y decir: ¡ tú con quién las has! te han dicho una palabra, y catote toda inchada de soberbia: tú quieres refunfuñar, y nada adelantareis con eso: despues convendrá volver los ojos á Dios, mostrándole nuestra poquedad, y pedirle las fuerzas necesarias, para vencer; y en adelante soportar nuestra imperfeccion, sin dar á la naturaleza el menor lugar de disculpa ó descargo, sino por el contrario alegrándose de que sufra la acusacion y la confusion. Decirla tambien, que es necesario recibir las reprehensiones como venidas de Dios, reconociendo la misericordia que nos hace en dignarse el mismo de corregirnos por medio de nuestros superiores, y tomar á su cuidado nuestro aprovechamiento: que nadie de-

be

be maravillarse de caer; pero que es un orgullo intolerable no querer sufrir la corrección; que nuestros defectos deben servir mucho para recoger el alma, y para hacerla correr con mas ardor en el camino de la perfeccion christiana; que sucede muy de ordinario, que habiendo pasado algun tiempo sin cometerlos, se adormece el alma, y se contenta solo con ocuparse en Dios dulcemente, sin trabajar en destruir las malas inclinaciones; pero que habiendo caido, este accidente nos despierta, nos hace conocer lo que somos; acudir á Dios con empeños, y nos estimula á correr sin pararnos en sus caminos: que en el caso de haber incurrido en algunos defectos, conviene no lisonjearse figurándoselos menores de lo que son; que quando se habla de ellos, deben llamarse con sus nombres propios, sin andar buscando términos acomodados para disimularlos: que quando se nos impone penitencia pequeña por nuestras culpas, debe ésta aceptarse con amor, y reconocer la misericordia de Dios para con nosotros, pues habiendo merecido el Infierno, nos hace la gracia de satisfacer con una penitencia pequeña; finalmente que para ad-

adquirir la christiana virtud, no es necesario tener muchos consuelos en la oracion, siendo cierto, que el alma que fielmente y con dulzura de espíritu combate sus pensamientos y distracciones, tomando de ellas mismas motivo para entrar en el verdadero conocimiento de su nada delante de Dios, de su miseria propia, y de la impotencia en que se halla para obrar tan bien como es necesario para alcanzar la vida eterna, sale de la Oracion con mas fruto y humildad que otras que habrán en ella entreteniendo su espíritu con pensamientos sublimes y elevados: añadiendo á todo esto, que habia visto almas, que no pudiendo tener otra oracion, que la de sufrir su aridez y sequedad, la de combatir con sus distraimientos, y la de confundirse delante de Dios de su debilidad, habían adelantado tanto en la humildad de su espíritu, que se hallaban sinceramente dispuestas á dexarse pisar de todos.

CAPÍTULO XVI.

Fe heroica de la Beata Maria.

Pero tales convenia que fuesen los sentimientos y las acciones de una Señora christiana, que por un don singularísimo de la divina gracia poseía en grado heroico los hábitos de las tres virtudes Teologales, Fe, Esperanza y Caridad, casi desde la adolescencia. En efecto la BEATA MARIA no solo era fácil y dócil en sujetar su entendimiento á todo lo que Dios y la Iglesia católica Romana nos enseñan en orden á los Misterios y doctrina de nuestra santa Religion, sino que estaba su espíritu tan persuadido de estas verdades, que su firme adhesion á estos Misterios daba lugar á creer, que tenia de ello un conocimiento como revelado. Quando hablaba acerca de las cosas mas difíciles, y de los Misterios mas sublimes, como de la Santísima Trinidad, de la Encarnacion de nuestro Señor, de su Pasion y Muerte, de su real presencia en el Santísimo

mo

mo Sacramento de la Eucaristía, de la grandeza inmensa de la Magestad de Dios, de la gloria del Paraíso, y de la posesion é inseparable union de los Espíritus bienaventurados con el Señor, racionaba no solo sobre la capacidad ordinaria de su sexo, sino con unos términos tan expresivos, que no quedaba duda de que todo lo habia aprehendido en la escuela del Espíritu Santo, y mediante un don extraordinario de entendimiento. Todos quantos tuvieron con ella conferencias sobre las cosas espirituales, aun los hombres mas ilustrados contextaban uniformes con estupór y maravilla sobre la inteligencia singular de los Misterios mas profundos de la fe, que advertian en esta santa alma, y quedaban sosegados y satisfechos con la solucion no esperada y convincente, que les daba á las dificultades que la proponian sobre esta materia. Un Caballero de caracter, hallándose fatigado de una duda sobre la real presencia de Jesu-Christo en la sagrada Eucaristía, pasó á verse con la BEATA para que le diese algún consuelo en la afliccion y agitacion de su espíritu, y ella le

Pz

de

declaró tan perfectamente la verdad de este augusto Misterio, que el Caballero no padeció en adelante sus antiguas dudas, y protexaba que jamas habia hallado un espíritu tan ilustrado como el de la Señora Acaria. Otro sugero, á quien se le ofrecian gravísimas dificultades en órden á la fe, habiéndolas comunicado con nuestra BEATA, quedó tan cabalmente instruido con su conversacion, que en adelante vivió ya siempre con toda la sumision que es propia de todo buen Católico. Eran tales y tan grandes las luces que el Espíritu Santo comunicaba á su entendimiento, en órden á los dógmas de nuestra Santa Religion, que en cierto modo procuraba desviarlas de sí, para afianzarse en su claridad; porque la parecia que se disminuiría el mérito de su fe, por el mucho conocimiento que aquellas luces causaban en su alma. Otras veces sorprendida de tanta luz protexaba, con la mayor eficacia, que no podia alcanzar cómo era posible poner en duda ninguno de los artículos de la Fe; y que ella conocia con tanta seguridad todas las verdades, que la

era

era imposible ponerlas en duda. En algunas ocasiones la favorecia el Señor con ciertos golpes de luz tan viva y penetrante, que se veía obligada á dar voces, diciendo: *Dios mio; dad, si os place, estas gracias á los Infieles; que yo nada dudo de quanto vuestra Santa Iglesia me enseña.* La fe de la BEATA era al mismo tiempo muy humilde y rendida: y así solo cuidaba de prestar el mas sincero homenaje á sus Misterios; de cautivar su entendimiento, mirando con sumo horror la curiosidad de escudriñarlos. No contenta con esto, ponía sumo esmero en no consentir, por cosa ninguna del mundo, que en su presencia se dixera una palabra de menos respeto á los Prelados Católicos. Una de las cosas que la BEATA procuraba que mas se imprimiera en los corazones de todos los que queria llevar por el camino de la virtud era la firme persuasion de la presencia de Dios en todo lugar; para que esta virtud les contuviera en el fiel desempeño de sus obligaciones; ó los hiciera volver á ellas quando se habian desviado. Aquel grande recogimiento de espíritu, que se echaba de ver

en

en su modestia, en la compostura de su porte exterior, en la circunspeccion de sus conversaciones, en los frecuentes raptos de su alma eran evidéntisimas pruebas de la firmísima persuasion en que estaba de que Dios era testigo de todas sus acciones. Jamás la ocurrió dificultad, ni hubo acontecimiento por imprevisto que fuera, que bastara á turbar la tranquilidad de su corazon, ni detenerla en sus empresas por la honra y gloria de Dios; porque con tal seguridad tenia por verdad indubitable de fe católica, que todo esta sujeto á las inefables disposiciones de su divina providencia, y sirven sin echarlo de ver al cumplimiento de sus adorables consejos: y eran admirables los discursos que hacia sobre esta providencia infinita, y sobre la dependencia de ella, en que debemos todos vivir á todo trance. Entre sus devociones leía frecuentemente con singular fervor el Prefacio que se lee en la Misa del día de la Santísima Trinidad, pesando sus palabras, y repitiéndolas muchas veces, y diciendo: *ohi! qué palabras! qué profundidad!* y al llegar á aquellas: *Qui non cessant clamare quotidie*, parecia que

que se olvidaba de que estaba en esta vida mortal, y decia, y volvía á decir sin cansarse: *Sanctus, Sanctus, Sanctus, qui non cessant clamare quotidie: Sanctus, Sanctus, Sanctus.* Fuéron innumerables las ocasiones en que la BEATA hizo ver la firme y viva fe que en su corazon tenia del augusto Sacramento de la Eucaristia. Quando despues de la Sagrada Comunión se retiraba á la Capilla que su Marido tenia en la Iglesia de San Gervasio, que era su Parroquia, era cosa de admiracion ver su humilde compostura, el ardor que la hacia encendersele el rostro, las lágrimas que la salian de los ojos, y su atencion éxtática. La eran muy familiares los raptos al tiempo de comulgar, que apenas recibia la Sagrada Hostia se veía obligada á pellizcarse los brazos para estorbarlos: y quando no podia, quedaba tan inmóvil y absorta en Dios, que los que estaban á su lado tenian muchas veces que empujarla con mucha fuerza para hacerla volver en sí. Quando estaba parente el Santísimo Sacramento, ó quando iba á la Iglesia donde estaba reservado, estaba con tal respeto y veneracion

en su presencia, y con tan grande recogimiento, que no podian mirarla sin concebir mucha devocion, aun las niñas mas inconsideradas. Era mucha su devocion al Sacrificio de la santa Misa, no dexando pasar dia alguno sin oirla con grande recogimiento y fervor de espíritu, por muchas que fuesen sus ocupaciones. Y quando sus graves enfermedades no la permitian ir á la Iglesia, la oia en una decente y devota Capilla que tenia en su casa. Su respeto y veneracion á los santos Evangelios era singular: tenialos continuamente entre manos para meditarlos, y sacar de ellos sus mas afectuosos documentos. Por lo tanto apoyaba todas sus instrucciones, y todos sus ejercicios de piedad en alguna máxima evangélica, que adaptaba tan oportunamente á todas las ocurrencias, tanto propias como ajenas, que no quedaba lugar de dudar que era el espíritu del Evangelio el que dirigia todas sus palabras y acciones. Servíase tambien muy á menudo de los versículos, de los Salmos, de las Epístolas de San Pablo, y demas libros de la santa Escritura, para sacar afectos y motivos de elevar-

vase á Dios, y desprenderse generosamente de qualquier aficion ménos bien ordenada á las criaturas, ó á sí misma. El Símbolo de los Apóstoles, y el Niceno formaban sus delicias: repetia muchas veces las palabras de estos Símbolos con tanto fervor que parecia salir fuera de sí: y procuraba con gran teson persuadir á todos que se exercitaban en actos de Fe, y que no fundaran sus acciones si no sobre ésta y las demas virtudes teologales. Tenia el mas profundo respeto á las palabras de Dios, oyendolas con suma atencion interior y exterior, y no podia sufrir que despreciasen á ningun Predicador, y que no fueran á oirlo, porque no daba gusto. Decia que esto era mirar á la criatura, y no al ministerio de anunciar la palabra de Dios, que todo christiano debe oir de aquellos que la Iglesia tiene encargados de ello, con grande atencion y respeto: y que si no se halla gusto en ello, nace de nuestra indisposicion y amor propio, que solo cuida de satisfacer la vana curiosidad del ánimo. En quanto á la invocacion de los Santos, y veneracion de sus sagradas reliquias é

imágenes todos eran objeto de su culto: pero tenía mayor devoción á aquellos que habían padecido mucho por amor de Dios, como los Santos Apóstoles, y Santos Mártires, y aquellos que voluntariamente se habían desprendido de todas las cosas para unirse mas estrechamente con Jesu-Christo pobre y crucificado, como San Alexo, San Guillermo Duque de Aquitania y otros. Confiaba muy particularmente en la intercesion del Arcangel San Miguel, y Santos Angeles, en la del glorioso San Joseph, Esposo de la Santísima Virgen, de Santa Ana Profetisa por su perseverancia en los ayunos y oraciones por la venida del Mesias, de Santa Teresa, y de otros muchos. Pero el principal objeto de su culto despues de Dios, y de nuestro Señor Jesu-Christo era la Santísima Virgen Maria, Madre de Dios, y su intercesion con el mismo Dios era la que mas la alentaba: y así en todas las ocasiones en que se trataba de la honra de Maria Santísima se sentía animada de tan grande fervor, que movía á su imitacion á quantos la oían. Quando hablaba de la santidad

dad y gloria de la misma Señora, decía cosas tan altas que se echaba bien de ver quán convencida estaba de la incomparable ventaja que la Madre de Dios lleva á todas las criaturas. En todas las festividades de la Santísima Virgen iba con sus hijas á visitarla en su Iglesia: en su reverencia ayunaba todas las vísperas de sus festividades, y todos los Sábados del año, y desde el dia de su Natividad hasta el de su Purificacion no comia carne. Rezaba todos los dias su Rosario: iba muchas veces á pie á las Capillas é Iglesias consagradas en su nombre, de las que algunas distaban no pocas millas de París: acudia en todos sus negocios con particular confianza á su intercesion; y aconsejaba á toda su familia, y á quantos podia, que se acogiesen á su poderoso patrocinio. Por lo que mira á las Sagradas Reliquias iba muchas veces á la Santa Capilla de París, para adorar el *Lignum Crucis*, y demas Reliquias de los instrumentos de la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo, y á otros lugares donde se conservan otras muy particulares Reliquias de Santos. Hablando en cierta ocasion de

la hora en que le embargaron todos sus bienes, aseguraba que todo esto le habia hecho tan poca mella, que por el contrario no podia dexar de complacerse, quando hacia memoria de ello: pero que lo que mas sintió en aquel lance fué ver, que le embargaron tambien una caxita dentro de la qual habia una Reliquia de la mano de un Santo Mártir, por el temor de que la tratarian con poca reverencia. Preguntaronla por qué no la habia tomado ella antes: y respondió que bien podia haberlo hecho; pero que no se atrevió á oponerse á cosa alguna de quantas practicaban los Ministros de justicia: y se contentó con suplicar al que la tomaba, que cuidase de que no se cometiera algun desacato contra aquella Santa Reliquia: y al decir esto daba bien á entender que la memoria sola de aquel suceso le causaba pesadumbre. Sabiendo que el ornato decente de los Templos es un atractivo poderoso para avivar la devocion del pueblo, contribuía para aquel fin quanto podia, sin perdonar fatigas ni gastos. Y así no hubo Iglesia, particularmente de las que se fabricaron de

que

nuevo que no participase de su liberalidad, suministrando ornamentos, telas y otras cosas necesarias á la magestad y decencia del culto divino, señaladamente á la celebracion del Santo Sacrificio de la Misa. En su casa, así ella como sus hijas, y otras personas piadosas empleaban mucho tiempo en las labores de ornamentos sagrados, y otras cosas necesarias al servicio de la Iglesia, y animaba á sus hijas, y demas compañeras á estas tareas, diciéndolas, que ella no gustaba de una devocion ociosa é inútil, que con pretexto de recogimiento pasa el tiempo en una vana quietud, sino de la activa, que está siempre dispuesta á hacer todo el bien que puede. Quando estaba enferma, para divertirse algun tanto hacia venir á su quarto todas las mugeres de su casa, y las hacia trabajar allí en cosas de la Iglesia, y culto divino; y quando sus males se lo permitian, se ocupaba con gusto en lo mismo, y con un fervor tan extraordinario que al verla parecia que solo habia nacido para esto, y que no tenia otra cosa que hacer. De la firmeza de su fé, y del amor y respeto que

que tenia á esta virtud nació el ardentísimo zelo que tuvo de su propagacion y exaltacion. Por este fin hacia oracion muchas veces, y exhortaba á los demás á que hicieran lo mismo. Empleaba á sus expensas á muchos Religiosos, y á otros Doctores respetables en la conversion de los hereges, y gastaba grandes sumas para obligar con obsequios christianos á estos infelices, á que volvieran al seno de la Iglesia Católica. Mantenia en su casa, asistiendoles á todo gasto á varias personas para instruirlos en los dogmas de nuestra santa fe, y disponerlas á llevar una vida ajustada; y por este medio tuvo el consuelo de sacar á muchas de sus errores. Lo que la BEATA sufrió con valor heroyco por haber tomado su Marido parte en la famosa Liga, prueba con toda evidencia lo ardiente de su zelo por la defensa de la fe católica. Se afligia en extremo por las tribulaciones y calamidades de la Iglesia, y tenia la mas tierna compasion por el triste estado en que entónces se hallaba la fe en Inglaterra. Sentia en el alma ver que se toleraba en Francia la heregia,

y

y que se consignaban pensiones á los que profesaban ó enseñaban alguna doctrina perniciososa, y de solo pensarlo se congojaba. Quando la contaban que los hereges habian cometido algun exceso ó desacato contra el Santísimo Sacramento, Santas Imágenes, ó Sagradas Reliquias, perdia el color de sentimiento, y desahogándose, decia con lágrimas: *esto es en lo que interesamos: por esto debemos hacer oracion*. Exhortaba con grande energia á quantos hablaba á implorar de Dios con fervorosas oraciones la paz y exaltacion de la Iglesia, y la extirpacion de las heregias. Quando en los dias de Domingo iba á la Parroquia de San Gervasio, era tal la pesadumbre que sentia de ver á los hereges concurrir á oír á sus infelices predicadores, que esto solo la enfervorizaba á rogar con mas ahinco por su conversion. El horror que tenia á la heregia, y á la libertad de conciencia en materia de Religion era tal, que no podia sufrir que se hablara de ello: y por eso procuraba mucho que sus hijos y criados nunca oyeran la perversa doctrina, y discursos perniciosos de

los

los hereges: por lo que esta casta de gentes, como ni los libertinos é incrédulos, no se atrevian á acercarse á su casa y familia, que estaba bien acreditada por la pureza de la fe, y práctica de las virtudes christianas. Fué un dia á visitarla la muger de uno de los quatro Ministros de París, que tenia con ellos alguna relacion de parentesco, y le dixo que habia oido hablar con mucha alabanza de su persona y conducta; y que si fuera de su secta, podria servir de mucho provecho al partido. Quedó la BEATA sorprendida y sobresaltada de esta propuesta imprudente é impia, y olvidada de su regular mansedumbre y dulzura en todas las cosas, dió á entender bien claramente su interior disgusto, y obligó á aquella herética muger á salir de su presencia corrida y avergonzada. Finalmente para desviar á los incautos de entablar conversaciones con los hereges en punto de Religion, desaprobaba mucho el zelo indiscreto de muchos Católicos que sin estar versados en la controversia, se ponen sin embargo á disputar con los hereges sobre puntos de fe: y decia que

que los tales no tienen mas obligacion que quando les preguntan acerca de su creencia, responder francamente: *creo todo aquello que cree la Santa Iglesia Católica mi Madre, y humildemente me sujeto á todo lo que ella cree.*

CAPÍTULO XVII.

Esperanza heroica de la Beata.

Bien persuadida estaba la BEATA MARÍA con las luces de la fe, de que la única felicidad y consuelo del corazon humano en la vida presente y en la venidera es Dios; y que de solo él puede la criatura esperar y prometerse, por los méritos del Divino Redentor Jesu-Christo, los medios necesarios para alcanzarlas, las fuerzas para vencer los obstáculos que para lograrla hay. Esto, supuesto, no es de maravillar que desde sus primeros años eligiera á Dios por su porcion, y herencia, y que se acostumbrara á esperar y confiar en todos los momentos de su vida, de sola su omnipotencia, bondad y felicidad, por los méritos ya mencio-

R

na-

nados, los medios y fuerzas necesarias en su estado para el lógro del objeto inefable de sus deseos. Lo firme de esta su esperanza se vió bien claramente en aquel desprendimiento de todas las criaturas, y de su misma vida, en aquel despego que tenia á todo consuelo externo; en el cuidado y afán de mortificar sus sentidos, y en tener siempre en su memoria lo caduco y miserable de esta vida presente. Pero la prueba mas convincente de esto la dió en el cuidado ciertamente admirable que puso en apartar de sí aun aquellas consolaciones sensibles que suelen acompañar á la piedad, y en disminuir quanto la era posible la abundancia de ellas. No podia oír tocar una campana, ó mirar una Imágen devota, ó escuchar un concierto de música sin quedar enagenada de los sentidos: y para distraerse se paseaba apresuradamente por la sala, se iba al jardín, se asomaba á la ventana: ya se ponía de rodillas, ya en pie: unas veces se recostaba sobre la cama, otras se sentaba; fatigándose en estorbar los éxtasis y ardores de la devoción sensible, mas que otros en procurar-

rar-

rarlos y buscarlos. Suspiraba sin cesar por la bienaventuranza eterna; y mirando al Cielo salía como fuera de sí, y mostrándolo con el dedo á los circunstantes, decia con ardentísimo fervor: *ved ahí nuestra Patria: aquí estamos como pobres desterrados y peregrinos: ¡ Ah! ¿ cuándo llegóremos á aquella region donde ya no habrá llantos, ni lutos, ni afanes, ni dolores?* Muchísimas veces quedaba tan transportada fuera de sí, que no pudiendo hablar, levantaba la mano para mostrar por señas la grande alegría que la causaba esta consideracion. Experimentaba un grandísimo consuelo en oír hablar de la libertad de los hijos de Dios, y exclamaba: *¿ cuándo llegaremos á gozar de la dichosa libertad de Dios, separados y desembarazados de todo lo instable y corruptible, ocupados únicamente en la eterna fruición de la inefable hermosura de Dios?* Con este gran deseo del Cielo, haciéndosela muy pesada la carga de la vida presente, solia decir: *que era gran cruz para el alma christiana vivir una vida en que era posible perder á Dios; y exclamaba: ¡ ó vida! ¡ ó vida! ¿ cómo puedes llamarte vida, quando hay en*

R 2

11

ti tantas ocasiones de muerte? Hablaba de la vida eterna con tales afectos, suspiros y lágrimas, que los que la oían, se sentían movidos de los mismos afectos; y era preciso muchas veces desviarla de estas conversaciones; porque el fervor de sus ansias la hacían enfermar; y sus hijas y criadas que tenían experiencia de esto, se veían obligadas á suplicar á los que la trataban, que se abstuvieran quanto pudieran de hacerla internarse demasiado en estos discursos. Leyendo un dia la BEATA el libro del combate espiritual, y llegando á un paso que dice, que las almas que andan por el camino de la virtud pueden gozar en la tierra las consolaciones celestiales, exclamó con gran fervor de espíritu: ¡Oh! ¡quán cierto es que el alma que se humilita y ama los desprecios, ni busca otra cosa que á Dios en la soledad del corazón, puede y le es permitido gozar en la tierra de las consolaciones celestiales! Pero mientras estamos sumergidos en nuestras pasiones, no podemos lograr aquella dicha. Quando instruía á las personas que la pedían consejo, ponía gran cuidado de imprimir en ellas

ellas el desprecio de esta vida, y el desvelo de refrenar el falso amor de sí mismas, y de todas las criaturas, para disponerse mejor á no mirar en todo á otro objeto que á Dios. Tenia siempre presente aquella verdad: que Dios es el que obra en nosotros todo bien. Entendia muy bien que su omnipotencia se manifiesta tanto mas, quanto nosotros, que somos unos flacos instrumentos entre sus manos, contribuimos ménos á lo que hace en nosotros, y por nuestro medio. A la luz de estas verdades, solo de Dios, y de nadie mas, esperaba los auxilios y fuerzas necesarias para cumplir aquella serie de acciones christianas, que en el curso de su vida debían prepararla y hacerla digna de la posesion del Reyno de los Cielos, sin arredrarse por las dificultades que se ofrecen en el camino de la vida espiritual, confiando enteramente en Dios, con cuyos auxilios se desvanecen. De aquí procedia que por una parte era muy circunspecta en emprehender qualquiera cosa sin implorar ántes humildemente y con fervor la asistencia de Dios por medio de la oracion, y por otra par-

parte no desistia de las empresas comenzadas, por mas que se viera destiruida de socorro humano, ó la ocurrieran las mayores dificultades, una vez que creyera que eran conformes á la voluntad de Dios, y de honra y gloria suya; ántes se ensanchaba su razon, y se alentaba mas quando faltándola la ayuda de las criaturas, se veia obligada á recurrir inmediatamente á la divina providencia, diciendo: *que no convenia desistir de lo que se habia comenzado por Dios, y con Dios.* Para no molestar con la repeticion de los hechos que comprueban qual era la calma y paz de su espíritu, y su confianza en la divina providencia que quedan ya insinuados, bastará observar la tranquilidad de espíritu y confianza que mostró en la fundacion de las Carmelitas Descalzas en Francia. Habiendo oido muchas veces á varias personas alabar la vida de santa Teresa, insigne Reformadora del Carmelo, deseó leerla, y habiéndola logrado leyó algunos capítulos, quedando admirada de cómo Dios se habia servido de una Muger para fundar dos ilustres familias Religiosas en su Iglesia. Algun

tiem-

tiempo despues que habia comenzado á leerla, estando en Oracion la apareció la dicha Santa, y la dixo, que Dios queria servirse de ella para establecer en Francia las Carmelitas Descalzas. Quedóla esta vision tan altamente impresa en el alma, que resolvió comunicarla con un cierto Religioso Cartujo, virtuoso y prudente, para que con sus oraciones la ayudase á alcanzar de Dios las luces necesarias para este negocio. El Religioso despues de reflexionado, y orado mucho tiempo, fué de dictámen que se tuviera una junta de sugetos doctos y piadosos para consultar el caso. Se juntáron, pues, quatro sugetos tan acreditados por su doctrina como por su piedad, que fuéron los Señores de Berulle, que despues fué Cardenal, Duval, y Gallemant, Doctores de la Sorbona y de Bretygni: los quales despues de haber examinado con gran madurez el negocio, anteviendo las grandes dificultades que habia de tener, respondiéron á la BEATA, que su dictámen era que se suspendiesen todas las diligencias hasta que Dios proporcionase los medios oportunos para salir con el

el intento. Oido esto, obedeció la BEATA sin réplica, resuelta á no tratar ya del asunto, haciendo como solia siempre mas caso del consejo de sus Directores, que de sus luces particulares, y aun de la vision que habia tenido. Despues de algun tiempo la apareció segunda vez Santa Teresa, y la ordenó con mas eficacia de parte de Dios, que tomara á su cargo aquella fundacion, asegurándola, que las dificultades que se temian quedarian enteramente desvanecidas. En vista de esto, comunicó la BEATA su segunda vision al susodicho Religioso de la Cartuja, y éste juntó otra vez á los quatro sugetos ya mencionados, convidando tambien á la consulta á San Francisco de Sales, que entónces se hallaba en París. Examinadas todas las razones con la prudencia y seriedad propia de tales sugetos, viniéron á concluir, que sin duda era aquella la voluntad de Dios, y que así era preciso poner manos á la obra sin tardanza alguna. Disponiéndose, pues, la BEATA MARIA para comenzar su empresa á pesar de las muchas, y al parecer insuperables dificultades, que des-

desde el principio se presentáron, tuvo siempre tal confianza de que habia de salir con su intento, que jamas se la vió con la menor inquietud; de suerte que quanto mas desesperado parecia el negocio, mayores esperanzas concebía, de que Dios era el fiador de su buen éxito. En primer lugar falta una persona de crédito y poder bastante para encargarse de los negocios precisos para semejante fundacion. Pero teniendo la BEATA un dia entre manos ciertos negocios de caridad, que queria recomendar á la Señora Princesa de Longavilla, fué con este fin á la Iglesia de San German, donde dicha Señora solia ir á oír Misa. Llegando á la Capilla, y encontrándola orando, mientras esperaba que saliera de la Iglesia, tuvo una interior inspiracion de que no le hablara de los negocios á que iba, sino de la fundacion de las Carmelitas. Obedeció la BEATA, y el éxito mostró que la inspiracion habia sido del Cielo; porque encontró el ánimo de la Princesa tan bien dispuesto, que al punto se encargó del negocio que la BEATA le propuso, ofreciendo valerse de todo su crédito,

y de todos sus caudales para una obra tan santa, como lo hizo.

Debiendo escogerse un sitio apropósito para el primer Monasterio de Carmelitas Descalzas en París, que es lo que pareció mas conveniente y oportuno para promover y facilitar la fundacion de otros en varias partes del Reyno, se eligió el Priorato de nuestra Señora de los Campos, que están al fin del Arrabal de Santiago de dicha Ciudad, y pertenece á la Abadía de Marmustier. Para lograrlo fué preciso acudir al Señor Cardenal de la Jayosa, Abad Comendatario de aquella Abadía: pero este Señor negó absolutamente su consentimiento á la Señora de Longavilla, que se habia encargado de hablarle. Una repulsa tan absoluta desalentó á todos aquellos que habian tomado parte en la empresa, ménos á la BEATA, que cobrando mas ánimo y confianza con esta contradiccion, despues de haber hecho fervorosa oracion, rogó á la Señora de Longavilla, que no hiciera caso de aquel primer estorbo, y la persuadió que acudiera otra vez al Señor Cardenal para lograr el fa-

favor que se deseaba. Habiéndolo hecho así la Princesa halló tan trocado el ánimo del Cardenal, que le concedió con mucho gusto lo que le pedía: que sin duda fué efecto de la Oracion de la BEATA, y de su confianza singular en la divina providencia. Sucedió tambien que los que habian ido á España á suplicar al General de la Orden, que enviara algunas Monjas para poner en Francia los primeros cimientos de la observancia regular del Instituto, hallaron los ánimos tan mal dispuestos, y su propuesta fué tan mal recibida, que desde el principio perdiéron las esperanzas de lograr cosa alguna. Sin embargo de unas noticias tan adversas, la BEATA, confiada únicamente en Dios, continuó la fabrica del primer Monasterio con tanta tranquilidad, como si hubiese recibido las noticias mas seguras de que la concedian felizmente quanto deseaba. Ocurrieron tambien en este mismo tiempo dificultades bastantemente grandes en Roma para obtener la licencia y consentimiento del Sumo Pontífice, y los que estaban encargados de esta instancia no prometian nada fa-

vorable, escribiendo siempre como de una cosa casi imposible. Pero en medio de estas dificultades y oposiciones, Dios hizo ver, que la seguridad que la BEATA habia concebido en orden á esta empresa, no se fundaba en cosa alguna humana, quando se allanaron todos los obstáculos, y se vió por todas partes una mutacion tan prodigiosa, que todo contribuyó á la prosecucion de sus santas ideas, y por una disposicion la mas feliz de la Providencia, entre las seis Religiosas, que la enviaron de España, que fue una la VENERABLE Sor Ana de Jesus, y otra Ana de San Bartolome, las quales despues de haber promovido la nueva fundacion, y acreditádola con su singular virtud, murieron en el mas alto concepto de santidad. Esta confianza de la BEATA resplandeció tambien en su conducta en la fabrica de aquel primer Monasterio, habiéndola empezado sin otro apoyo, ni fendo que el de la providencia divina. Nada veían los hombres de prudente en el plan que se proponia; pero todos veían con admiracion que al fin de la semana pagaba ella misma los

los jornales á los trabajadores, y satisfacía especialmente el importe de los materiales, aunque por lo comun no tuviese de repuesto ni un sueldo, y aunque los gastos que diariamente se ocasionaban fuesen grandísimos. Pero qué hay que admirar? Dios disponia en premio de su sincera y perfecta confianza, que fuera tal su crédito con algunas personas que aun los mas económicos se arriesgaban á prestarla sumas considerables de dinero, sin otro resguardo ni escritura, que sola su palabra, aunque su casa se hallaba bastante atrasada en quanto á los intereses, y los hombres del mundo por lo tanto no tenían por muy seguro el reintegro de lo que la prestaban. En una ocasion se despachó una Letra de Cambio de treinta mil libras, que debia pagarse á la vista en término de ocho dias, contra un sugeto respetable, que á persuasiones de la BEATA habia salido responsable á los gastos que se ocasionasen en la fabrica para las Carmelitas. Quando se la presentaron para que la aceptase, no se hallaba ni con un solo escudo, ni discurría dónde poder hallar dinero.

nero para el pago; con todo eso, por la estimacion que él hacia de la BEATA, y por la experiencia de los socorros, que su confianza recibia de Dios, aceptó aquella Letra, y tuvo el gusto de pagarla en el preciso término de ocho dias. En quanto á la fundacion del Monasterio de las Carmelitas de Pontoise, fueron éstas al principio colocadas en una pequeña casa, donde vivian con mucha incomodidad, porque su número se habia aumentado casi de repente desde su entrada. Las personas que juntamente con la BEATA habian tomado parte en esta fundacion, deseaban vivamente que se fabricase un Monasterio mas acomodado, á cuyo efecto se habia ya comprado en la misma Ciudad un sitio oportuno; pero no se acaloraban por solicitar el lógro de sus deseos, porque sabian que no habia ni aun el primer sueldo para empezar la obra. Hablaba un dia con una de estas personas sobre este particular, y la significó el deseo que tenia de ver empezada la fabrica de aquel Monasterio, y animada con este discurso la tal persona, la rogó que la dixese,

si creía ser voluntad de Dios el establecimiento de la tal Fabrica. Aseguróselo la BEATA quanto ella podia desear, y sobre la fe de sola su palabra, echó el plan, y celebrados los contratos necesarios con entera libertad y confianza hizo dar principio á la obra, y la continuó hasta su perfeccion, sin que el dinero necesario le faltase jamás. De esta suerte daba Dios á entender, por los efectos, que la BEATA sabia muy bien ser esta fabrica del divino agrado, haciendo que se efectuase con tanta felicidad, que nadie por esta causa tuvo cuidados, ni perjuicios que sufrir, aunque no hubiese otro fondo para esta empresa, que la seguridad que ella daba de ser aquella la voluntad de Dios á lo que la parecia. Mas esto es poco. Por todo el tiempo que duraron las fabricas para el establecimiento de las Carmelitas, fué siempre bastante el solo parecer de la BEATA, para infundir seguridad en los ánimos de los que trabajaban en ella en tales obras, y para alentarlos á qualquiera otra empresa. De aquí procedia, que si hubieran visto el dinero en una bolsa no podian tener

ner mayor confianza, que la que tenían en la palabra de la BEATA: asegurándose con ella tanto, que nada las podia hacer desconfiar; y no solo les infundia deseo de hacer quanto ella les inspiraba, sino gusto tambien, causándoles á un mismo tiempo conocimiento de la conveniencia de la empresa, y de su buen éxito. Y nadie quedó defraudado en sus esperanzas; porque todos al fin quedaron libres y desempeñados de las obligaciones que habian contrahido por dictámen de la BEATA, reembolsándose de lo que habian adelantado, y pagando ella las deudas que habia contrahido con este motivo. El aprecio grande que hacia de la confianza en Dios para todas las cosas, producía en su alma un continuo deseo de imprimir en los demas esta misma divina virtud, sabiendo que las hace generosas, y que allana y suaviza todas las dificultades y amarguras que se ofrecen en el camino de la perfeccion. Entre quantos defectos puede tener una alma, ninguno la parecia mas pernicioso que el de la desconfianza en Dios, diciendo: que sobre hacer al alma negligente

en su santo servicio, y en la observancia de su ley, la lleva hasta destruir en quanto está de su parte, el mas bello de sus divinos atributos, que es la misericordia, y la que alabarán eternamente en el Cielo los espíritus bienaventurados. Decia otras muchas veces: Yo sufriré en una alma toda suerte de defectos, pero ver que no tenga confianza en Dios, ni voluntad de servirle, dexándose enteramente en sus manos, es para mí un defecto insufrible; añadiendo tambien, que un alma jamas podrá obrar bien, sino se arroja á ojos cerrados en los brazos de la providencia divina, y por el contrario, quando se arroja en ellos, parece que Dios, atendida su palabra, se halla como obligado á asistirle. Es necesario, proseguia la BEATA, mantenerse siempre en esta confianza, como aquel que dice, Señor aquí estoy aunque Dios permitiese que mis hijos fuesen condenados, yo no deberia por eso substraerme de esta confianza, ni de la dependencia absoluta que debo tener, no solo de las ordenaciones de su providencia divina, sino de quanto con juicio inexcusable permite y dispone. En fin insistia muy mucho sobre esta materia,

y decia: que un alma christiana á la vista de sus defectos, no debe perder ni disminuir su confianza en la divina misericordia, pues el objeto de ésta son nuestras miserias mismas, y que lo contrario es un abismo, que llama á otro abismo.

CAPÍTULO XVIII.

Caridad heroica ácia Dios de la Beata Maria.

UN alma que por medio de la Fe conocia con tanta claridad la existencia, y los atributos inefabiles de un Dios, único fin de nuestros deseos: un alma que por la esperanza habia aprendido á no esperar el verdadero sosiego de su corazon, y los medios de adquirirle de otro que de Dios, qual era justamente el alma de la BEATA MARIA, no es maravilla, que entre tanto que llegaba el feliz momento de gozar sin velo alguno, y cara á cara, de su Supremo bien, procurase con estudio continuo conservar presente aquella imágen de enigma y espejo,

la

la mas expresiva que la era posible, á fin de empezar con su contemplacion aquel acto inefable de union del alma con Dios, en que consistirá su felicidad verdadera por siglos eternos. Todo quanto veía elevaba sus pensamientos, y afectos á Dios, viéndole en todas las cosas, aun las mas pequeñas. Quando se hallaba en algun jardin, ó en el campo entre las flores, las miraba una por una, considerando su variedad y hermosura, y con un acto lleno de fervor, y de amor de Dios, tomando en sus manos las mas hermosas, las enseñaba á los circunstantes, y decia: ¡Ó cuán grande es aquel Señor que ha hecho esta obra! Ved amigos, cuánto cuidado se ha tomado la sabiduría y providencia de Dios sobre cosas tan pequeñas, y cuán perfectamente las ha formado: quanto mas pequeñas son, tanto mas bien muestran la grandeza inefable de su Criador. ¡Por qué, pues, á vista de esto desconfiamos nosotros de su bondad y misericordia? y á estas palabras, olvidada ya de las flores continuaba su discurso sobre la grandeza y sabiduría de Dios, con tal fuerza de espíritu

T 2

que

y decia: que un alma christiana á la vista de sus defectos, no debe perder ni disminuir su confianza en la divina misericordia, pues el objeto de ésta son nuestras miserias mismas, y que lo contrario es un abismo, que llama á otro abismo.

CAPÍTULO XVIII.

Caridad heroica ácia Dios de la Beata Maria.

UN alma que por medio de la Fe conocia con tanta claridad la existencia, y los atributos inefabiles de un Dios, único fin de nuestros deseos: un alma que por la esperanza habia aprendido á no esperar el verdadero sosiego de su corazon, y los medios de adquirirle de otro que de Dios, qual era justamente el alma de la BEATA MARIA, no es maravilla, que entre tanto que llegaba el feliz momento de gozar sin velo alguno, y cara á cara, de su Supremo bien, procurase con estudio continuo conservar presente aquella imágen de enigma y espejo,

la mas expresiva que la era posible, á fin de empezar con su contemplacion aquel acto inefable de union del alma con Dios, en que consistirá su felicidad verdadera por siglos eternos. Todo quanto veía elevaba sus pensamientos, y afectos á Dios, viéndole en todas las cosas, aun las mas pequeñas. Quando se hallaba en algun jardin, ó en el campo entre las flores, las miraba una por una, considerando su variedad y hermosura, y con un acto lleno de fervor, y de amor de Dios, tomando en sus manos las mas hermosas, las enseñaba á los circunstantes, y decia: ¡Ó cuán grande es aquel Señor que ha hecho esta obra! Ved amigos, cuánto cuidado se ha tomado la sabiduría y providencia de Dios sobre cosas tan pequeñas, y cuán perfectamente las ha formado: quanto mas pequeñas son, tanto mas bien muestran la grandeza inefable de su Criador. ¡Por qué, pues, á vista de esto desconfiamos nosotros de su bondad y misericordia? y á estas palabras, olvidada ya de las flores continuaba su discurso sobre la grandeza y sabiduría de Dios, con tal fuerza de espíritu

que quedaba á veces tan fatigada que no podía sostenerse, mostrando por otra parte un semblante tan lleno de alegría, que consolaba á quantos la miraban. Quando veia los campos cubiertos de yerba, ó de semillas, ¡ah! decia, ¿quanto nos conducen á Dios todas estas cosas? Se ven aquí las obras de aquel grande artífice, y á vista de esto ¿no deberá nuestro corazon elevarse á él, fixarse en él, tener todas sus delicias en él? Si nos causan aquí tanto placer estas obras suyas, que no tienen sino una belleza limitada, y sujeta á tantas mutaciones, ¿qual será el gozo que sentirá este pobre corazon en la contemplacion manifiesta de aquel Señor, cuya hermosura es infinita, es perfectísima, es la hermosura original de todas las hermosuras, es en fin inmutable y eterna? *Todas estas criaturas publican su grandeza y sabiduria, y el amor con que cuida de cada una de ellas: la proporcion admirable que se descubre en las partes que la componen; el órden exactísimo con que suceden de un instante á otro sus mutaciones, la serie innumerable de hechos á que contribuye cada una de ellas en este órden de*

co-

cosas: ¡O cómo todo esto si se reflexiona, eleva el espíritu de la poquedad fincista de sus pensamientos y afectos terrenos á conocer y amar la grandeza, sabiduria y bondad del Criador! Caminando un dia la BEATA, como á las nueve de la mañana, se descubrió el Sol tan claro y tan despejado de toda niebla y vapor, que parecia todo una primavera. Con tal vista comenzó á inflamarsela el rostro, y á hablar con tal fervor y fuego del gran Sol de su justicia, que alumbraba á todos los hombres, y de los suaves y dulces afectos que causa en las almas con su gracia, que parecia no tener ya uso de los sentidos corporales, y levantaba los brazos ácia el Cielo desde su carroza. Quando oía el canto de los paxarillos, se regocijaba de que alabaran á Dios á su modo. Otras veces á la vista de una hormiga, ó de qualquier otro animalito, se elevaba tanto en la contemplacion de su Dios, que quedaba largo tiempo absorta. Muchas veces tomando en la boca algunas hojas de las florecitas, convi-
daba á los circunstantes á que reflexionaran con quánta sabiduria habia Dios dado á una
mis-

misma planta tan diferentes propiedades para bien del hombre: puesto que en algunas la raíz tiene una virtud, las hojas otra, y otra los frutos; y algunas raíces ó tallos amargos ó calientes, producian frutos ó flores dulces y frescos. Algunas veces iba á ver los trabajadores en las fábricas que ella dirigia, y quedando al principio en silencio, luego prorrumpia: Yo miro á esta pobre gente, y la veo muy aplicada á su trabajo. Hetela como tiembla á la vista de su amo: como cuida de obedecerle y darle gusto, porque de él depende su sustento. A la verdad, estos no tienen deleyte alguno en su trabajo, ya sea difícil, ya fácil, á lo ménos no dá muestra exterior de ello. ¡Oh! ¡ cuántas cosas aprendo yo de esto! ¿ por qué no siento yo en mí estas mismas disposiciones de temor, de obediencia, de respeto á Dios, á quien pertenecemos, de quien dependemos, y de quien somos criaturas todos? ¡ O cómo deberíamos aprender á practicar la virtud, viendo trabajar á esta pobre gente! Quán agenos estan de la vana complacencia, de la satisfaccion de sí mismos, y de otros muchos pensamientos inútiles, por estar atentas á

su trabajo: ¡ Oh! ¿ cómo quisiera yo emplearme en los míos con solo el fin de agradar á mi Señor! Y aseguraba que jamas veía á aquella pobre gente sin entrar luego dentro de sí misma, y conocer la infidelidad de que se suponía culpable delante de Dios.

Al tiempo que se estaba edificando la obra de nuestra Señora de los Campos de París, iba algunas veces la BEATA muy de mañana, en compañía de una persona bien conocida por su virtud: y pasando por la plaza, en donde se juntan los jornaleros para buscar que trabajar, viendo á unos con un instrumento, y á otros con otro, y reflexionando que habian salido de sus casas sin saber quien los habia de emplear, ni en qué trabajo, se ponía á considerar con mucho recogimiento en su coche las admirables disposiciones de la divina providencia con aquellas pobres gentes, á quienes daba que trabajar, y por este medio les daba su sustento. No solo las cosas de suyo indiferentes le servian de otros tantos escalones para elevarse á Dios, y fixarse en su contemplacion; si no que los vicios, excesos, ó des-

órdenes que veía, ó le contaban de otros, la impelían ácia el Señor, y le unian mas estrechamente con él; porque de ellos tomaba ocasion de levantar los ojos al cielo, de hacer actos afectuosísimos de compasion de aquellos infelices, y de amor de Dios, y de vivir ella con mas cuidado de no incurrir en ninguno de aquellos excesos. Así la BEATA nunca perdía de vista la divina presencia, causando todos los objetos en su corazon nuevos impulsos, ya de dolor, quando veía alguna cosa en que Dios era ofendido, ó no era servido con aquella puntualidad que debe serlo; ya de amor, considerando los regalos de su bondad, que resplandecen en todas las criaturas, y los efectos de su infinita providencia con ellas; ya de agradecimiento y nuevos estímulos de fixarse mas, y perfeccionarse en el amor del sumo Bien. Esta santa accion y actual presencia de Dios, que la BEATA procuraba con todo cuidado á vista de qualquiera cosa, la procuraba tambien en todas sus acciones. Por esto no habia cosa que con mas ánsias deseara, que apartar de sí qualquier

quier afecto que no naciera de Dios, y del zelo de promover su honra y gloria, para que aun aquellas cosas que de suyo son indiferentes, no solo le ayudasen á conservar su corazon unido con Dios por amor, sino que le sirviesen tambien para avivarlo á ir creciendo de dia en dia en esta dulcísima union. Era tan grande esta pureza de intencion, con que procedía en todas sus acciones grandes y pequeñas, exteriores é interiores, y aun en las indiferentes, que qualquiera que la veía echaba bien de ver, que ni vivía, ni se movía sino en Dios, y que su corazon no tenia mas delicias que ocuparse en este único objeto. De este ardentísimo deseo que tenia la BEATA de conservar su corazon continuamente unido á su Dios en todo momento y en toda ocasion nacia el indecible horror que tenia á todo pecado y á toda imperfeccion; aquella continua vigilancia de huir no solo de aquellos pecados que hacen perder al alma la vida de la gracia y del amor de Dios, sino aun de aquellos defectos mas ligeros en que caen los mismos justos, no por malicia si-

no por fragilidad ó descuido. Al solo nombre de culpa se llenaba su corazón de tal horror, que se le conocía bien claramente en el semblante. Otras veces, llena de un santo zelo, protestaba que no conocía en el mundo otro mal verdadero para el hombre sino el pecado; y que todos los demás azares terrenos, que se reputaban por males, no son en la realidad otra cosa para el alma justa, sino saludables recuerdos de lo deleznable y vano de esta vida presente, de donde puede tomar motivos para mantenerse constante en el amor y deseo de su única y verdadera felicidad, que es Dios.

Quando reflexionaba que tantos christianos tienen valor para acostarse por las noches en sus camas con el alma manchada de culpas graves, no podia comprehender cómo podían hacerlo sin que se les helara el corazón de espanto, con la reflexión verdadera, y comprobada con innumerables experiencias, de que aquella misma noche pueden morir, y pasar desde la cama al abismo de la eterna condenación. Si alguno en su presencia hablaba algunas palabras vanas

é inútiles, se sonrojaba tanto, y se avergonzaba de modo que parecia que ella misma habia incurrido en aquella ligereza. No podía levantarse en su alma el mas leve movimiento desordenado, que no lo advirtiera al punto, y procurara enmendarlo, humillándose y acusándose en la confesion con abundantes lágrimas, rogando al Ministro de Jesu-Christo con toda la eficacia que le era posible, que la impusiera las mas rigorosas penitencias. En los primeros años de su matrimonio llegó uno de los jornaleros que solian trabajar en su casa á pedirle una limosna. No dexó de consolarlo; pero pareciéndole luego que en esto habia mirado á su interes, y al servicio que aquel pobre solia hacer en su casa, mas que á la caridad christiana, se desconsoló tanto de haber hecho aquella limosna por tales respetos, que al punto fué á confesarse de ello, como de una falta notable, é hizo mucha penitencia. Supo que un Lacayo suyo se habia puesto á jugar en el dia de la Natividad de la Virgen; reprendiólo; pero con alguna especie de ira é inquietud; y advirtiéndolo

lo luego; se afligió tanto, que para mortificarse se condenó á guardar silencio por mucho tiempo: y decia á este asunto á una persona de su confianza: *no basta que nuestras reprehensiones sean con buen fin; es preciso tambien que en ellas no tenga parte la ira.* Por otra parte era tal la vigilancia que tenia de sí misma, que pocas veces podia encontrar en su conciencia alguna ligera imperfeccion de que confesarse. Lo que mas pena le daba, y era la materia mas ordinaria de sus confesiones era el temor de despreciar las gracias y favores singularísimos que Dios con larguísima mano le dispensaba: y una vez que unos de sus Directores en el discurso de una grave enfermedad le dió esperanza de algun adelantamiento de su alma, le respondió con gran sentimiento de confusion: *¡Infelíz de mí todavía no ha llegado el tiempo de poner fin á mis ingraticudes.* A mas del desvelo con que la BEATA procuraba librarse de toda culpa, aunque ligerísima, se valia de otro medio para conservar y aumentar en su corazón el amor de Dios, que era el llegarse muy á

menudo á recibir la Sagrada Eucaristia. Lo hacia casi todos los dias con aprobacion de sus Directores, con tal fervor y amor, tal abundancia de lágrimas, y tal ardor en su rostro, que ponía admiracion á quien la veía en aquel lance: y ya quedan insinuados los raptos y éxtasis que parecia su espíritu despues que recibia á Jesu-Christo Sacramentado. Pero lo que mas prueba la devocion de su corazón, al llegarse á aquella celestial mesa, son los progresos maravillosos que hacia en el amor de Dios, y en la práctica de las otras virtudes christianas, propias de su estado; de suerte que de cada Comunión parece sacaba un corazón nuevo para amar á Dios. No ignoraba la BEATA, que uno de los medios mas oportunos para mantener en esta vida y fomentar la suavísima union del alma con Dios era la oracion: y así empleaba en ella todo el tiempo que la dexaban libre las obras de caridad, y las obligaciones de su familia. Los tiernos deseos que concebiria en su alma, ya encerrada en su casa, por la noche, ya de dia en la Iglesia, con sola la presencia de Dios, y abstraída de todas las cosas de

de la tierra, y en qué piadosos afectos de amor divino prorrumpería la BEATA dexase á la consideracion del Lector. Basta decir que en esta práctica de orar, que observó constantemente, llegó á tal grado de union con Dios, que no podia decir una oracion vocal, ni oír hablar de su bondad, ó de sus demas divinos atributos, sin quedar luego inflamada, arrebatada y absorta en la interior contemplacion de aquel sumo bien; y le habia quedado tal disposicion á aquellos atrobamientos y éxtasis, que á cada punto hubiera quedado enagenada de sí misma, sino hubiera puesto el cuidado que queda dicho para impedirlos por medio de alguna diversion, ú ocupacion en las cosas exteriores. Entre tanto la caridad de la BEATA nunca prescindia de un sincerísimo deseo de ver en todo cumplida la divina voluntad, tanto en orden á sí misma, como á las demas criaturas. Y así en todos sus sucesos ya prósperos, ya adversos, su principal estudio era conformar su voluntad con la de Dios. Quando faltaran otras pruebas de esto, bastaria por todas, aquella inalterable tran-

qui-

quilidad, y alegría de espíritu que mostró constantemente en todos los trabajos y aflicciones de que habemos hablado. Este amor de Dios no solo hacia que la BEATA viviese en un entero despego de todas las criaturas; sino que le hacia vivir con los mas ardientes deseos de asemejarse quanto fuera posible á Jesu-Christo crucificado, por medio de un continuo padecer, para que de este modo muriera en su corazon qualquiera afecto terreno. Era cosa que causaba ternura, y edificacion verla ú oirla quando estaba delante de un Crucifixo, ó lo tenia en las manos: porque á su vista se redoblaban los fervores de su caridad, y la consideracion de los tormentos y Pasion del Señor; se le hacian suaves qualesquiera trabajos y dolores: deseaba padecer siempre mas y mas; rogaba continuamente á Dios que le aumentara sus tribulaciones. Quando en sus enfermedades veía que ó los Médicos ó sus domésticos temian que muriera, exclamaba: *¡O mi Dios! ¿morir sin padecer? No lo permitais Señor. Que no sea pequeña: que no sea pequeña la Cruz. ¿Qué? ¿morir sin pa-*

de-

decer? El deseo que tenía de que todas las criaturas racionales se abrasaran en amor de Dios era tan ardiente, que no perdía ocasion de hablarles de los grandes y muchos motivos que hay para que todas las criaturas amen al Señor, y de las incomparables ventajas que logran las almas quando tienen la dicha de vivir esta vida de este amor. Estos sus discursos eran tan eficaces y tan llenos de la abundancia de caridad que en ella ardía, que penetraban las almas mas insensibles, y las hacian resolverse á enmendar sus vidas.

CAPÍTULO XIX.

Caridad heroyca de la Beata Maria para con el próximo.

Pero el amor que la BEATA tenía á su Dios, no se reducía á palabras y piadosas instrucciones para encender este mismo amor en los corazones de los próximos: hacia tambien que para lograr esto no perdonara á sus caudales, á su honra, ni á trabajo

alguno. No era fácil hacer ver lo que hizo con ellos para llevarlos á Dios: socorrer á los pobres, y á los enfermos; poner paz en las familias; reconciliar los enemistados, enderezar á los descaminados, fomentar el establecimiento de casas de piedad, y de Religion para provecho comun de las almas; estos fuéron los frutos de su caridad. Tenia un gran cuidado de los Religiosos y Eclesiásticos pobres, que concurrían continuamente á su casa, y á quienes acudia con todo lo necesario. Á veces los hacia venir á su casa, y que se les sirviera como á su propia persona, á mas de servirles ella misma con tal esmero y obsequio que á nada perdonaba. El amor con que asistía á los pobres enfermos del Hospital General de París, edificaba á toda la Ciudad; porque lo hacia con tal afecto y cuidado, que parecia que la infeccion de aquel lugar, el asqueroso aspecto de las úlceras de aquellos pobrecitos, y el hedor fétido de sus áltros era para ella un suave aroma. Le habia dado Dios la gracia de consolar, y tal eficacia á sus razones, que si sucedia tener que

cortar á alguno una pierna, ó hacerle otra operacion dolorosa, la rogaban que se hallara presente: lo que hacia con sumo gusto; y parece que con su presencia traía la bendicion, y suavizaba notablemente el dolor de los pacientes, como ellos mismos lo aseguraban. Y en todas las ocasiones de servir á los demas, era tan grande su paciencia, y la humildad con que lo hacia tan profunda, que parecia hacerlo por obligacion de justicia mas que por impulso de caridad. La llamaban tambien muchas veces para asistir á los que se hallaban en el trance de la agonía, porque tenia gracia muy particular para ello: y así acudia con prontitud á qualquiera hora, y auxiliaba á los moribundos con un fervor extraordinario. Mostraba particular cuidado con los pobres enfermos que ó por verguenza, ó por falta de cabida en los Hospitales, ó por otro motivo tenian que pasar su enfermedad en la estrechez de su casa; y así iba á visitarlos, ya estuvieran dentro de la Ciudad, ya en los campos; preparando ella misma las medicinas ó ungüentos para sus llagas, y limpiándoselas por

por asquerosas que fueran. Los consolaba y servia en todo lo que podia, protextando, que solo pedia á Dios larga vida para asistir á los enfermos, y auxiliarlos á la hora de la muerte; y que si su estado no la obligara á vivir en compañía de su Marido emplearia todo el tiempo en visitar los enfermos, freqüentar los Hospitales, y servir á los pobrecitos do quiera que estuvieran. Quando los enfermos estaban cerca de su casa, les enviaba el alimento, tomando lo mas delicado de su mesa, y llevándoselo ella misma, por una puerta escusada para no ser vista. Se encargaba con mucho gusto de los pobrecitos huerfanos, haciendo á su costa que les enseñaran la doctrina christiana, y los oficios mas proporcionados á los alcances de cada uno de ellos. Una pobre viuda con seis hijos pequeños vino á París para buscar algun arbitrio de sustentarlos; y con la gran fama de la caridad de nuestra BEATA fué á su casa á pedirla algun socorro. Se encargó de todas aquellas criaturas, y la buena viuda, viéndose aliviada de tanta carga, se partió ocultamente, sin que se tu-

viera noticia de ella. La BEATA entónces creyó tener doble obligacion de cuidar de aquellos seis pobrecitos abandonados; y así los hizo mantener á sus expensas en una casa, instruyéndolos en el santo temor de Dios y en la virtud, y quando tuvieron edad para ello, les hizo aprender el oficio á que mostraron inclinacion: yéndolos á ver á menudo, informándose diligentemente de sus costumbres y conducta, y mirándolos con el mismo cuidado que si fueran hijos suyos. Habiendo sabido la urgente necesidad en que se hallaba un Escultor de París, así por sus enfermedades, como por su pobreza, fue á su casa, y le ayudó con todo quanto pudo para que recobtrara su salud; pero habiéndolo desauiciado los Médicos, hizo que con tiempo se le administraran los Santos Sacramentos, y despues que murió costeó su entierro con decente aparato. Dexó este pobre una hija pequeña, sin amparo alguno, y la BEATA se encargó de hacer con ella oficios de Madre, haciéndola educar, y cuidando de que nada le faltase. Visitaba freqüente á los encarcelados, exhortán-

tándolos á llevar con paciencia sus trabajos y angustias, y de quando en quando enviaba comida para los mas necesitados. Averiguaba con cuidado si habia algunos pobres vergonzantes, y sabiéndolo iba á su casa á consolarles con el mayor agrado, dexándoles copiosas limosnas. Dió las mas claras pruebas de su caridad en tiempo del sitio de París, en cuyo tiempo fuéron tan grandes las calamidades, que sola su memoria le hacia llorar despues amargamente. Casi todos los días tenia en su mesa personas necesitadas, tratándolas con el mayor regalo, y cediéndoles parte de su preciso sustento. Visitaba tambien en los Hospitales á los pobres soldados que habian sido heridos en el mencionado sitio, asistiéndoles con quanto era necesario para la curacion de sus llagas, y para su sustento; sin contar las otras abundantísimas limosnas que hacia, ya de dinero, ya de trigo y otros comestibles, y el asilo que concedia en su casa á las doncellitas mas pobres, y mas expuestas á perder su honra. Durante las mismas turbulencias, habiendo ido á una de sus casas de campo, halló á los

los pobres aldeanos de aquellos contornos en tan dura pobreza, que se veían obligados á comer pan de alpechin, ó huesos de las aceytunas, y sin recurso alguno para buscar alimento. Moviada á lástima de tan gran miseria procuró por todos los medios socorrer á aquella pobre gente. Les dió que trabajar, aun en labores de que ninguna necesidad tenia, tanto para que ganasen su sustento, como para que evitasen la ociosidad, que aborrecia en extremo, y que no podia tolerar en las personas sobre quienes tenia alguna autoridad: y así todos los pobres de aquellos contornos tuvieron con que sustentarse. En otra gran carestía que hubo en la Campaña, tal que la mayor parte de la gente se mantenía con solas raíces de yerbas, hallándose la BEATA en aquel país en que su Marido tenía muchas posesiones; olvidándose de las urgencias de su casa, que apenas comenzaba á resarcirse de los desfalcos que había padecido con ocasion de la Liga, acogía á todas aquellas pobres gentes, que de todas partes acudían á ella, dandóles ocupacion, y facilitándoles de que subsistir.

Es.

Esta caridad fué tan saludable al pueblo, que no se cansaba de publicar por todas partes, la bondad y liberalidad de aquella Santa alma que tan á punto les había socorrido en su necesidad. Era tan encendida esta caridad de la BEATA con los próximos necesitados, que á mas de llorar á lágrima viva siempre que se hablaba de calamidades ajenas, no se podia entrar en su casa sin ver una multitud de personas de todas calidades, de quienes se encargaba para proveerlas de todo lo necesario, sin que tantas y tan grandes ocupaciones entibiaran un punto el ardor de su caridad, la qual era siempre suave, alegre, humilde, compasiva, sin fastidiarse jamas, ni mostrarse triste una vez siquiera en medio de tantos como acudían á todas las horas del dia, y aun de la noche. Era esta caridad pronta y laboriosa, pero sin turbacion; era universal, é indiferente, sin mirar mas que á la gloria de Dios, y á discernir la mayor necesidad de la menor. Ni se limitó á solas las necesidades corporales de sus próximos; se extendió tambien, y aun con mayor solícitud á las espirituales.

les. Muchas buenas doncellitas que tenían vocacion de servir á Dios en el estado Religioso, acudian á ella, y les enseñaba á dirigir el espíritu á Dios, y á despreciar todo aquello en que puede haber ocasion de ofenderle. Y para asegurar mas su vocacion las hacia vivir en Comunidad en una casa vecina á la Iglesia de Santa Genoveva del Monte, donde baxo su direccion practicaban todos los exercicios de la vida Religiosa, cuidando que nada les faltara, así para la asistencia del cuerpo como del alma, y esta casa sirvió como de seminario para los Monasterios de las Carmelitas y Ursulinas, que ella fundó, habiendo salido de ella almas muy grandes, que diéron mucho lustre á las Casas de uno y otro Instituto. Procuraba que los Predicadores mas virtuosos y doctos anunciaran la palabra de Dios en las Ciudades mas principales, para fomentar en ellas el espíritu de la verdadera piedad y devocion. Igualmente era diligentísima en proveer de Confesores piadosos y experimentados á las almas que con sus saludables consejos encaminaba á Dios, y á qualquiera que le

le pedia dictámen para elegirlos. En el Jubileo del año de mil seiscientos y uno, hizo venir á París al Señor Galemant, cuya gracia para el Confesionario tenia bien conocida. Lo hospedó en su casa, y cuidó de que en la Iglesia de las Religiosas del Avo María se le destinase sitio para administrar el Sacramento de la Penitencia. Despues que ella y toda su familia se confesó con él, hizo que acudieran á lo mismo muchísimas personas, á quienes habia persuadido que hicieran confesion general, de lo que se siguieron innumerables conversiones. El mismo deseo del bien espiritual de sus próximos, la movió á contribuir y procurar con todo ahinco y eficacia la fundacion y reforma de varias familias Religiosas.

Habiendo decaído mucho la Observancia Regular en el Monasterio de Long-champs, y viendo la BEATA buena disposicion en las Monjas para admitir la Reforma, trabajó tanto con sus sábios consejos y suaves persuasiones, para el complemento de una obra tan santa, que finalmente vino á salir con ella. Las Monjas, llamadas en París hijas de

Y

Dios,

Dios, las del Orden de Montebaldo, las de la Abadía de San Estevan de Soissons, y otras muchas acudieron á la BEATA, debieron el restablecimiento de la observancia regular en sus Monasterios, á su piedad y zelo. En orden á las fundaciones, dexando á parte lo que queda dicho del zelo y fatiga de la BEATA, para la de las Carmelitas Descalzas, sabiendo lo mucho que las Religiosas Ursolinas contribuyen á la buena educación de la juventud, con su piadoso Instituto, y quanto convendría que en París hubiera á lo menos un Monasterio, sin perder tiempo acudió á una persona viuda de veinte y un años, no menos virtuosa que rica, y manifestándole su desseo, de tal suerte la persuadió las ventajas de su pensamiento, que ofreció fundar en París una casa de aquella Orden. Baxo esta promesa dió la BEATA todos los pasos necesarios para lograrlo: y obtenida la licencia tuvo el contento de ver edificado el primer Monasterio de las Ursolinas. Mas no quedó con esto satisfecho su zelo; porque puestas en él aquellas Religiosas, iba allá muy á menudo á dar órdenes

nes é instrucciones en las cosas mas mínimas; á observar si las Educandas estaban bien asistidas; á exhortarlas á la piedad y observancia de las Reglas de su Instituto, enviándoles á los sujetos de mayor virtud de aquel tiempo, para que las instruyeran, sin levantar la mano de esta obra hasta que la vió concluida y puesta en el mejor orden. Era tan grande y acervo el zelo que la BEATA tenia de la salud de las almas, que dexaba sus devociones y oraciones por acudir á ayudarlas, diciendo: que se debe dexar á Dios por servir al mismo Dios en los próximos: que como el espíritu de Dios no está ocioso sabe hallar á Dios no menos en la accion, que en la contemplacion: y que las personas que se reputan por espirituales, y no quieren ocuparse en cosa alguna, son mas carnales que espirituales; y que todas sus obras no son mas que amor propio. El mismo zelo la hacía muy solícita en rescatar, por medio de sus caudales y consejos, á las mugeres perdidas del abismo de su disolucion, y á otras de los peligros de caer en él: en restablecer la paz y concordia

dia donde no la habia; y en impedir qualquier ofensa de Dios: una muger jóven reducida á la última miseria por haberla quitado la honra un hombre noble, no teniendo asilo donde acogerse, acudió, por insinuacion de algunas personas piadosas, á una Señora rica que tenia fama de muy caritativa; pero esta, viendo á la infeliz, començó á dar voces contra ella, y á tratarla con tal desprecio, que desesperada por verse tratar tan indignamente iba á quitarse la vida. Entendido esto por dos buenos Eclesiásticos, la encaminaron á nuestra BEATA, que la recibió con mucho agasajo y agrado, y sosegándola, la puso en una casa de seguridad, donde la asistia con todo quanto necesitaba; y despues de algunos meses, habiéndola hecho hacer una confesion general, la entregó á persona de confianza para que pudiera volver seguramente á su patria. Una Señorita principal, abandonada de sus inhumanos padres, fué miserablemente burlada de un hombre malvado. Llorando amargamente su desgracia, halló en nuestra BEATA el consuelo de sus males, porque tra-

yén-

yéndosela inmediatamente á su casa, la mantuvo en ella mas de quatro años. Con la enseñanza de tan buena Maestra, aprovechó tanto en el camino de la virtud, que vivió hasta la muerte con mucho exemplo y arrepentimiento de su culpa. En suma, era tal su zelo en este punto, que su casa siempre estaba llena con mugeres desgraciadas, ó para ser instruidas en el modo de salir de su mala vida, ó para ponerlas en lugar de seguridad; y quando no lo podia encontrar, las tenia en su casa, usando con ellas de todos aquellos oficios de caridad que eran precisos para su subsistencia y conversion. En punto de estas conversiones, decia un dia con suspiros y lágrimas á una amiga suya: que sería muy conveniente si se lograra una casa donde pudieran recogerse las mugeres perdidas: porque aun quando no se lograra mas que el que el Señor no fuera ofendido una sola noche, sería de grande merecimiento para quien procurara esto, y podría contribuir á disponer aquellas infelices á su conversion.

Encontraronse un dia en su casa dos Cab-

ba-

balleros, y habiéndose trabado de palabras, enfureciéndose con el calor de la disputa, echáron mano de las espadas, y comenzáron á esgrimir las con furor. Acudiendo inmediatamente la BEATA al ruido, y viéndolos á punto de matarse uno á otro, llamó á sus criados para que los separaran. Pero ó ya que los criados no oyéron las voces, ó ya que no se atrevieron á mezclarse en la refriega, ninguno acudió. Entonces la BEATA no viendo otro remedio, y zelosa de impedir la perdición de aquellas almas, sin embargo de hallarse embarazada, entró con valor en la sala, y poniéndose en medio de los dos, les quitó las espadas de la mano. Atónitos de ver semejante espíritu en una Señora, se sosgaron al punto, y reconciliados entre sí, se parieron, dando afectuosas gracias á la BEATA, reconociendo la debían su sosiego, y la salvacion de sus vidas.

Una Señora respetable habia estado por espacio de nueve años en una triste prision, y afligida con todo género de miserias por su Marido, hasta negarla el preciso sustento, ó tirárselo con furia á la cara para quitar-

tarla la vida. Al fin de dicho tiempo permitió Dios que al Marido cruel le pusieran un gran pleyto, que le obligó á enviar á París á su Muger, como que estaba bien informada del asunto. Con esta ocasion ocurrió á la Señora Acaría, quien despues de haber oido la larga historia de trabajos y miserias que habia sufrido, no dexó de consolarla con su acostumbrada caridad, haciéndole ver claramente que la divina Providencia habia permitido todos aquellos malos tratamientos para mayor bien espiritual suyo: y le dió las mas prudentes instrucciones para zanjarse bien en el exercicio de las virtudes christianas. Respiró aquella infeliz de sus angustias con esta santa comunicacion, y todo el tiempo que estuvo en casa de la BEATA no se saciaba de dar gracias á Dios por el favor singular que le habia hecho en prevenirle tan buena compañía. De allí algun tiempo dispuso Dios que tambien el Marido de la dicha Señora tuviera que ir á París, y movido de la fama de santidad de la BEATA, quiso visitarla. Como estaba inficionado de las heregias de

de aquel tiempo, en el discurso de la conversacion propuso á la BEATA sus dudas en punto de fé. Con la explicacion que le dió quedó plenamente satisfecho, y admirado de tantas luces y eloqüencia: y al mismo tiempo sintió tal impresion en el corazon que dexó aquella aversion que tenia á su muger; logrando por fin la BEATA ponerlos en paz, en que vivieron hasta la muerte.

CAPÍTULO XX.

*Conducta de la Beata en el año de su viudedad,
y su entrada en el Monasterio de Carmelitas Descalzas de Amiens.*

A este grado heroyco de perfeccion habia llegado la BEATA durante su matrimonio con el Señor Acaria: y habiendo éste muerto el año de mil seiscientos trece, al momento pensó en el estado Religioso, al que desde sus mas tiernos años habia tenido mucha estimacion, y una inclinacion muy particular. Puestos, pues, en órden los negocios económicos de su familia, con aquella rara pru-

prudencia con que siempre los habia manejado; colocados en estado sus Hijos segun correspondia á su nacimiento, sus talentos é inclinaciones, hecho como acostumbraba, el debido exámen tanto con las luces de la oracion fervorosa, como con las de sus Directores, resolvió abrazar el dicho estado. Tomada esta resolucion dexó al punto su casa; y se retiró al Monasterio de nuestra Señora de los Campos, para asegurarse mas en la resolucion que habia tomado. Entónces, acordándose de una vision que habia tenido algunos años ántes en la Iglesia de San Nicolas en la Lorena, en la qual Santa Teresa la habia dicho que Dios la queria para Carmelita Descalza Lega, no pensó en otra cosa sino en poner por obra quanto en aquella ocasion le habia significado la Santa. Reflexionado, pues, el caso á las mismas luces de la oracion, y de sus Directores, para no exponerse á una ilusion, con pretexto de una vision verdadera, y viendo que todo favorecia á su intento, quedó esperando el tiempo oportuno para ponerlo por obra. Una sola dificultad le ocur-

ria para esta resolución; y era que quedaba excluida de cantar en el Coro las alabanzas del Señor, á lo qual habia tenido siempre una grandísima inclinacion. Pero la reflexión de que en el estado de Hermiana Lega podia servir á las Siervas de Dios en una Religión consagrada á la Santísima Virgen, Madre del mismo Dios, bastó para que sacrificara aquella su piadosa inclinacion, quedando así vencedora su heroica humildad, como lo habia quedado siempre en las demas ocurrencias de su vida. Temia la BEATA, por un efecto de su profunda humildad, si podria mantenerse fiel á su vocacion, mientras que sus negocios domésticos la retardaban el dia de verla efectuada, y por tanto, en el tiempo que pasó hasta el logro de sus deseos, redobló las súplicas y limosnas, hizo muchos viages de devocion, especialmente á los Santos Lugares, dedicados á la Santísima Virgen, y otras muchas obras de piedad, á fin de alcanzar de Dios la constancia que necesitaba, para hacer á su tiempo lo que queria de ella su Magestad.

Lle-

Llegado por último este tiempo, y obtenida de los Superiores, que dirigian los Monasterios de Carmelitas Descalzas en Francia la Carta-Orden, para que la recibiesen en el Monasterio de Amiens, partió de París el Miercoles de Ceniza del año de mil seiscientos catorce, dirigiéndose á donde la destinaban. Luego que llegó al Monasterio hizo que se entregase la carta á la Priora, que habiéndola leído salió inmediatamente á recibirla, y hacerla entrar. Apenas la BEATA vió á la Priora, que en el siglo habia estado sujeta á su direccion, como una Novicia, quando se postro á sus pies, y con expresiones de la mas sincera humildad, protextó que se reconocia indigna de la gracia, que se servian hacerla, é introducida en el Monasterio se arrodillaba delante de quantas Monjas encontraba, dando á cada una en particular afectuosísimamente las gracias, de que la admitiesen por Hermana suya. Recibida de esta suerte en el Monasterio, lo primero que suplicó á la Priora con las mayores veras, fue que la permitiese ir á la cocina á guisar la comida, servir á la me-

Z 2

sa,

sa, y fregar despues los platos, y todo se la concedió segun sus deseos; mas diciéndola al entrar en la cocina una de las Legas, que en el dia en que se entra en la Religion, no es costumbre fregar cosa alguna, ella confusa y llorosa volvió á la Priora, y la dixo, exponiéndola su amargura con humildes palabras: *Yo, Madre mia, no soy digna de fregar los platos; ¿cómo, pues, he de tener el valor de consentir, que estas Madres tengan la bondad de admitirme en su compañía? O darne licencia, ó Madre! para que yo sirva en los oficios que puedo, ó permitidme, que cubierta de rubor lllore toda mi vida mi indignidad postrada á vuestros pies.* Desde los primeros dias de su entrada en el Monasterio fué zelosísima de la observancia exácta de las prácticas de la Religion, y nada hubo que no lo practicase segun sus fuerzas, con la exáctitud posible, mientras que estuvo dentro de la clausura en calidad de pretendiente. Sin cesar suplicaba á la Priora, que la emplease en aquellas ocupaciones, que eran propias, segun la Regla, á su condicion y clase, y sobre alegrarse mucho quan-

do

do la daba este consuelo, se aplicaba á las obras de obediencia con tal fervor, que las dexaba hechas en brevísimo tiempo. Pero quando se dexó ver mas claramente este su zelo de las observancias de la Religion, y antiguos estilos, fué quando la dixéron, que se pensaba en anticipar el tiempo de darla el Hábito. A mas de las lágrimas y suspiros, á mas de las protextas mas eficaces y sincéras de su espíritu, de que en ella no habia cosa por donde mereciera que la tratasen de semejante modo que á las demas, no era fácil comprehender en dónde hallaba tantos argumentos, y tantas expresiones de humildad para desviar á la Priora de que quisiera honrarla con aquella distincion, de que no podia creerse digna. Solo se sosegó quando la Priora la dixo, que la darian el Hábito, como á las demas, por pura misericordia, y no de justicia.

CA.

CAPÍTULO XXI

Viste el Hábito: pasa su Noviciado, y Profesa solemnemente la Beata María.

Conformándose la BEATA de este modo con la voluntad de su Prelada, recibió el Hábito Religioso el día siete de Abril de mil seiscientos catorce, y mudó su primer nombre de BARBARA, en el de MARÍA DE LA ENCARNACION; porque en aquel día se celebraba por translation el Oficio de la Encarnacion del Hijo de Dios: y fué admitida entre las Legas, como lo habia deseado, aunque sus circunstancias, y los servicios que habia hecho á la Orden, y la flaqueza de sus fuerzas, á causa de sus continuas enfermedades, la hacian acrehedora á entrar en el número de las de Coro. Recibió el Hábito con tal agradecimiento á la gracia que Dios le hacia, y con una humildad tan profunda, que toda la Comunidad quedó en gran manera edificada. El Señor Duval, uno de los Prelados de la Orden,

den, y Director de la BEATA, celebró Misa como á las siete horas de la mañana, en la que comulgó con las demas Monjas; y yendo despues á la Grada grande, le hizo el Señor Duval las preguntas acostumbradas, á que respondió con voz muy sosegada y afectuosa. Pero llegando á aquella pregunta que se hace á la Pretendiente, de si viene á la Religion por solo amor de Dios, no se atrevió á responder, porque no sabia, como dixo despues al Señor Duval, quando le preguntó la causa de su silencio, si en todo el discurso de su vida habia hecho una cosa sola por puro amor de Dios. Tan humilde era la BEATA, y tan abiertos tenia los ojos para ver quán gran cosa es, y quán pocas veces sucede, como ella decia, moverse la criatura á hacer cosa alguna, por solo aquel principio. Concluido el Interrogatorio salió del Coro y fué á la Sacristía, que está inmediata, para despojarla de los vestidos del siglo, y vestirlle la Túnica; y para esto fué preciso sentarla; porque estaba tan fuera de sí, y tan embebida en Dios, que casi ningun objeto exterior percibia con los

sentidos. Estaba tan inmóvil en la silla, que fué necesario levantarla los brazos para que dos ó tres Monjas con arto trabajo la desnudaran. Tenia cerrados los ojos, y la caían hilo á hilo las lágrimas por las mejillas. Daba de quando en quando suaves suspiros y sollozos, que movia á devoción á quantos allí estaban; y si la preguntaban alguna cosa, no podia responder sino sollozando. Despues de vestida, la llevaron al Coro lo mejor que se pudo: y allí le dió el Señor fuerzas para proseguir la funcion, y para permanecer postrada todo el tiempo que fué menester segun el Ceremonial de la Orden. Pero al fin, quando iba abrazando á las Monjas, y dándoles segun es costumbre el ósculo de paz, no pudo ya mas tenerse en pie; y fué menester cerrar la Grada, y sentarla en su silla por miedo de que cayera en tierra: y así estuvo sentada muchas horas. Vuelta en sí, pisó todo aquel día en dar gracias á las Monjas de que la habian admitido en su compañía: y no se saciaba de manifestarlas de mil maneras su agradecimiento: y hablándolas de la gracia

y

y merced que el Señor le habia hecho, de tal modo se enardeció con este pensamiento, que quedó de nuevo arrebatada en éxtasis. Comenzó su noviciado con tal sumision, puntualidad y obediencia, que se veía en ella resplandecer la inocencia y sencillez de una niña. Era exáctissima en cumplir, á proporcion de sus pocas fuerzas, con todos los Oficios del Monasterio los mas humildes para servir á la Comunidad, con tal contento y prontitud, que se echaba bien de ver el aprecio que hacia de su estado, y de las obligaciones que trae consigo. Tenia sumo respeto á las Monjas; y así quando encontraba á alguna por los claustros se retiraba, como si no fuera digna de acercarse á ellas; y lo hacia con tal sumision, que las Monjas quedaban no solo edificadas, sino pasmadas de ver que tanto se abatia, la que era mirada como madre y bienhechora de todas. La Priora, que la estimaba y conocia bien su virtud, la mandaba algunas veces hablar con las Novicias para instruir las. Pero la BEATA se valia de todos los medios que le sugería su profunda humildad para

Aa

es-

escusarse de ello; pareciéndole que haría agravio á la Orden, si una Novicia como ella era, que habia venido para aprehender se pusiera á enseñar á las otras; y solo la obediencia podía reducirla á ello. De tal modo se portaba con las demás Novicias, que en todas las ocasiones parecia ser la menor de todas en edad, en instruccion y en virtud; y muchísimas veces les aseguraba que la avergonzaban con su modo de proceder; y que sola ella era la que nada adelantaba. La concedió Dios, junto con el Hábito, tal conocimiento de las excelencias del estado Religioso, que al escucharla parecia que hasta entónces no las habia conocido; y decia con gran sentimiento: *que Dios habia permitido que hubiera estado ciega en lo que toca al estado Religioso; porque si lo hubiera conocido, como ahora lo conocia, nunca hubiera tenido atrevimiento para pretenderlo.* Sus mas frecuentes conversaciones, durante su Noviciado, se reducian á repetir las expresiones de la gran estima que hacia de su vocacion, de la admiracion que le causaba la misericordia de Dios en habersela dado, y de agradeci-

mien-

miento á las Monjas por haberla admitido. Así se habia olvidado de lo que habia sido en el siglo, y de los beneficios que habia hecho á la Orden. Entretanto se iba llegando el tiempo de su Profesion Religiosa, quando enfermó de muerte, y se vió en la mayor afliccion de ánimo. La enfermedad le ocasionaba dolores tan intensos, señaladamente por las noches, que la obligaban á incorporarse sobre la cama, con tal ímpetu, que muchas veces á no sujetarla quatro Monjas de las mas esforzadas, la violencia del movimiento la hubiera renovado la rotura del muslo. Sus mayores angustias eran las de su sincera humildad, que le hacia creer firmemente, que era indigna de consagrarse á Dios por medio de la Profesion de los votos Religiosos; por lo que aunque por una parte habia siempre deseado mucho hacer semejante sacrificio, por otra temia hacerlo, creyendo que no podría desempeñar sus altas obligaciones. Y quando procuraban alentar estas sus humildes desconfianzas, decia: *una Monja debe tener un espíritu sinceramente humilde, abatido, sujeto á todo, que no tenga apego á sus propios dictámenes: que en-*

nada quiera sobresalir, que en todo esté pronto á obedecer. Con que no teniendo yo tal espíritu, ¿cómo puedo tener valor para profesar? No sé como he tenido osadía para entrar en el Noviciado. A mas de que mis achaques son tan grandes y casi continuos. Entre otros, yo no puedo andar sino con muletas: con qué cómo podré hacer en la Comunidad los oficios de Lega? Las que lo son están obligadas por la Regla á rezar algunas oraciones vocales en lugar de las Horas Canónicas. Pues yo que soy una pobre de espíritu, que quando me pongo á rezar alguna cosa, al punto me distraigo, y que tengo mucho trabajo para cumplir con los rezos que me dan por penitencia mis Confesores por mis muchos pecados, ¿cómo podré yo cumplir con la devoción y atención que es debida, con las Oraciones que las Legas deben rezar todos los días? ¡Ah! dexenme que me quede en un estado en que los Prelados de la Orden puedan despedirme siempre que quieran; porque no es razon que una criatura tan ruin y despreciable como yo, ocupe el puesto de otra que servirá al Señor con espíritu de fervor y devoción. Pero todas estas razones, dictadas por

por la mas profunda humildad, no la impidiéron ceder despues á la voluntad de la Priora, que quando llegase el tiempo haria por obediencia la Profesion Religiosa como las demas Legas. En esto amenazaban con la muerte á la BEATA sus enfermedades, de suerte que desauiciandola los Médicos, dispusieron que se le administrara el Santo Viático. Entrando con la Sagrada Eucaristía el Señor Truchot, Confesor del Monasterio, aunque la Enferma estaba sin fuerzas, y casi en la agonía, la fe le dió esfuerzo para arrodillarse; y si la Priora no la hubiera obligado por obediencia á recostarse en la cama, hubiera perseverado arrodillada hasta el fin de aquella Sagrada funcion. Antes de darle la Sagrada Forma, le preguntó el Señor Truchot si creía que aquello que él tenia en las manos era el verdadero Cuerpo de nuestro Señor Jesu Christo? A la qual pregunta respondió deshaciéndose en lágrimas de tierna devoción: ¡Ah! Padre mio: lo creo, si lo creo: venid pronto, Señor, venid pronto: y al punto que lo recibió, quedó de tal modo embargada de su interior fer-

fervor , que no pudo ya hablar mas palabra , dexándose ver bien su interior recogimiento en el encendidísimo color de u semblante. Habiéndose mantenido algun tiempo en este silencio extático , comenzó á decir cosas maravillosas de los infinitos merecimientos de Jesu-Christo , de la Santísima Virgen su Inmaculada Madre , de Santa Teresa , concluyendo este razonamiento con fervorosisimas oraciones por la Santa Iglesia Católica Romana , haciendo ver aun en aquel lance el grandísimo zelo que siempre habia tenido de la gloria de Dios , y del aumento de su amada Esposa la Iglesia. Continuando así su enfermedad , llegó el dia en que debia hacer la Profesion. La Priora , que igualmente que las otras Monjas , deseaba en gran manera asegurarse por medio de este acto de la posesion de tan gran tesoro , no quiso que se dilatará ni un solo dia , sin embargo de que estaba tan enferma que no podia moverse. Y así la mañana del dia ocho de Abril del año mil seiscientos quince , habiendo hecho arrimar su camilla á la grada de la Enfermería , que está enfrente del Altar

tar mayor de la Iglesia , y congregadas las Monjas con velas en las manos alrededor de ella , estando la Priora á su lado , comenzó la funcion con la misma solemnidad que se observaba en las demas Profesiones. Estaba la BEATA en su camilla , con su vela en la mano , con un rostro tan suavemente encendido y hermoso , que no se descubria el menor indicio de enfermedad. Corrianle sin cesar abundantes lágrimas de los ojos , que tenia cerrados , y estaba tan absorta en Dios , que apenas respondia con trabajo á las preguntas que la hacian los Sacerdotes.

Quando llegó al acto de pronunciar los Sagrados votos , las lágrimas y el fervor de su espíritu se aumentaron tanto , que la Priora no podia apuntarla lo que habia de ir diciendo. Finalmente , pronunció por tres veces sus votos como es costumbre , y despues de cantar el Hymno: *Te Deum* , la abrazaron todas las Monjas una tras otra. Suspirando entretanto ella , y llorando de ternura y devocion , y mostrando á todas su amor y alegría , bien que interrumpiendo muchas veces las palabras con que lo hacia.

cia. Pasó despues todo el día en cantar las divinas misericordias, arrebatada en tales ardores de espíritu, que no se podia comprender como un cuerpo reducido á tal flaqueza y debilidad pudo permanecer por tres horas en el estado que ella permaneció el día de su profesion. No se pueden contar las veces que á cada paso repetia: *Misericordias Domini in eternum cantabo*. Solo se sabe que algunos de los circunstantes observaron que en ménos de dos horas lo repitió doscientas y quarenta veces, poco mas ó ménos, ya en voz baxa, ya mas alta, ya con tal ímpetu de fervor, que la Priora la mandó que cesase, temiendo que iba á desfallecer. Pero el fervor de su devocion, los desahogos de su corazon, el reconocimiento de la gracia que el Señor la habia hecho en dexarla llegar á hacer su profesion, era tan grande, que queriendo reprimir, por obedecer, las palabras estuvo á punto de ahogarse: y conociendo la Priora el daño que la habia hecho la violencia, la mandó que diera libre curso á su fervor, y que no se hiciera mas fuerza para callar. Volvió á pro-

rum.

rumpir en alabanzas de la divina misericordia, con el versículo de David arriba dicho, rogando al mismo tiempo á las Monjas, que la ayudaran á dar gracias á Dios, y exclamando á voces: *¡oh! ¡mi Dios! ¡qué gracia! ¡qué misericordia! ¡qué gracia me habeis hecho!* Duraron muchos dias despues estos arrobamientos de espíritu en su enfermedad; y un Viérnes en que de una hora para otra se esperaba su tránsito á la eternidad, decia muchas veces: *¡ah! ¡si Dios me hiciera la gracia de que fuera á verle en este día! ¡ah! ¡qué gracia! ¡qué misericordia!* *Nunc dimittis servam tuam Domine*: prosiguiendo con expresiones tan altas y sublimes, que se decian las Monjas unas á otras: *¿quién oyó jamas cosas como estas? ¿puedese hablar así, estando en este mundo?* Y se miraban unas á otras llenas de admiracion. Su hija mayor, la Madre María de Jesus, estaba entretanto llorando junto á ella, á un lado de la cama: y quando la BEATA la vió llorar, la dixo con grande dulzura y amor: *¿y tú lloras? ¿este es el modo de amarme? ¿siemes mi bien, y mi único bien?* De lo

Bb que

que en estos sus ímpetus de devoción habló con mas energía, fué de las grandezas de Dios, de los méritos de nuestro Señor Jesu Christo, de sus santísimas Llagas, de la gloria de la Santísima Virgen, y de los Santos: de la obediencia, respeto y sumisión que debemos á todos aquellos que tienen alguna autoridad sobre nosotros, de la vanidad de las cosas de la tierra, y del poco caso que debemos hacer de la estimación de las criaturas, con tanta eficacia y fervor de afectos, que parecia que su cama se había transformado en una Catedra de donde Dios difundia los tesoros de su sabiduría.

CAPÍTULO XXII.

Pobreza Religiosa heroica de la Beata María.

Convalecida apenas la BEATA de esta enfermedad, se vió luego quán á pechos había tomado el desempeño de las obligaciones contraídas en la profesion Religiosa. Por lo que hace á la pobreza, al verla parecia una pobre mendiga que de caridad había sido admitida en el Monasterio, y que

sc

se la daba de comer de limosna. Era tan mirada y circunspecta en el uso de las cosas, que apenas tomaba lo necesario, y siempre lo peor. Era tan continua en el trabajo, como si toda la Comunidad se hubiera de mantener con lo que ella ganara: y á una Monja que en cierta ocasion se admiró de este su resón, respondió: que si hubiera sido una pobre muger precisada á procurarse su sustento con su trabajo, no hubiera sido ménos. Todo su consuelo era llevar el hábito remendado, y no estrenar jamas nada nuevo, ni en el vestido, ni en otra cosa. Una vez que la Priora la mandó usar una túnica nueva, á fuerza de plegarias y lágrimas, logró que la dexaran la vieja; y mirando, y remirando despues los remiendos que en ella había, se la veía tal alegría en el rostro como si la hubieran hecho un gran regalo. Otra vez en tiempo de mucho frio quisieron hacerla mangas nuevas en el hábito: pero entrando la Prelada al tiempo de tomarla las medidas, comenzó á suplicarla con grandes veras que no la hicieran las mangas de paño nuevo, y solo se sosegó

Bb 2

quan-

quando la Ropera la prometió que se las harían de paño usado; y rogó á la Priora que siempre la diesen las cosas así. En otra ocasion habiendo visto una Monja que tenia las sandalias rotas, y que ya no podian servir, la dixo que debía pedir otras, turbándose ella de esto, la respondió: *¿y cómo podrá esto, hermana, componerse con la pobreza? No me diga tal.* Quando servia en la cocina, ponía mucho esmero en que todas las cosas fueran bien sazoadas; pero tambien cuidaba de que nada hubiera superfluo, diciendo que esto es contra la santa pobreza. Procuraba asimismo con grandísima diligencia que nada se desperdiciara, por poco que valiera: y así recogia las miguitas de pan; y despues de concluida su labor, recogia tambien las hebras de hilo que se la habian caido, diciendo: *nosotras somos pobres, y los pobres nada dexan perder:* y lo decía con tal alegría, que se conocía bien, que solo el amor á la santa pobreza era el principal que la movia á hacer estas cosas, siendo de suyo de un natural liberalísimo y generoso. Quando dexaba sus labores pa-

ra ocuparse en la Oracion, apagaba la luz para no gastarla sin necesidad. Vió una vez que una Monja buscaba una cosa; y tocando á este tiempo á la Oracion, preguntó á la BEATA si debía proseguir buscándola, ó acudir á la Oracion, la respondió: *Hermana, yo entiendo que debe continuar en buscar lo que busca; porque si se pierde es contra la pobreza. Es una oracion muy buena cumplir con su obligacion.* Se privaba de todo por dar contento á las demas. Tenia un Rosario bendito por el Papa, y tocado á muchas Reliquias de Roma, que estimaba mucho, y llevaba siempre puesto al cuello por devocion. Sucedió que habiendo de ir una Monja por obediencia á la fundacion del Convento de Orleans, pensó en darselo antes que partiera. Llegando el lance de entregárselo sintió alguna repugnancia, alargando la mano para entregárselo, y volviéndola á recitar, advirtiéndolo, y arrepintiéndose de ello, dixo: *es preciso desprenderse de todo lo que se estima, aunque sean cosas buenas y santas: y no se puede tener propiedad en cosa alguna:* y se lo entregó con mu-

mucho agrado. El afecto que tenia al Convento de Amiens era muy tierno, por ser el mas pobre de la Orden, tanto por la escasez de alimentos, que no tenia aun los precisos, como por lo demas. El rezelo de tener en su celda alguna cosa mas que las otras, hizo que quitara de ella un pequeño quadro de Santa María Egypciaca, á quien tenia particular devocion, porque estaba pintado al olio: cosa que no tenian las demás Monjas en sus celdas. Uno de sus mayores consuelos era que la faltara alguna cosa de las necesarias, ó ya por olvido de las Monjas, ó ya por otra causa: lo qual sucedia muchas veces, porque tenia gran cuidado de no descubrir sus necesidades. Y en tales casos cruzaba las manos, y alzaba los ojos al cielo, diciendo: *somos pobres. ¡ Ah! no tenemos de que quejarnos. Es menester callar. Si Dios permite que las otras se olviden, á nosotras toca no quejarnos. Somos dichosas. Me acuerdo de lo que me dixo el Señor Duval quando tomé el Hábito; que nosotras somos mas pobres que los que piden limosna por las calles; porque ellos pueden disponer de lo que tienen segun*
las

las reglas de la prudencia christiana; pero nosotras no podemos. Nosotras no tenemos sino lo que nos dan; y esto nos lo pueden quitar siempre que quieran; y si nos lo quitan no podemos quejarnos. Estando enferma en cierta ocasion, habia en su celda algunas Monjas, y advirtieron que tenia mucho frio, porque la Monja que la cuidaba no habia traído lumbre. Una de las otras la dixo con cariño: no se en qué pensará la Hermana que tarda tanto en traer fuego. Á estas palabras, volviéndose á ella la BEATA con mucha dulzura comenzó á declarar con rostro alegre, las ventajas admirables de la santa pobreza, añadiendo, que aun quando las faltaran todas las cosas, serian muy dichosas; y al decir esto la miraba de quando en quando con mucha gracia, y juntado las manos repetia: ¿no somos dichosas? Un dia que no pudo acudir al Refectorio, la llevaron la comida á la celda. Se quejó la Lega que la cuidaba, de que comia poco, y la exhortaba á que tomara alguna cosa mas para alimentarse. Se hizo violencia la BEATA quanto pudo por obedecerla, pero no permi-

mitiéndola hacerlo la repugnancia de su estómago, la dixo: *servete, Hermana, de guardarlo para la tarde, y yo lo tomaré.* Entró en esto la Priora, y viéndola la BEATA, la dixo con mucha humildad, que había cometido una gran culpa, de hacer que la guardaran la comida para la tarde, y con lagrimas, decia: *¡oh! ¡qué culpa! ¡ó Madre mía! yo no tengo un ápice de virtud, ni aun sé qué cosa es. ¡Decir una Religiosa que la guarden una cosa que por caridad la da la Comunidad como á las otras! Se que lo he dicho para que la Hermana no me importunase á comer mas, y sin intencion de que me diera despues lo que la decia que me guardara. Pero al fin hice mal, porque mi Hermana puede quedar mal edificada, y sea mi Madre lo que yo soy.* Quando se arrimaba al fuego estando sola, no podia sufrir que hubiera un tizon de mas, y algunas veces quitaba tantos que se apagaba el fuego, y habiéndola dicho una Monja, que era imposible que se calentara con tan poca lumbre, respondió: *Basta con lo preciso: mejor me caliento con poca lumbre, y hallo gran consuelo,*
por-

porque me acuerdo que soy pobre. ¡Quántos pobres hay que no tienen otro tanto, y están muriendo de frio!

CAPÍTULO XXIII.

Heroyca obediencia religiosa de la Beata María.

La obediencia de la BEATA MARÍA fué tan grande y tan puntual mientras vivió en la Religion, que dexó un singular exemplo y una memoria perenne de ella á quantos tuviéron la dicha de tratarla en aquel estado. En sus Preladas no consideraba mas que á Jesu-Christo, y así las profesaba un tierno amor y respeto, y tenia tal fe, que no se atrevia á hacer cosa alguna sin saber ántes su voluntad é intencion. Quando necesitaba de alguna cosa ya para su alma, ya para su salud corporal, acudia á ellas con la sencillez de una Novicia, ó de una niña. Sin embargo de que las Preladas la tenían dada una licencia general para hablar á las Monjas, y aun á las Novicias quan-

Cc do

do ella lo tuviera por conveniente para el bien de sus almas, era preciso que le renovasen estas licencias por el temor que siempre tenia de contravenir á sus intenciones, adelantándose á hacer su propia voluntad, ó seguir su dictámen. Era sumo el respeto que tenia á sus Prioras; y así viéndolas venir, se arrimaba para hacerlas paso; les hacia profunda reverencia, se ponía de rodillas, les besaba el Escapulario, les pedía la bendicion, y todo con tanta humildad, que se conocia bien lo persuadida que estaba de que en ellas veía y honraba á Dios. Quando le parecia que habia cometido alguna falta contra la observancia regular, iba al punto á decirsela humildemente á la Priora, y la pedía penitencia muchas veces con abundantes lágrimas. Era prontísima en acudir á todas las señales, ó roques de obediencia, dexando al punto qualquiera cosa que tuviera entre manos, y quando oía las campanas decia: *esta es señal de un gran Rey*. Quando estaba en Oracion, y despues de haber comulgado, estaba tan fuera de sí, que parecia estar enagenada de sus sentidos: con

con todo eso quando la decian que la llamaba la obediencia, luego volvía en sí, y se levantaba con tal priesa é imperu, que parecia iba á correr, aunque estaba obligada á caminar poco á poco por la molestia que le causaba el muslo tantas veces roto. Una víspera de la Natividad del Señor, pidió licencia para comulgar: la Priora sin reflexion la respondió: *haga su caridad lo que le parezca*. Oído esto, se abstuvo la BEATA de la Comunión contra lo que acostumbra, sin embargo de la solemnidad del día, y de la particularísima devocion que tenia á este divino Sacramento. Advirtiéndolo la Priora, y preguntándola la causa respondió: *Madre: V. R. me dixo que hiciera en ello lo que quisiera. Mas yo no me he atrevido á comulgar, porque nunca quiero hacer mi voluntad, ni en esto, ni en otra cosa, sino la de nuestro Señor, en cuyo lugar está V. R.* Guardaba un rigoroso silencio delante de la Priora, y quando ésta la preguntaba, la respondía en pocas palabras, y con tanto respeto y humildad, que si ésta no se lo hubiera estorbado, siempre la hu-

biera hablado arrodillada, ó á lo ménos de pie. En su presencia no se atrevia á levantar los ojos, y quando la mandaba, que se acercase á ella, quedaba toda cubierta de confusion, considerando su indignidad. Quando por la mañana, ó en otras horas del dia veia entrar en su celda, ó en la enfermeria á la Priora, no pudiendo arrodillarse por el trabajo del muslo, tomaba su Escapulario, y lo besaba con tanta humildad, que la Priora misma se llenaba de admiracion. En el año de mil seiscientos diez y seis á veinte y dos de Junio hizo el Señor Duval, uno de los Superiores de la Orden, que se celebrase la eleccion de Priora y Supriora en el Monasterio de Amiens. Salió electa por Priora una Monja de gran virtud, que residia en aquel Monasterio, y por Supriora Sor Maria de Jesus, hija primogénita de nuestra BEATA, y como la Priora nuevamente elegida no se hallaba presente, mandó el Señor Duval, que presidia la eleccion, que mientras se cantaba el *Te Deum* llegasen todas las Monjas á prestar la obediencia á la Madre Supriora.

priora. Quando tocó á las Legas el llegar, la BEATA se acercó á su Hija con una reverencia y humildad tan profunda, que parecia quererse confundir con la tierra. Las lágrimas de la Hija, y la profunda sumision de la Madre, enterneciéron de tal suerte á la Comunidad, que el Superior se vió precisado á decir á la BEATA: *vaya: basta, basta.* Desde aquella hora respetó tanto á la Hija, que por mas que ésta se lo prohibiese, jamas la llamó sino con el nombre de Madre, y aun con reflexion la rindió mayores obsequios, porque temia, que siendo Hija suya, pudiese el afecto maternal disminuir algo del respeto y obediencia, que la debia como á su Supriora. Quien no supiese, que era Hija suya aquella, hubiera creído firmemente al verla en su presencia, con tanta humildad, que estaba delante de una persona á quien miraba con el mayor temor. Sentia un contento muy particular en pedirle licencia para quanto se la ofrecia, y quando la Hija sin advertirlo, la contradecia en alguna cosa, ella al instante cedia con su dulzura y sencillez la mas admirable.

Quan-

Quando la Madre Superiora, su Hija, entraba en la enfermería, ó en otro qualquier lugar, donde estuviere la BEATA, ésta se levantaba, y perseveraba de pie, con tal respeto y reverencia, que no pudiendo tolerarlo la Hija, se arrodillaba delante de la Madre, y desecha en lágrimas la rogaba, que no la tratase de aquella manera, para no ponerla en la precision de privarse del consuelo, que tenia de venir á hablarla. Se hallaba enferma la BEATA en una ocasion, y su Hija la llevó un reparo para que lo tomase: pareciola que no tenia mucha necesidad, y con palabras agradables lo rehusó, pero reflexionando que era la Madre Superiora quien se lo daba, lo tomó inmediatamente, y dió esta humilde disculpa: *Madre mia, no habia advertido que era V. R.* Se vió por último obligada á moderar algun tanto el respeto y sumision á la Hija, particularmente quando las dos se hallaban solas, por no causarla tanta afliccion y pena; pero delante de la Comunidad no se dispensó ni en un punto, de suerte, que ni por sorpresa, ni por descuido nunca la

vió-

viéron cometer, la mas pequeña falta de obediencia y respeto, cosa que causó á toda la Comunidad una grandisima edificacion, y que la obligó no pocas veces á llorar de ternura. Quando llegó la nueva Priora permitió Dios, que por medio de ella tuviese la BEATA muchas ocasiones de exercitar la virtud. Quantas veces acudia á ella en las urgencias que la ocurrian, siempre la trataba con aspereza, negándola hasta las cosas mas mínimas, oponiéndose en todo á su voluntad, y dando á veces órdenes y mandatos contrarios y opuestos entre sí. En una palabra, aunque debiese agradecer á la BEATA haber entrado en la Religion, ella mostrándose como olvidada de este beneficio, y de todos los demas, la trataba como á la persona mas odiosa y mas vil, todo con la mira de exercitar su heroica virtud. Conoció que la nueva Prelada no gustaba de que hablase con las Monjas para dirigir su espíritu, como solia hacerlo de orden de la Priora anterior, y por voluntad de los Superiores, y por esta razon, puso el mayor cuidado en no darla motivo de disgusto

sobre este particular. Fueron muchas las ocasiones, en que se vieron en competencia entre sí la caridad y la obediencia de la BEATA, á causa del género de gobierno de la nueva Priora, en el espacio de los ocho meses, que esta estuvo en Amiens, pero en todas estas competencias, siempre fué de la obediencia la victoria. Un día en que se hacia una Procesion al rededor del Jardin del Monasterio, esta Priora que ignoraba quán trabajoso le era el andar á la BEATA, la dexó ir en la Procesion con todas las otras, y como debian ir delante las Legas, esto mismo la precisaba á andar mas de prisa de lo que podia. El Jardin era muy grande, y habia que andar un largo trecho todo lleno de piedras y ramas, donde tropezando muchas veces caia en tierra. Movidas las Monjas á compasion al verla en tal trabajo, la dixéron que se parase, y á este efecto la proporcionaron una silla; mas ella no quiso admitir este alivio, porque la Priora no se lo habia mandado, y rogó á las Religiosas, que la dexaran proseguir sin dar lugar á que la Priora advirtiese su gran

gran penalidad. No era inferior á ésta el obsequio y obediencia que rendia á los Superiores de la Orden. Jamas los hablaba sin postrarse primero lo mejor que podia para recibir su bendicion, y en su presencia siempre se mantenía con los ojos baxos. El simple mandato de un Superior ó Confesor tenia para ella mas peso, que quantas razones se la podian ofrecer, y en obedecerle sentia tanto gusto, que se dexaban ver las señales mas claras de esta verdad hasta en su rostro.

CAPÍTULO XXIV.

Heroica castidad religiosa de la Beata María, y otras singulares acciones.

El amor que tenia la BEATA á la castidad religiosa, nada lo acredita mejor, que la admirable compostura de su porte, y los continuos y fervorosos discursos, que hacia á sus Monjas para inspirarlas sentimientos de justa estimacion de esta hermosa virtud, y los que hacia de su agradecimiento al Al-

que observaba esta práctica, que quedaban edificadas y conmovidas todas las Religiosas. Se admiraban muy mucho al oirla desmembrar todas las circunstancias de la imaginada culpa, y en buscar los defectos mas mínimos para acusarse de ellos, é implorar de la Priora la oportuna penitencia. Su caridad para con las Monjas era tan grande, que no hubo ocasion, en que no diese de ella las pruebas mas patentes. Lo mismo era decir alguna Monja á la Priora, que necesitaba de quien la ayudase en sus fatigas, quando inmediatamente se ofrecia ella, y podia licencia para ayudarla. En qualquier lugar, ú ocupacion que se hallase, si advertia que podia exercer algun acto de caridad, con la mayor presteza se aprovechaba de la ocasion. Quando las Monjas se calentaban en la recreacion en tiempo de Invierno, aunque ella padeciese mucho frio, daba lugar á las otras, y llegaba la última, y si la Priora la obligaba á que se acercase, se ponía siempre en aquel lugar, en que se incomodase lo ménos que fuese posible. Era infatigable su caridad con las Religiosas enfermas, pasan-

do

do los días casi enteros en hacerlas compañía, aunque ella estuviere incomodada, y no muy robusta; y quando alguna de ellas no queria permitir que la sirviese, se quejaba graciosamente, y decia: *Hermana mia, quando su caridad me priva de este consuelo, señal es de que no me quiere mucho.* Sucedió en una ocasion, que por olvido no se dió á una enferma cierta cosa que apetecía, y la BEATA quedó tan afligida de no poder satisfacer el deseo de su Hermana, que la corrian las lágrimas de los ojos, y acercándose á ella la dixo, con semblante gracioso: *Vamos, Hermana mia; es necesario contentarse: nosotras somos pobres: quando pedimos alguna cosa, y se olvidan de suministrarla, es necesario, sin remedio, llevarlo con alegría; es necesario experimentar los efectos de la pobreza: es necesario, en fin, aceptar con gusto quanto nos pueda suceder, persuadidas de que todo lo permite el Señor.* Quando veia á alguna impaciente en sus males, advertia á la que estaba destinada para asistirle, cómo debia conllevarla, y conducirse con la enferma: á ésta la instruía quanto podia con sus

con-

consejos, la hablaba largos ratos, y dexaba sus voluntarias devociones por contentarla con su compañía, que era sumamente apeteccida y apreciada de todas. No solamente procuraba la BEATA asistir á las enfermas, compadecerse de ellas, y animarlas con su dulzura natural, sino que las consolaba tambien en las aflicciones de su interior, y debilidad de su espíritu. Era en esto admirable, y como Madre llena de caridad y ternura, enfermaba con las enfermas. Por tanto, si alguna Religiosa la llegaba á decir, quando ella se hallaba en el mayor fervor de su oracion: *Hermana mia, yo necesito hablar con su caridad*; al punto lo dexaba todo, y marchaba con una imponderable suavidad de espíritu á dar cabal satisfaccion sobre lo que la comunicaban. Jamas se mostró fatigada ni cansada, á fin de que con libertad la buscasen las Religiosas á todas horas, y en todas ocurrencias, queriendo mas bien incomodarse en algo, que privarlas á ellas del espiritual consuelo, y repitiendo freqüentemente las palabras del Apóstol: *la caridad todo lo sufre: ella es benigna, y es tambien*

paciente. En el mayor rigor de sus enfermedades no podia sufrir, que porque ella descansase, no dexasen entrar á las Monjas, quando ivan á buscar en ella, por medio de sus consejos y discursos, el consuelo de sus interiores trabajos, y por esta razon suplicó á la Priora con grandes instancias, que las dexase entrar con toda libertad, y que la dixesen de cerca quanto se las podia ofrecer. Pero su caridad no se ciñó al lugar donde residía tan solamente, pues si sabia que se hallaba algun Monasterio con pocas facultades, se compadecía, y lo encomendaba fervorosamente á Dios, y aun lo recomendaba á quantas personas conocia, que la podian favorecer. En las horas que la quedaban libres, despues de sus ejercicios espirituales, y obras de caridad, nunca la vieron ociosa, y quando sus enfermedades la dexaron sin las fuerzas necesarias para los ejercicios mas laboriosos de su condicion de Lega, su virtud la hacia hallar ocupaciones proporcionadas á su debilidad, ó limpiando la verdura para la cocina, ó haciendo alguna labor de aguja para la Sacristía, ó co-

sas semejantes; y quando hallaba la ocasion de ocuparse en alguna cosa baxa y despreciable, eso era en lo que sentía su alma un consuelo indecible. Con tal esmero se ocupaba en todo lo que correspondía á su condicion todos los dias, mientras fué Religiosa, que las Monjas no podian mirar, sino con grande maravilla, que su espíritu noblemente educado ocupado en cosas grandes y decorosas mientras vivió en el mundo, y lo que es mas que todo, que un espíritu tan absorto y ocupado en Dios, que su vida no parecia sino un éxtasis continuado, pudiese atender con tanta presteza, alegría y conato á unas cosas de tan poco momento. Mas á los ojos de una fe, de una esperanza y una caridad heroyca nada hay pequeño, ni de poca entidad, quando eso conduce al cumplimiento de la voluntad de Dios.

CAPÍTULO XXV.

Muerte de la Beata María.

Estas eran las acciones, en que se exercitaba en la Religion generosamente la BEATA MARÍA, quando enfermó de muerte en el Monasterio de Pontoise, donde la destinaron los Superiores de la Orden en el año de mil seiscientos diez y seis. El principio de su enfermedad fué una inflamacion del pulmon, que empezó á padecer el Miercoles siete de Febrero del año de mil seiscientos diez y ocho. La Priora viéndola enferma de tanto peligro, la preguntó si habia tenido alguna revelacion de que moriria de aquella enfermedad, á lo que ella respondió: *no, Madre mia: y añadió, yo no deseo tener revelacion alguna; ruego á Dios que no me la conceda, ni me haga saber el tiempo y hora de mi muerte: solo deseo que me asista en aquel momento con su gracia y misericordia.* Al sexto dia se mejoró, y se sintió aliviada; pero se mantuvo la calentura con un

sas semejantes; y quando hallaba la ocasion de ocuparse en alguna cosa baxa y despreciable, eso era en lo que sentía su alma un consuelo indecible. Con tal esmero se ocupaba en todo lo que correspondía á su condicion todos los dias, mientras fué Religiosa, que las Monjas no podian mirar, sino con grande maravilla, que su espíritu noblemente educado ocupado en cosas grandes y decorosas mientras vivió en el mundo, y lo que es mas que todo, que un espíritu tan absorto y ocupado en Dios, que su vida no parecia sino un éxtasis continuado, pudiese atender con tanta presteza, alegría y conato á unas cosas de tan poco momento. Mas á los ojos de una fe, de una esperanza y una caridad heroyca nada hay pequeño, ni de poca entidad, quando eso conduce al cumplimiento de la voluntad de Dios.

CAPÍTULO XXV.

Muerte de la Beata María.

Estas eran las acciones, en que se exercitaba en la Religion generosas la BEATA MARÍA, quando enfermó de muerte en el Monasterio de Pontoise, donde la destinaron los Superiores de la Orden en el año de mil seiscientos diez y seis. El principio de su enfermedad fué una inflamacion del pulmon, que empezó á padecer el Miercoles siete de Febrero del año de mil seiscientos diez y ocho. La Priora viéndola enferma de tanto peligro, la preguntó si habia tenido alguna revelacion de que moriria de aquella enfermedad, á lo que ella respondió: *no, Madre mia: y añadió, yo no deseo tener revelacion alguna; ruego á Dios que no me la conceda, ni me haga saber el tiempo y hora de mi muerte: solo deseo que me asista en aquel momento con su gracia y misericordia.* Al sexto dia se mejoró, y se sintió aliviada; pero se mantuvo la calentura con un

vehemente dolor de cabeza, sintiendo al mismo tiempo una desazon interior y exterior, que la tenia mortificada en todo su cuerpo, y la quitaba el sueño enteramente. Se mantuvo en este estado la enfermedad hasta el dia veinte y quatro del mismo mes, en el que fué acometida de una aplopegía y perlesía, accidentes que se le agravaron da tal manera, que todas las Monjas creyeron no saliese del dia, y aun la misma enferma lo llegó á creer así, sintiendo en esto un contento particular. Al siguiente dia se desvaneció todo, y vino á quedar solo con sus enfermedades ordinarias, aunque mucho mas debilitadas y perdidas las fuerzas. Á la una del dia dos de Marzo la sobrevino una convulsion, que empezó con perlesía en una mano: perdió el habla, y toda sensacion del cuerpo por el espacio de tres horas largas en dos veces, á presencia del Confesor, del Médico y del Cirujano. Luego que pasó la violencia de este acceso, se le administró el Sagrado Viatico por dictamen de los Profesores, y ella le recibió con tal fervor de espíritu, y hablando al

al Señor con tan amorosas y tiernas expresiones, que quedaron edificados y compungidos todos los circunstantes. Sintióse muy agravada al siguiente dia, y aunque se alivió al anochecer, pero quedó muy debilitada, porque además del mal y tormentos que habia sufrido, no habia podido absolutamente reconciliar el sueño. El dia quatro de Marzo, una hora despues de la media noche, la repitió otro violento accidente convulsivo, semejante al otro, sin mas diferencia, sino que fué uno solo. Quando iba el accidente remitiendo su fuerza, era un espectáculo dulcísimo y suavísimo ver á la BEATA con su pequeño Crucifixo en las manos, y oirla hablar con Dios, con nuestro Señor Jesu-Christo, y su Madre Santísima, sobre su cercana muerte, que esperaba con fortaleza y amor sin atemorizarse. La Religiosa que durante la tribulacion la sostuvo en sus brazos, no pudo evitar que notase algunas señales de su dolor al verla tan á peligro de morir, y habiendo la BEATA advertido su pena, la dixo con un valor y fortaleza maravillosa: ¡Ah! Hermana

mia: yo ruego á su caridad, que no se asuste: ¿acaso no es preciso morir? Muera yo en hora buena, y hagame su caridad la gracia de llamarme á mi Confesor. Llamósele al momento, y se acercó á la Enferma, pero la halló tan engolfada y transportada en Dios, y en la consideracion de su grande misericordia, que nada oía de quanto él la decia, ni él la oía decir ni profetir sino estas palabras: ¡ó Dios mio! qué misericordia tan grande para conmigo: qué misericordia: ¡ó qué misericordia tan grande! Pasóse en esto mucho tiempo, y por último preguntándole la el Confesor si queria confesarse, respondió que sí, mas no pudo hacerlo por hallarse su espíritu transportado en Dios, y á qualquiera cosa que se le preguntase, no contextaba, sino con estas tiernas y patéticas expresiones: ¡ó mi Dios! misericordia infinita: qué bondad tan grande: qué grande misericordia para con esta vuestra pobre criatura: ¡ah misericordia infinita! Despues de esto la repitieron fuertes convulsiones, que con su violencia la maltrataron mucho, y volvió á perder el habla y sensacion del

cuer-

cuerpo, pero siempre se mantuvo ocupado y fixo en Dios su espíritu, y habiéndole preguntado despues, que habia hecho durante aquel silencio, y si habia estado pensando en su Dios, ella respondió: *creo que sí. Luego que las convulsiones cesaron, y á que se aplicaron los remedios, que los Médicos juzgáron oportunos, se le administró el Sagrado Viático por tercera vez, que recibió con grandísimo fervor y expresiones de amor de Dios, repitiendo frecuentemente estas palabras: ¡ó gran Jesus! venid mi Señor: venid mi Jesus, y no tardeis en venir: venid, mi Señor, y si es de vuestro agrado, hacedme la gracia de no tardar mucho. La Priora, que con todas las Religiosas creía estar muy próximo el momento, en que Dios la llevase para sí, la preguntó qué gracia habia de pedir al Señor en favor de todas, luego que estoviese en el cielo. Ella, despues de una breve pausa, como quien lo pensaba, respondió con la reverencia que acostumbrió toda su vida: *suplicaré á mi Dios, que las intenciones de Jesu-Christo, tengan en todas un pleno efecto.**

Ro-

Rogóla también la Priora, que diese la bendición á las Monjas, y ella levantando los ojos y las manos al cielo dixo: *Dios mio: yo os pido perdon del mal exemplo, que las he dado, y de la falta de caridad que con mis Hermanas he tenido: y con esto encomendándolas á Dios amorosamente, las dió su bendición, la que quiso la Priora que diese otras dos veces á intencion suya, y ella la dió como se lo mandaba. Se sintió tan agravada en todo aquel dia, que á cada momento la parecia que iba á espirar, pero su espíritu se conservaba tan sano, tan libre y vigoroso como si no hubiera padecido mal ó dolor ninguno; y llegando el Médico á visitarla, y preguntándola cómo se sentía, ella le respondió: ¡oh mi Señor, qué cosa tan suave es estar una criatura en las manos de Dios: qué dulce cosa es esta!* Cerca de las ocho de la noche se sosegó, como una persona que duerme dulcemente, cosa que en los dias anteriores no habia podido lograr, á causa de la extrema molestia que sus grandes males la daban todas las noches por lo comun. A la siguiente ma-

ña-

ñana quedó su espíritu como sorprendido, viéndose todavía viva sobre la tierra, y dixo á las Religiosas: *¡Ah! yo no tengo ya cosa alguna que hacer en la tierra: me es materia de sufrimiento el volver casi de nuevo á vivir: yo tengo el espíritu totalmente trocado, y á mi misma no me conozco: la vida me es gravosa y penosa: pero si quiere mi Dios que todavía viva en este estado, yo también lo quiero: llegando á este mismo tiempo la Priora, la dixo: *Hermana mia, según está su caridad de sobresaltada, creo que ha visto firmada la sentencia de la continuación de su destierro sobre la tierra: á lo que ella respondió: en verdad, Madre mia, que sufro mucho en ver, que todavía vivo, mientras nada me resta en la tierra que á mi me parezca; mas ya que vivo, me es preciso dar principio á una vida nueva para acabar de corregirme con la ayuda de Dios. En el Miércoles catorce del mes de Marzo, fixó los ojos por mucho tiempo, con grande atención y devorísimo afecto, en un quadro de Christo crucificado, que estaba al pie de su cama, y quedó tan suspensa y fixa en esta**

con-

contemplacion, que parecia estar en un éxtasis; pero en lo mejor, y á las dos de la mañana fué de nuevo asaltada de sus convulsiones con mas violencia de lo acostumbrado; y llegaron á tal punto los insultos, los dolores y los desvanecimientos y vahidos de cabeza, y de todo el cuerpo en los dias siguientes, que la hacian dar voces, diciendo: *qué dolores son estos, qué dolores? Casi se me acaba la paciencia. Por caridad Madres, rueguen á Dios que me dé conformidad.* Pero luego volvía, y repetía: *Dios mio haecme la gracia de que yo padezca. No me dexéis morir sin padecer.*

El Juéves Santo, que era el dia diez de Abril, la llevaron la Sagrada Eucaristia, que recibió con su acostumbrada devocion y fervor; pero por la noche, entrando el Viérnes Santo, la acometió un acceso de convulsiones, que la duró tres quartos de horas; con la fuerza se mordía la lengua, sin saber lo que hacia, y se cortó con los dientes un pedazo de ella; lo qual todo el Viérnes y Sabado siguiente, la causó agudisimos dolores, y mas quando habia de tomar al-

gun

gun alimento. Vuelta del dicho acceso, las primeras palabras que articuló, fueron: *¡oh! ¡qué contenta estoy, y qué satisfecha del estado en que me hallo! ¡ó Dios mio, qué contenta estoy! ¿de dónde me viene á mi padecer alguna cosa por vos?* Despues de algunas horas pidió que la levantaran, y llevaran al Coro, mas viendo la Religiosa que la asistía, que estaba muy débil y agravada, procuró persuadirla á que nuevamente se echase. En este tiempo entró la Priora, y viéndola la BEATA la suplicó humildemente que la conduxesen al Coro, diciendo: *Madre mia, una cosa suplico, si á V. R. parece bien que me permita ir á dar gracias á Dios por tantas mercedes como me hace.* La Priora enternecida de su fervor, la otorgó quanto pedía; y así, habiéndola llevado al Coro estuvo allí como hora y media, que fué lo que duró el Oficio del dia, empleándose en fervorosisima Oracion, en besar y adorar la santa Cruz, que pidió la pusieran en las manos, bañándola con devotas lagrimas, sin embargo de que sus dolores, señaladamente de la cabeza eran tanto mas intensos

Ff

de

de lo acostumbrado, que fué preciso sostenerla quasi todo el tiempo que duró esta Oracion. Vuelta á su cama fué mucho lo que padeció como solía. Pero al dia siguiente sin hacer caso de sus tormentos, rogó que la llevaran á Misa, y la oyó hasta el fin. Á las quatro de la tarde del Sábado Santo pidió que la levantaran de nuevo para confesarse, con la esperanza de comulgar el dia de Pasqua. Y habiéndose confesado con profunda humildad, y copiosísimas lágrimas, y vuelta á su cama, la asaltaron con tal vehemencia sus dolores internos y externos, y la fatigaron tanto aquella noche, que aunque suplicó la levantaran para comulgar, la Priora no quiso venir bien en ello. Pasó muy mal el dia de Pasqua, y la noche siguiente, sin oír ni hablar palabra. Pero habiendo cesado algun tanto la fuerza del mal, la mañana del Lunes la llevaron la Sagrada Comunión, despues de haberse confesado de nuevo: y todos los circunstantes tuvieron el consuelo de ver en medio de tantos y tan diferentes achaques, que en vez de menguar iban siempre de au-

men-

mento los hábitos heroicos de su fe, su esperanza, su caridad, de su resignacion, de su humildad, y de su paciencia. El Martes por la mañana la violencia del mal la causó un letargo, aunque sin perder del todo el uso de los sentidos. Viéndola á sí la Monja que la asistía, la preguntó, *si moriría con gusto*: á lo que respondió: *Hermana, no quiero vivir ni morir: solo quiero lo que quiere Dios, y nada mas*. Lo qual repitió cinco ó seis veces con voz firme, y con fervor de espíritu singularísimo. La mañana del Miércoles se adormeció, no habiendo dormido nada la noche antecedente; y el Médico fué de dictámen que la dexaran dormir quanto quisiera sin despertarla. Mas no fué sueño, sino una continuacion del letargo que la habia cogido el Martes, como se entendió de que se la oyó responder con acierto á quantas preguntas la hacian. Á las dos de la misma mañana la preguntó la Priora, cómo la iba, á lo que respondió: *Madre, mejor me hallo gracias á Dios*. Como una hora despues tornó á preguntarla: en qué habia pensado durante su adormecimien-

Ff 2

to;

to; y poniendo las manos sobre el pecho como quien mostraba la confusion que sentia su humildad de haber de descubrir lo interior de su corazon, dixo: *en Dios, Madre mia.* Estas fueren sus últimas palabras, por que acometida de tres accesos de convulsiones, uno tras otro, ya no la dexáron hablar mas palabra. En esto llegó de París el Señor Duval, su antiguo Director, quien oyendo que la BEATA estaba en el último trance de espirar, y sin sentido, al punto fué á su celda para poderla administrar á lo ménos la Santa Uncion. Y mientras iba haciéndolo con las ceremonias que prescribe el Ritual Romano, entregó la BEATA su Alma á Dios, á quien siempre habia amado y deseado, á los cinquenta y tres años de su edad, entre cinco y seis de la tarde del dicho Miércoles, que fué el diez y seis de Abril de mil seiscientos diez y ocho.

DIRECCION GENERAL DE
PAR-

PARTE SEGUNDA.

VIDA

DE LA BEATA

MARIA DE LA ENCARNACION,

MONJA CONVERSA PROFESA,

DEL ORDEN

DE CARMELITAS DESCALZAS,

Y SU FUNDADORA EN FRANCIA.

CAPITULO PRIMERO.

Fama y opinion de santidad en que vivió y murió la Beata María.

Fue tal y tan grande el concepto y estimacion que toda clase de gentes, aun las mas respetables, tuvo siempre de la piedad singular, y santidad heroyca de la BEATA MARIA, mientras vivió, que apenas se supo su di-

to; y poniendo las manos sobre el pecho como quien mostraba la confusion que sentia su humildad de haber de descubrir lo interior de su corazon, dixo: *en Dios, Madre mia.* Estas fueren sus últimas palabras, por que acometida de tres accesos de convulsiones, uno tras otro, ya no la dexáron hablar mas palabra. En esto llegó de París el Señor Duval, su antiguo Director, quien oyendo que la BEATA estaba en el último trance de espirar, y sin sentido, al punto fué á su celda para poderla administrar á lo ménos la Santa Uncion. Y mientras iba haciéndolo con las ceremonias que prescribe el Ritual Romano, entregó la BEATA su Alma á Dios, á quien siempre habia amado y deseado, á los cinquenta y tres años de su edad, entre cinco y seis de la tarde del dicho Miércoles, que fué el diez y seis de Abril de mil seiscientos diez y ocho.

DIRECCION GENERAL DE
PAR-

PARTE SEGUNDA.

VIDA

DE LA BEATA

MARIA DE LA ENCARNACION,

MONJA CONVERSA PROFESA,

DEL ORDEN

DE CARMELITAS DESCALZAS,

Y SU FUNDADORA EN FRANCIA.

CAPITULO PRIMERO.

Fama y opinion de santidad en que vivió y murió la Beata María.

Fue tal y tan grande el concepto y estimacion que toda clase de gentes, aun las mas respetables, tuvo siempre de la piedad singular, y santidad heroyca de la BEATA MARIA, mientras vivió, que apenas se supo su di-

dichosa muerte, fué muy grande el concurso del pueblo que acudió à venerar su cadáver, diciéndose unos à otros: *ha muerto la Santa: la Santa ha muerto.* Todos mostraban la tierna devocion que la tenian, dando sus Rosarios para tocarlos en su cadáver, ó solicitando lograr alguna de sus cosas como reliquias. Duró esta concurrencia hasta muy caída la tarde del Jueves, que fué quando lleváron el Cuerpo al Coro del Monasterio: y fueron tales las voces de las gentes, durante todo el Oficio, que no se oían unas à otras las Monjas que lo cantaban. El Viernes por la mañana fué el sagrado Cuerpo honrado de los Eclesiásticos, con algunos motetes en música; y toda la gente principal de la Ciudad, igualmente que el pueblo que acudió de nuevo, diéron muestras de su gran devocion à la BEATA. Cantada solemnemente la Misa y demas Preeces de difuntos, se llegó al acto de darle sepultura. Para esto el Señor Duval, de cuya mano habia recibido la BEATA el Hábito Religioso, entró con otros muchos Eclesiásticos en el Coro, y quitando de allí el santo Cuerpo,

po, fué llevado con las acostumbradas ceremonias dentro del claustro, y colocándolo en una caja de madera, sin mas adorno, le enterráron. Mas no se entibió con esto la devocion del pueblo con la BEATA: ántes con la noticia que mas y mas se iba divulgando de sus virtudes heroicas, y con las gracias que el Señor hacia por su intercesion, se aumentó mas en todas las partes del Reyno. De cien leguas de distancia y mas, acudian muchas personas únicamente al Pontoise à visitar su sepulcro, y cumplir votos que hacian, ó para implorar algun favor por su intercesion, ó para dar gracias por los recibidos. La Reyna, Madre del Rey Christianísimo Luis XIII., hizo un viage à Pontoise, solo por visitar el sepulcro de la BEATA, y para encomendar à su intercesion los negocios importantes del Reyno, haciendo allí larga oracion. Y como la Priora la diera algunas Reliquias de la BEATA, mostró tal contento, que mostrándolas à sus Damas, decia: *ved lo que me ha dado la Madre Priora: yo lo pondré en mi caxita de oro.* La Reyna, muger del dicho Luis

Luis XIII. , fué asimismo á Pontoise algunas veces con el mismo fin de visitar el sepulcro de la BEATA , orando sobre él despaacio , y teniendo gran complacencia de entrar en la celda en que habia muerto , y diciendo que en ninguna parte se hallaba mejor que allí , y por amor que tenia á la BEATA dió al Monasterio una rica Custodia , preciosamente esmaltada. Las demas Princesas y Señoras del Reyno , con licencia del Papa , entraron muchísimas veces tambien en el Monasterio para hontar el sepulcro , besando la lapida que lo cubria , con tierna devocion , tocando en ella sus Rosarios , y prestando igual honor á su celda , y arrojandose junto al lecho , que besaban con grande reverencia. Qué mas : el mismo San Francisco de Sales , de intento fué desde Paris , donde se hallaba , á Pontoise , para orar delante del sepulcro de la BEATA , y honrar los venerables despojos que en él se encerraban : y Santa Juana Francisca Chantal viajando á visitar algunos de sus Monasterios , y llegando á Pontoise tuvo á gran ventura haber podido ofrecer el homenaje de su de-

vocion al sepulcro de nuestra BEATA. Además de esto , sus imágenes y sus reliquias eran buscadas , como de una Santa , de todas las partes del Reyno : y luego que se imprimió la historia de su vida fué tan bien recibida del pueblo , que en el breve espacio de doce años , despues de su muerte , se hicieron siete distintas ediciones. En el dia correspondiente al de su muerte , era tan grande en cada año el concurso del pueblo á Pontoise , para visitar á la BEATA , que apenas bastaba , ni la Iglesia , ni los átrios del Convento , llamando todos aquel dia la fiesta de la BEATA , el qual concurso se verificó ya el primer año de su muerte. Finalmente las deposiciones juradas de la Venerable Magdalena de San Joseph , cuyas virtudes en sumo grado heroicas , están aprobadas por el Reyante Pontífice Pío VI. , y la Carta de San Francisco de Sales , puesta en el Prefacio de este Libro , sirven de prueba de quán dignas eran las virtudes y santidad de esta grande alma , de aquella memoria eterna entre los hombres , que el Señor tiene prometida á sus fieles Siervos.

CAPÍTULO II.

Procesos hechos para la solemne Beatificacion
de la Beata María.

Mas no paró aquí la veneracion y estima de los Soberanos, de los Prelados, y del pueblo de Francia con la BEATA MARÍA DE LA ENCARNACION. Apenas pasados quatro años despues de su muerte, viendo el Ilustrísimo Señor Francisco de Harlay, entónçes Arzobispo de Rems, que por los muchos prodigios que Dios obraba por su intercesion, se iba aumentando mas y mas la devocion de los pueblos con nuestra BEATA, creyó era obligacion de su oficio Pastoral formar un Proceso informativo, sobre la fama de su santidad, virtud y milagros. Para esto por medio de sus cartas, con fecha de diez y ocho de Septiembre de mil seiscientos veinte y dos, y veinte y tres de Marzo de mil seiscientos veinte y tres, comisionó á los Presbíteros Carlos de Boves, y Juan de Aureaux, que fuéron sucesivamente Vicarios

rios Generales de dicho Arzobispo en Pontoise; y éstos finalizáron el Proceso, que se les habia encargado, el año de mil seiscientos veinte y siete. Presentado en Roma este Proceso el mismo año á la Congregacion de Ritos, ésta, en el dia veinte y siete de Enero de mil seiscientos veinte y nueve, nombrando por Ponente de la Causa al Eminentísimo Señor Cardenal Muti, le encargó el exámen y relacion de él. Entre tanto, desde el año de mil seiscientos veinte y ocho, la Reyna Catalina de Medicis, que tenia bien conocida á la BEATA, y sabia muy bien la estimacion que los Franceses de todas gerarquías hacian de sus heroycas virtudes, y de las gracias y milagros que el Señor obraba todos los dias por su intercesion, no quiso dexar de pasar sus mas eficáces oficios con el Romano Pontífice Urbano VIII. que entónçes ocupaba la Silla de San Pedro, á fin de que mandara comenzar la causa de la solemne Beatificacion de esta exemplarísima Muger. En consequéncia de estos oficios, de otras cartas que para el mismo efecto escribiéron varios Personages de los mas

respetables de Francia, y de la relacion favorable que la Congregacion de Ritos hizo al mismo Pontífice, decretó su Santidad de su mismo puño, con Breve del mes de Agosto del dicho año de mil seiscientos veinte y nueve, que la mencionada Congregacion examinara esta causa á nombre de la Santa Sede, y al mismo tiempo dispensó en la Sumaria del Proceso, sobre la fama de santidad *in genere*. Luego el veinte y dos del Septiembre siguiente, junta la Congregacion de Ritos, y oída la relacion del Eminentísimo Señor Ponente, expidió las Letras Dimisorias y Compulsivas, en virtud de las quales, el año de mil seiscientos treinta se comenzaron los Procesos Apostólicos, sobre las virtudes y milagros *in specie* de la BEATA en varias Ciudades de Francia, esto es, en el Pontoise, donde estaba sepultada, en París donde habia nacido y vivido casi toda su vida, en Amiens, en Orleans, en Suatres, en Noyon, en Sens, y Verdán, y se concluyéron el año de mil seiscientos treinta y tres, y el siguiente de mil seiscientos treinta y quatro, se presentaron en Roma á la

Sa-

Sagrada Congregacion, y con su autoridad se abrieron. Sucedió este año, que obruvieron fuerza de Ley los Decretos emanados del Pontífice Urbano VIII., de feliz memoria, para fixar una regla en los exámenes de Causas de Beatificion y Canonizacion. En ellos, entre otras cosas, se prohibía para lo venidero proponer y revolver el Dubio sobre las virtudes en grado heroyco de los Siervos de Dios, cuya Beatificacion se solicitaba, hasta que hubieran pasado cinquenta años despues de su muerte: y tal prohibicion fué preciso que suspendiera la Causa de la BEATA por espacio de treinta años, y quando concluido este término, debian las Monjas de su Monasterio de Pontoise haberla promovido de nuevo, no les volvió á ocurrir mas. Pero Dios, que jamas se olvida de sus fieles Siervos, despertó el año de mil setecientos ochenta y uno los ánimos de aquellas Religiosas á favor de esta Causa, que tanto tiempo hacia estaba en silencio, con tal fervor, que dando Poderes legítimos, nombraron un Postulador, que solicitase en Roma su conclusion y término, y á instancia de este

nom-

nombro el Papa Pío VI. por Ponente de la dicha Causa á su Alteza Real, el Eminentísimo Señor Cardenal, Duque de York, Arzobispo de Tusculi, y Vice-Canciller de la Iglesia Romana. Casi al mismo tiempo los Cardenales, Arzobispos y Obispos de Francia, en su Junta de Clero en París, y otros ilustres Personages, así de la Gerarquía Eclesiástica, como del Magistrado público, hicieron por medio de sus cartas las mas vivas instancias al dicho Pontífice Reynante, para la feliz conclusion de esta causa. Pero la que entre todos debe mencionarse con el mas sincero agradecimiento en esta piadosa empresa, es la Serenísima Luisa de Borbón, hija del difunto Rey de Francia Luis XV., Monja Carmelita Descalza profesa, llamada en la Orden Sor Teresa de San Agustin, que murió el dia veinte y tres de Diciembre de mil setecientos ochenta y siete, en grande reputacion de piedad christiana. Deseando tanto, como el que mas de los Franceses, ver puesta en el Catálogo de los Beatos, y aun de los Santos por la Santa Silla Apostólica Romana, á la BEATA MARÍA, á mas

mas de las sumas, que para esta Causa franqueó con magnificencia, digna de su Real cuna, y de su piadoso corazon, escribió una Carta á nuestro Santísimo Padre Pío VI., con fecha de diez y ocho de Noviembre de mil setecientos ochenta y dos, que por ser un testimonio auténtico de la Religion de su grande Alma, y de la grande estimacion y devocion que tenia á nuestra BEATA, tengo por justo copiarla aquí.

BEATÍSIMO PADRE:

La tormenta que ha destruido una parte del Carmelo, ha llenado de desolacion á todas las otras, y ha cubierto con las sombras de los mas espantosos nublados todo aquel Sagrado Monte. En tan grade confusion de cosas, la paternal bondad de V. Santidad que nos asegura, no es posible que dexé de tener parte en nuestros desconuelos, enjuga las lagrimas que el dolor nos hace derramar. Pero este consuelo, Santísimo Pa-

nombro el Papa Pío VI. por Ponente de la dicha Causa á su Alteza Real, el Eminentísimo Señor Cardenal, Duque de York, Arzobispo de Tusculi, y Vice-Canciller de la Iglesia Romana. Casi al mismo tiempo los Cardenales, Arzobispos y Obispos de Francia, en su Junta de Clero en París, y otros ilustres Personages, así de la Gerarquía Eclesiástica, como del Magistrado público, hicieron por medio de sus cartas las mas vivas instancias al dicho Pontífice Reynante, para la feliz conclusion de esta causa. Pero la que entre todos debe mencionarse con el mas sincero agradecimiento en esta piadosa empresa, es la Serenísima Luisa de Borbón, hija del difunto Rey de Francia Luis XV., Monja Carmelita Descalza profesa, llamada en la Orden Sor Teresa de San Agustin, que murió el dia veinte y tres de Diciembre de mil setecientos ochenta y siete, en grande reputacion de piedad christiana. Deseando tanto, como el que mas de los Franceses, ver puesta en el Catálogo de los Beatos, y aun de los Santos por la Santa Silla Apostólica Romana, á la BEATA MARÍA, á
mas

mas de las sumas, que para esta Causa franqueó con magnificencia, digna de su Real cuna, y de su piadoso corazon, escribió una Carta á nuestro Santísimo Padre Pío VI., con fecha de diez y ocho de Noviembre de mil setecientos ochenta y dos, que por ser un testimonio auténtico de la Religion de su grande Alma, y de la grande estimacion y devocion que tenia á nuestra BEATA, tengo por justo copiarla aquí.

BEATÍSIMO PADRE:

La tormenta que ha destruido una parte del Carmelo, ha llenado de desolacion á todas las otras, y ha cubierto con las sombras de los mas espantosos nublados todo aquel Sagrado Monte. En tan grade confusion de cosas, la paternal bondad de V. Santidad que nos asegura, no es posible que dexé de tener parte en nuestros desconuelos, enjuga las lagrimas que el dolor nos hace derramar. Pero este consuelo, Santísimo
Pa-

Padre, será para nosotras tanto mayor, si antes tiene á bien V. Santidad otorgarnos una gracia, que hace mas de un siglo que deseamos, y que con nosotras desea con ansias toda la Francia. Esta es, la Canonizacion de nuestra Venerable Hermana MARÍA DE LA ENCARNACION, la TERESA de Francia; la que con sus afanes y santas industrias ha logrado que nuestras Madres Españolas, discípulas de SANTA TERESA, vinieran á fundar á este Reyno Monasterios de su santo Instituto, disponiendo Dios, que despues viniera á extenderse hasta los mismos Países, de donde se ha levantado la tempestad que nos aflige. ¿Qué triunfo para nosotras enemigo de los ultrajes que estamos padeciendo, si al mismo tiempo que el mundo nos desprecia, el Padre de todos los fieles, propone á su veneracion una segunda Fundadora, y declara que está coronada en el cielo? ¿Qué valor, que aliento nos inspirará á las que vivimos escondidas en el retiro del claustro, y apartadas del trafago del mundo, el brillo de aquella Corona que V. Santidad nos hará resplandecer sobre la cabeza de nuestra Venerable

ra-

rabable Hermana? ¿Qué alivio y consuelo será para nuestras tristes Hermanas, á quienes por fuerza han despojado de su santo Hábito, el poder invocar publicamente á MARÍA, y recurrir á la intercesion de aquella de cuyas manos se puede decir que lo recibieron? Finalmente, Santísimo Padre, ¿qué prueba mas clara de la bondad y paternal afecto de V. Santidad, que la que nos podeis dar, y qué gozo será para nosotras el recibirla en coyuntura tan crítica? Postrada, pues, á los pies de V. Beatitud os rogamos con todo el afecto de nuestro corazon, que no nos niegue esta gracia. Esta restituirá la vida al Carmelo; colmará de gozo á toda la Iglesia, y merecerá á V. Santidad las bendiciones de todo el cielo, y señaladamente de aquella SANTA, cuya gloria habrá V. Beatitud publicado acá en la tierra. A ella acudimos nosotras, sin cesar dia ni noche de implorar las divinas misericordias para la conservacion de tan gran Pontífice. Mi voz, mi débil voz no es digna de ser oida en este Monasterio: pero á lo ménos servirá para explicar el sincero agradecimiento, y

Hh
el

el afecto filial, é inalterable que profeso,
y con que me pretexo

De vuestra Santidad,

SANTÍSIMO PADRE,

Amantísima Hija:

Sor Teresa de San Agustín, R. S. I.

Quán acceptas fuéron al Sumo Pontífice estas fervientes súplicas, lo mostró bien claramente el siguiente Breve, que en respuesta le dirigió su Santidad, y traducido del idioma latino al castellano, dice así:

PÍO PAPA VI.

*A nuestra muy amada Hija en Christo Luisa
María Princesa de la Sangre Real de Francia.*

Mi muy amada, &c. Como experimentamos, que una gran parte de la pena que sabemos te aflige á tí y á tus Religio-

gias Hermanas en estos tiempos, redunda principalmente á Nos, y traspasa con su amargura nuestras paternas entrañas, así ¿qué otra cosa podíamos mas desear en esta ocasion, que encontrar algun comun alivio de nuestro comun sentimiento? Tal, y tan grande sería, el que tu gran piedad, mi muy amada Hija en Christo, te ha inspirado; me hicieras presente, y suplicaras con grande instancia á esta Silla Apostólica, uniendo tus ruegos con los de tus Hermanas, esto es, que declarándola por BEATA, se proponga al culto público de los fieles, á la Venerable Sierva de Dios MARÍA DE LA ENCARNACION, Fundadora de las Carmelitas Descalzas en Francia, á quien por eso mismo llamais vuestra segunda Madre, despues de SANTA TERESA; porque entónces con esta gloria se recompensaran en gran parte los estragos que lloramos en el Monte Carmelo, y brillara este Sagrado Monte con esta nueva lumbrera de Santidad, con grande regocijo de todos los buenos. No pudite hucernos esta súplica con mas eficacia, ni podía haber cosa que mas nos moviera á dir-

Hh 2

te

te este gusto. Porque nos das una nueva prueba, de cuál es el afecto de tu ánimo á las cosas sagradas; quán correspondiente á tu vocacion, y quán ageno de qualquier otro deseo, que no sea el de promover la gloria de Dios. Y así, aunque Nos por Nos mismos deseamos en gran manera alentar á todos los fieles al amor de las virtudes con nuevos exemplos de ellas, y proporcionar delante de Dios nuevos fomentos á toda la Iglesia, á Nos, y á toda vuestra Orden; sin embargo se aumenta mas en Nos este buen afecto con tus ruegos, ó los que sabemos quán atendidos deban ser por tenerlo tú bien merecido. Por lo qual queremos tengais entendido, que quando venga á esta Santa Silla la Causa que me recomendais, la trataremos con el mayor cuidado y esmero, y rogaremos á Dios, que nos asista con el espíritu de su consejo y sabiduría, para determinar lo que haya de redundar en mayor gloria suya. Porque, como tú misma sabes muy bien, el acierto en un asunto, en que tanto interesa la Iglesia, no depende de la voluntad de los hombres, sino de la de Dios,

y

y de su Divina gracia. Por lo mismo, de nuestra parte tambien te encargamos que con tus continuas oraciones, y las de tus Hermanas, nos procures alcanzar del Señor su divina asistencia; que nos es necesaria en un asunto tan grave. Finalmente rogando al Autor de todos los bienes, te conceda la abundancia de las consolaciones celestiales, te damos en su Santo nombre, y de todo corazón la bendicion Apostólica, en testimonio de la buena voluntad que te profesamos. Roma, &c. á veinte y cinco de Diciembre de mil setecientos ochenta y dos: de nuestro Pontificado el octavo.

Estando ya todo á punto de proponerse en la Sagrada Congregacion el Dubio de si habia lugar ó no en la Causa á la Signatura de la Comision dicho de Reasuncion en el estado y términos en que se encontraba, y propuesto éste por el Eminentísimo Ponente en la misma el dia veinte de Diciembre de mil setecientos ochenta y tres, la Sagrada Congregacion dió favorable respuesta. En su consecuencia, la Santidad de nuestro Señor, de propio puño, firmó la

Co-

Comisión de Reasuncion el dia siete de Enero de mil setecientos ochenta y quatro, y en esta ocasion mandó á la Congregacion, que despachase Letras Remisoriales al Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Rems, para verificar, en nombre á la Santa Silla Apostólica con Proceso, no haberse dado, ni darse actualmente algun culto público Eclesiástico á la BEATA, y Letras particulares al mismo Cardenal Arzobispo, al Arzobispo de París, al Obispo de Amiens, para que hicieran averiguacion legal en el nombre dicho de los Escritos y Cartas de la BEATA. Mientras los mencionados Arzobispos y Obispos daban cumplimiento á estas Letras, el Eminentísimo Ponente en diez y ocho de Diciembre de mil setecientos ochenta y quatro, propuso á la Sagrada Congregacion el Dubio de si constaba ó no del valor del Proceso Apostólico formado en París, y en otras Ciudades de Francia desde el año de mil seiscientos treinta, hasta el de mil seiscientos sesenta y tres, y resultó favorablemente: se aprobó la resolucion el veinte y dos del mismo mes y año por su Santidad. En el

el entretanto vino á Roma el Proceso Apostólico, formado en Pontoise sobre la obediencia dada á los Decretos de *non cultu* á la santa memoria de Urbano VIII., y abierto, propuso el Eminentísimo Ponente á la Sagrada Congregacion el dia treinta de Abril de mil setecientos ochenta y cinco el Dubio, *de si la sentencia dada por el Vicario General del Arzobispo de Rems, Juez Delegado por la Sagrada Congregacion, sobre el non cultu dado á la BEATA, debia ó no confirmarse?* y la Sagrada Congregacion resolvió la parte afirmativa, y el dia quatro de Mayo del dicho año confirmó su Santidad el Rescripto. Despues de esto el Eminentísimo Ponente en la Congregacion que se tuvo el diez y siete de Septiembre de mil setecientos ochenta y cinco, dió cuenta de las censuras de Teólogos que habia deputado para el examen y revision de los Escritos de la BEATA, y no habiendo en ellos cosa que oponer, la misma Congregacion respondió: *podia pasarse adelante, reservando siempre al Promotor de Fe, el derecho de hacer á su tiempo y lugar las objeciones que tuviera á bien.* La

La qual respuesta confirmó su Santidad el dia veinte y quatro de dichos mes y año. Hechas así, y dispuestas jurídicamente de antemano todas estas cosas, despues de las Congregaciones, que llaman *Anti-Preparatoria*, y *Preparatoria*, sobre el exámen de las Virtudes Teologales y Cardinales de la BEATA, de las quales la primera se tuvo el treinta y uno de Julio de mil setecientos ochenta y siete ante el difunto Señor Cardenal Negróni, por ausencia del Eminentísimo Señor Ponente, y la segunda en el Palacio Apostólico Vaticano el dia veinte y siete de Mayo de mil setecientos ochenta y ocho; y finalmente despues de la Congregacion General que se tuvo ante nuestro Santísimo Padre el dia veinte y siete de Septiembre del mismo año; á instancia del Señor Dionisio Imbert de Chatenay, Presbítero, de la Diócesis de Aucun, y ahora Abad Comendatario del Monasterio de la Santísima Trinidad, dicho de San Patricio de Ibernia, Postulador de la Causa; á cuyo infatigable zelo, y singular prudencia se debe, en gran parte, el haber llegado tan pron-

pronto el feliz y suspirado dia de la solenne Beatificacion de esta Sierva de Dios, que será el quince de Octubre de este presente año, dia consagrado á la memoria de SANTA TERESA, Fundadora de las Carmelitas Descalzas, y se celebrará en la Iglesia dedicada en Roma á la misma SANTA en la via dicha de las quatro Fontanas, dió su Santidad el siguiente Decreto.



DECRETO

EN LA CAUSA DE PARIS Ó ROAN,

SOBRE LA BEATIFICACION Y CANONIZACION

DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS

SOR MARIA DE LA ENCARNACION,

MONJA LEGA

DE LAS CARMELITAS DESCALZAS,

Y SU FUNDADORA EN FRANCIA.

La Venerable Sierva de Dios MARIA DE LA ENCARNACION, con cuya industria y consejos se estableció en Francia el Orden de las Carmelitas Descalzas, habiendo pasado por los varios estados de la vida, llegó por la grandeza y santidad de sus obras á tener con los pueblos tal fama de virtud, que era mirada como un dechado el mas cabal de doncellas, casadas, viudas y religiosas. Las Monjas de su Orden, que la miraban como á su Fundadora y Madre, cuidaron desde lue-

luego, como muy agradecidas, que sus virtudes heroicas, que solo andaban en boca de las gentes, llegaran á noticia del Supremo Tribunal de la Silla Apostólica, comprobadas con los mas auténticos documentos.

Pero habiéndose pasado un siglo mientras se trataban aquellos puntos, que la Sagrada Congregacion de Ritos suele tratar, antes de entrar en el exámen de las virtudes; se ha suplido superabundantemente la tardanza del tiempo pasado, con la actividad y diligencia del presente. Porque el año pasado de mil secientos ochenta y siete, el dia treinta y uno de Julio se tuvo la primera Congregacion que se llama Anti-Preparatoria acerca de las virtudes, en las casas de la Dataria Apostólica, ante el Reverendísimo Señor Cardenal Negroni, que hacía las veces de su A. R. el Señor Cardenal Duque de Eborá, Obispo de Tusculi, Ponente de la Causa, que se hallaba ausente de Roma: despues, á veinte y siete de Mayo, la otra que se llama Preparatoria en el Palacio Apostólico Vaticano; y de allí á po-

cos dias se señaló el diez y seis de Septiembre para la Congregacion General en presencia de su Santidad: y en ella conformes todos los Serenísimos Cardenales y Consultores, fuéron de dictámen, que la VENERABLE MARÍA DE LA ENCARNACION, habia llegado al grado de perfeccion heroica.

Nada parece que faltaba, segun las reglas de la humana sabiduria, para que la Silla Apostólica declarara por heroicas las virtudes que aquellos Reverendísimos Padres habian juzgado tales. Pero nuestro Santísimo Padre Pio VI., dilató todavía mas el pronunciar la sentencia; juzgando que en asunto tan grave, todavía se debian pedir mas y mas luces al Padre de ellas, que las da abundantemente.

Pero en este dia consagrado á la Madre SANTA TERESA, cuyo Instituto promovió tanto, y al fin abrazó la VENERABLE MARÍA, fué su Santidad á la Iglesia de la misma SANTA, llamada de las quatro fuentes, donde sus Hijas celebraban su fiesta, para celebrar en ella el Santo Sacrificio de la Misa; y entrando en la clausura, juntamente con los

Re-

Reverendísimos Señores, el mencionado Eminentísimo Ponente de la Causa, y el Señor Archinto, Presidente de la Sagrada Congregacion, con el R. P. Carlos Erskine, Promotor de Fe, y conmigo Proto-Notario de la dicha Congregacion de Ritus, por el R. P. Secretario de la Congregacion que estaba ausente; y despues de haber celebrado con muchísima devocion, *declaró solemnemente*: que constaba de las Virtudes Teologales, Fe, Esperanza, y Amor de Dios, y del próximo, de la Venerable Sierva de Dios MARÍA DE LA ENCARNACION, como tambien de sus virtudes Cardinales, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, y de las que son á ellas anexas, en grado heroico, en el caso, y para el efecto de que se trata. Y mandó que este Decreto se publicara y registrara en los Libros de la Sagrada Congregacion, á quince de Octubre de mil setecientos ochenta y ocho.

J. Cardinal Archinto. Pr.

Lugar ✠ del Sello.

J. de Carpinco Protonot. Apost.
Apro-

Aprobadas las virtudes, se examinaron y pusieron en juicio los Milagros obrados por Dios, por intercesion de la BEATA MARIA, despues de su muerte. Y para esto, tanto en la Congregacion Anti-Preparatoria de trece de Abril de mil serecientos noventa, como en la de Preparatoria de quatro de Enero de mil serecientos noventa y uno, se propuso el Dubio, *de si consta de algunos Milagros, y quales sean éstos, para el caso y efecto de que se trata.* Repetido el examen de este Dubio en la Congregacion General, habida ante su Santidad, el cinco de Abril del presente año, la misma declaró por ciertos é indubitables los siguientes:

PRIMER MILAGRO.

Ana le Signe, hija de un Carpintero de París, sorda absolutamente, y por consiguiente muda de nacimiento, sin remedio humano, ni esperanza alguna, habia llegado á la edad de siete años en tan infeliz estado. Á persuasion de otros, y á la fama de los ruidosos Milagros que cada dia obraba el

el Señor, por intercesion de la BEATA, movidos sus Padres, la entregaron á su Abuela para que la llevara á su sepultura. Llegando ambas á dos á Pontoise, comenzó la Abuela á hacer con mucha confianza una Novena á honor de la BEATA, llevando consigo á Misa á la Nieta, como lo habian ofrecido sus Padres ántes que partiera. Faltaban todavía tres dias para concluir este devoto exercicio, quando de repente, quedando enteramente sana, y recobrado el oido, y juntamente el habla, alegre y gozosa volvió á casa de sus Padres.

SEGUNDO MILAGRO.

Un cierto Hilario Beauvin, Tornero de oficio en la Ciudad de Noyon, por espacio de veinte años padecia una úlcera maligna en la ingle derecha, sin que todo este tiempo sirviera de alivio remedio alguno, ni las habilidades de los Cirujanos, quanto ménos de curarlo. Oyendo á un Hermitaño los grandes milagros de que estaba llena la vida de la BEATA, que andaba impresa, pidió al mismo que se la prestara. Al leerla con-

conció tal esperanza en su intercesion, que al momento hizo voto de ir á Pontoise, como lo hizo en compañía de su afligida Consorte. Al pie del sepulcro, habiendo ambos comulgado cumplieron quanto habian prometido, y se pusieron en camino para volver á Nayon. Llegando á su casa, y registrando la parte ofendida, halló enteramente cicatrizada la llaga, sin que quedara señal alguna de la úlcera, ó llaga inveterada.

TERCER MILAGRO.

Juana Beltrán, natural de la Aldea de Sergy, molestada por espacio de seis años de varias llagas en la rodilla derecha, y notablemente encorbada del espinazo, no podía andar sin muletas. Tales incómodos la habian procedido de una maligna afeccion reumática que la habia cogido todo el lado izquierdo. No aprovechándola el arte, ni los remedios, y debilitándose de dia en dia su cuerpo sexagenario, se veía obligada á ir á la Iglesia sobre un jumencillo, y para subir y baxar de él era preciso que la ayudaran. Por consejo de muchas personas piadosas

se hizo llevar á la Iglesia de la Beata; y llegando á ella, y dándole las Monjas un pequeño trozo de su Habito, comenzó una Novena en honra suya con gran fe y devocion, aplicándose á la parte ofendida la dicha Reliquia. Al quarto dia, deshaciéndose en lágrimas de ternura y devocion junto á su sepultura, repentinamente se le enderezó el espinazo, se cicatrizaron las úlceras, y se fortificaron sus piernas, y libre de todo impedimento, anduvo siempre recta, como las personas sanas, y pudo emplearse en todas las labores propias de su clase de Aldeana, con admiracion de todos los que la veían, y sabian su antiguo trabajo.

Pero aunque la Sagrada Congregacion pensase tan favorablemente en orden á los susodichos milagros, juzgando prudentemente nuestro Santísimo Padre, que debia tomar todavia mas maduro consejo en Causa tan grave é importante, y pedir al Señor nuevas luces, dilató el pronunciar sentencia final hasta el dia diez de Abril de mil setecientos noventa y uno, y para esto firmó é hizo publicar el siguiente Decreto.

DECRETO

Sobre la duda de sí, y de qué Milagros consta en el caso, y para el efecto de que se trata.

Habiendo apenas pasado tres años desde que la Silla Apostólica declaró por heroicas las virtudes de la Venerable Sierva de Dios **MARÍA DE LA ENCARNACION**, el día de hoy ha dado la última mano con el testimonio de los milagros, con que Dios se ha dignado honrar á su Sierva; debiéndose atribuir principalmente el adelantamiento de esta Causa al esplendor de estos milagros, y fuerza de estas pruebas. Porque habiéndose tratado una y muchas veces en la Sagrada Congregacion de tres milagros, esto es, primero en la Anti-Preparatoria, en el Palacio de su A. R. el Eminentísimo Cardenal Duque de Eborá, Obispo de Tusculi, Ponente de la Causa el trece de Abril del año pasado; luego en la Preparatoria tenida en el Palacio Apostólico Vaticano el día quatro de Ene-

Enero de este año; no quedó duda alguna á cerca del primer milagro. En quanto á los otros dos, se aclaró con tanta evidencia lo que podia tener alguna duda, que sin embargo de que para la Causa solo se requerian dos milagros, los Reverendísimos Padres, en la Junta General tenida ante nuestro Santísimo Padre Pio Papa VI., el día cinco de Abril, juzgaron que los tres eran igualmente dignos de aprobacion.

Y este fué el dictámen de todos los PP. y si su Santidad no los aprobó desde luego, fué porque para juicio de tanto peso y gravedad, acostumbra la Santa Silla Apostólica hacer todavía mas y mas fervientes oraciones ántes de decidir. Y habiéndolas hecho su Santidad en los días que precedieron al de hoy, en él, que es el de la Dominica de Pasion, convocados los Reverendísimos Cardenales, Archinto, Presidente de la Congregacion, Salviato, haciendo las veces del Eminentísimo Ponente de la Causa, por estar ausente de Roma, el R. P. Carlos Erskine, Promotor de Fe, y Yo el Infrascripto Secretario, despues de haber celebrado la

Santa Misa con grandísima devocion en el Palacio Vaticano; declaró solemnemente: que constaba de tres milagros de la tercera clase, hechos por Dios por intercesion de la VENERABLE MARIA DE LA ENCARNACION, es á saber. El primero, la repentina curacion de Ana le Signe, niña de ocho años poco mas ó menos, sorda de nacimiento, y por consiguiente muda. El segundo, la instantanea y perfecta curacion de Hilario Beauvin de una úlcera maligna y profunda que padecia habia veinte años en la ingle derecha. El tercero, la instantanea y perfecta curacion de Juana Beltrán, de edad de sesenta años, de un afecto maligno reumático, que por espacio de seis años la habia ocasionado una úlcera junto á la rodilla izquierda, imposibilitada de moverse, é inclinacion del espinazo. Y su Santidad me entregó este Decreto para publicarlo, é insertarlo en los Libros de la Congregacion, á diez de Abril de mil setecientos noventa y uno.

J. Cardenal Archinto Pr.

Lugar del ✠ Sello.

D. Coppola, Sec. de la Sag. Cong.

Pa-

Parecia que despues de todo esto no habia ya cosa que pudiera retardar la Beatificacion de nuestra Sierva de Dios. Pero en observancia de la antigua disciplina, quiso el Sumo Pontífice, que se examinase el punto, de *¿si atendida la aprobacion de las virtudes y de los milagros, podia procederse seguramente á la Beatificacion de la Venerable Sierva de Dios?* A la qual duda propuesta en su pesencia en una Congregacion General de Ritos, el dia diez y seis de Abril de mil setecientos noventa y uno, habiéndose respondido, con votos conformes: poder su Santidad proceder seguramente, el dia veinte y quatro del dicho mes y año, en que caía la Pasqua de Resurreccion, su Santidad para dar un claro testimonio de su devocion á la Venerable, sin exemplar dió el Decreto de su Beatificacion en publico Consistorio, que celebró para este efecto en la Capilla Sixtina del Palacio Vaticano, y fué del tenor siguiente:

DE-

DECRETO

Sobre el Dubio si, y constando la aprobacion de las virtudes, y de tres milagros se puede proceder seguramente á la solemne Beatificacion de la misma Venerable Sierva de Dios?

Quando llegan del Reyno de Francia, todos los dias nuevos motivos de dolor al paternal corazon de nuestro Beatissimo Padre Pío VI., por ver tan vulnerada allí la unidad y jurisdiccion de la Iglesia, recibe no poco consuelo en la Venerable Sierva de Dios MARIA DE LA ENCARNACION, natural del mismo Reyno, que, terminado finalmente el juicio, se ha declarado digna de los honores de los Bienaventurados. No podia suceder una cosa mas á tiempo, que decretarse culto publico en su propia patria, y proponerse á la veneracion, é imitacion de los paisanos la vida de una Ciudadana, que celebrada, segun el testimonio de los mismos Franceses, por exemplar clarissimo de san-

santidad en el siglo pasado, ya desde entonces á lo que parece reprobaba con sus palabras y obras las novedades profanas del presente tiempo. En ella se dexó ver un zelo grandissimo de dilatar la Fe Católica; un desvelo sumo por aumentar el decoro de la Religion, y no ménos respeto y reverencia á la Iglesia y su Gerarquía. Ella, llevada del deseo de la extirpacion total de las heregias, pedia á Dios esta gracia continuamente en oraciones fervorosas, y auxiliada de algunos Eclesiásticos, no reparó en gastos ni fatigas á fin de que volviesen los hereges al gremio de la Iglesia, y adoptasen los Santos y verdaderos Dógmás. Los Templos y sus Ministros, cuyos bienes ahora se hallan confiscados, y sus rentas disminuidas, la costaron siempre tanto cuidado, que ya con sus limosnas propias, ya con las que recogía de todas partes, socorria la necesidad de los Ministros, y aplicaba toda su industria, y excitaba con su exemplo la de otras Señoras, ó para aumentar los Ornamentos Sacerdotales, ó para que fuesen lo mas preciosos que fuese posible.

Los

Los Ordenes Religiosos, que la Francia se ha propuesto extinguir en el presente tiempo, la fueron á ella tan amables y respetables, que no solo los protegió en todas partes eficazmente, y los sustentó con limosnas quantiosas, sino que trabajó fuertemente, y quanto pudo con su mediacion, bienes y fatigas, á fin de introducir en la Francia nuevos Ordenes Religiosos, señaladamente el de las Carmelitas Descalzas, y desde que logró ser admitida entre esta Familia Sagrada en el humilde estado de Leiga, protexió públicamente, y delante de todos, que este había sido uno de los mayores beneficios que Dios la había hecho, sin haberle merecido. Los Ritos de la Iglesia, y particularmente las horas Canónicas, cantadas en el Coro, que han cesado al presente en muchos Templos, por hallarse desechos los Cabildos de Canónigos, le deleytaban de tal manera, que seis dias ántes de su muerte, sin embargo de hallarse sin gusto para todo por su enfermedad y dolores, quiso que la llevasen al Coro, y asistió á los Sagrados Oficios del Viernes Santo.

ro. Ella en fin hizo ver que apreciaba sumamente la autoridad divina de la Iglesia; que obedecía con exáctitud y esmero sus establecimientos hasta en las cosas mas mínimas, que veneraba á sus Prelados como á unos Angeles baxados del Cielo, y sobre todo, que la idéa del Orden y jurisdiccion del Sumo Pontífice, la hacia tal impresion, que ni aun su nombre se atrevia á pronunciar sin alguna exterior señal de reverencia, y obedecía todas sus decisiones con gusto y prontitud, como si fueran decretadas por el mismo Dios. Por tanto, quando ahora ve desde el Cielo trastornada enteramente la disciplina de la Iglesia, transferido su gobierno á una Junta de Ciudadanos, cercenados los Sacro Santos derechos de los Obispos, privados los Pastores de sus Sillas, y que la Suprema Jurisdiccion del Romano Pontífice, desterrada de la Francia, anda como peregrina, parece que está desde allí detestando y reprobando un tan grande trastorno de las cosas Eclesiásticas, y que poniéndoles delante el exemplo de sus Virtudes, avisa á sus descaminados Conciuda-

dadanos, que vuelvan en fin al camino de la verdad. Decretados, pues, los públicos cultos á esta grande alma, hay motivo de esperar en el Señor, que los Franceses excitados á su veneracion é imitacion logren un fruto copioso de su amor á su Patria, y les alcance de Dios el beneficio de que vuelva conservarse la Religion ilésa y entera.

Con esta esperanza, el Sumo Pontífice Pio VI, después de haber aprobado sus virtudes en grado heroyco el dia quince de Octubre de mil setecientos ochenta y ocho, y aprobado el dia doce de Abril de este presente año los tres Milagros, con que manifestó Dios su Santidad, y oídos los Padres convocados en una Congregacion General de Ritos, celebrada á presencia suya el dia diez y seis de Abril, que con unánime consentimiento, dixéron, no habia impedimento en que se procediese *seguramente* á ponerla en el catalogo de los Beatos, dirigidas después de todo eso muchas súplicas á Dios, por último, en el presente dia de la solemnidad de la Pasqua, para unir con la gozosa memoria de Christo

Re-

Resucitado la gloria de los escogidos de Dios, que tiene su principio de su Resurreccion, después de haber celebrado el Pontifical en la Basilica Vaticana, convocados los Reverendísimos Cardenales Archinto, Prefecto de la Sagrada Congregacion de Ritos, y Salviato en nombre de su A. R., el Reverendísimo Cardenal Duque de York, Obispo Tusculano, Relator de la Causa, y ausente de Roma, convocado tambien el R. P. Carlos Erskine, Promotor de Fe, y Yo el infrascripto Secretario, pronunció solemnemente, y segun costumbre: *que se podia proceder seguramente á la Beatificacion de la Venerable Sierva de Dios Marta de la Encarnacion*, y mandó que este Decreto se publicase y archivase, y que se formasen Letras Apostólicas en forma de Breve de Beatificacion, que se celebraría á su debido tiempo en la Basilica Vaticana, dia veinte y quatro de Abril de mil setecientos noventa y uno.

J. Cardenal Archinto, Prefecto, Lugar ~~X~~ del Sello.

D. Coppola, Secretario de la Sagrada Congregacion de Ritos.

L12

PIO

PÍO VI. PAPA.

Para perpetua memoria.

Bendigamos á Dios Padre de nuestro Señor Jesu-Christo, Padre de las misericordias: y Dios de toda consolacion, que se digna consolarnos en todas nuestras tribulaciones, y que en medio de los inexplicables trabajos, que en estos tan críticos tiempos sufrimos por la Religion Católica, especialmente para que á pesar de las escandalosas novedades y cismas excitados últimamente por los enemigos de toda Religion, se conserve pura é ilesa en el Reyno, que ántes era Christianísimo de Francia, no ha dexado de enviarnos los consuelos del mismo parage de donde hemos recibido las mayores tribulaciones, llenándonos de espiritual gozo al contemplar las heroyas virtudes de la Sierva de Dios MARÍA DE LA ENCARNACION, Religiosa Lega; y Fundadora de la Orden de Religiosas Descalzas de nuestra Señora del Carmen en dicho Reyno de Fran-

Francia. Esta, pues, que nació en París, de nobles y muy Católicos Padres, en un tiempo en que los Calvinistas tenían confundidas las cosas Sagradas con las profanas, dió desde su juventud pruebas patentes de su futura Santidad, en la pureza de la fe é inocencia de costumbres: sujeta despues al Sagrado vínculo del Matrimonio, no solo se dedicó como muger fuerte á cuidar con el mayor esmero de la christiana y política educacion de sus hijos, y del buen gobierno de su casa, sino tambien, que llorando los males originados, en toda Francia, de las guerras civiles, logró, á costa de muchos trabajos, y venciendo innumerables dificultades, que se reedificasen los Conventos de Religiosas derrotados, ó enteramente asolados por los Hereges: que se restableciese en ellos la disciplina regular, y que se introduxese en aquel Reyno la Reforma de la Orden de Religiosas Carmelitas (que se llaman Descalzas), que ántes habia hecho en España SANTA TERESA DE JESUS; y muerto su Marido, esto es, luego que pudo vivir para sí sola, enamorada de las delicias de la

la vida Religiosa; dexando arregladas las cosas de su casa, y huyendo de las asechanzas de este siglo, se refugió en el Convento de Religiosas de la mencionada Orden, que ella misma habia fundado en Amiens, y aunque era Fundadora del dicho Convento, quiso, dando un raro exemplo de humildad, ser recibida por Lega, y hacer en él la profesion regular como tal, y no como Religiosa de velo negro. Fué tan singular en la práctica de la obediencia que vivió como las demas, sujeta humildemente á su propia Hija, que fué por algun tiempo Superiora del mismo Convento, y tambien se empleó siempre gustosamente en todos los ministerios humildes de la Casa, hasta que, labrada con las continuas y graves penalidades que la atormentaban incesantemente, y con las voluntarias mortificaciones de la carne, despues de quatro años escasos de haber entrado en Religion, fué á gozar de la eterna bienaventuranza. Siendo los referidos hechos, y toda la vida de esta Sierva de Dios, una manifiesta reprobacion de las novedades que al presente se adoptan en Fran-

Francia, parece que por especial providencia de Dios estaba reservado, desde casi dos siglos hasta ahora, el promover para nuestro consuelo, y para ámparo y defensa de sus paisanos, y decoro y esplendor de la Iglesia Católica el culto y veneracion en los Altares de **MARÍA DE LA ENCARNACION**. Y en atencion á que despues de reconocidos y examinados con madura reflexion por nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, Vocales de la Congregacion de los Sagrados Ritos, los Procesos hechos con licencia de la Sede Apostólica sobre la Santidad de la Vida y Virtudes, así Teologales, como Morales en grado heroeyco, en que floreció de muchos modos la mencionada Sierva de Dios **MARÍA DE LA ENCARNACION**, y sobre los milagros que para manifestar su Santidad á los hombres constaba haber obrado Dios por su intercession; y en vista tambien de los pareceres de los Consultores, la enunciada Congregacion, en la que ha celebrado en nuestra presencia, fué de unanime y uniforme dictamen de que siendo de nuestro agrado,

podíamos pasar á declarar BEATA con los acostumbrados Indultos, á esta Sierva de Dios. Por tanto, condescendiendo benignamente con las rendidas, piadosas y encarecidas súplicas que se nos han presentado sobre ello por toda la Orden de Religiosos Descalzos de nuestra Señora del Carmen, conformándonos con el parecer y asenso de la enunciada Congregacion, con la Autoridad Apostólica, por el tenor de las presentes, concedemos Indulto para que la mencionada Sierva de Dios MARÍA DE LA ENCARNACION en adelante sea llamada BEATA, y su Cuerpo y Reliquias se expongan á la veneracion de los Fieles (pero no para que sean llevadas en Procesion); y tambien se adornen sus Imágenes con rayos, ó resplandores, y se rece de ella, observando las Rúbricas del Breviario, y del Misal Romano, todos los años el día que señaláren los Ordinarios, y los Prelados de la sobredicha Orden, á quienes corresponda, y se celebre Misa de *communi nec Virginum, nec Martyrum*, con las Oraciones propias, que se han de aprobar por Nos; y concedemos que se rece el dicho Ofi-

Oficio, y respectivamente se celebre la enunciada Misa, por toda la Orden de Religiosos y Religiosas Descalzas de nuestra Señora del Carmen, y por todos los Fieles Christianos de ambos sexos, así Seculares, como Regulares, que tienen obligacion de rezar el Oficio Divino, en la Ciudad y Diócesis de Amiens, en donde hizo su Profesion Religiosa; y en la Ciudad y Diócesis de Roan, desde donde su bendita alma voló al Cielo, y en donde dió insignes exemplos de santidad, y su Venerable Cuerpo descansa. Y por lo respectivo á la Misa, que igualmente la digan todos los Sacerdotes que concurren á celebrar en las Iglesias en que se haga la Fiesta de esta BEATA. Asimismo concedemos facultad para que dentro de un año, que se ha de contar desde el día de la Data de estas Letras (y por lo respectivo á las Indias, desde el día en que llegáren allá) se celebren las Funciones solemnes de la Beatificacion de la enunciada Sierva de Dios, con Oficio y Misa, con Rito de doble mayor, en el día que se señaláre por el Ordinario en las Iglesias de la Orden,

den , y en las sobredichas Ciudades y Diócesis ; y esto despues que se haya celebrado la presente Beauficacion en nuestra Basilica de San Pedro , en el Varicano de esta Ciudad de Roma , el dia cinco de Junio próximo siguiente. Sin que obsten las Constituciones y disposiciones Apostólicas , ni otras qualesquiera cosas que sean en contrario. Y es nuestra voluntad , que á los Trasuntos ó Exemplares de las presentes Letras , aunque sean impresos , firmados de mano del Secretario de dicha Congregacion de Cardenales , y sellados con el Sello de la misma Congregacion , se les dé igual fe por todos , que se las daría á éstas si fueran exhibidas ó mostradas. Dado en Roma en San Pedro , sellado con el Sello del Pescador el dia veinte y quatro de Mayo de mil setecientos noventa y uno. = Romualdo Cardenal Braschi Onesti. = En lugar ✕ del Sello del Pescador.

ORA-

ORACIONES

PARA LA MISA DEL DIA DE LA FIESTA DE LA BEATA MARÍA DE LA ENCARNACION , RELIGIOSA LEGA PROFESA DE LA ORDEN DE CARMELITAS DESCALZAS , Y FUNDADORA DE LA MISMA ORDEN EN FRANCIA.

ORACION.

Dios , dador de todos los bienes , que fortalecisteis a la BEATA MARÍA con ardiente zelo de la honra vuestra , y con admirable constancia en las adversidades , conceded por sus méritos á estos vuestros Siervos , que podamos sufrir con fortaleza todas las cosas adversas , y perseverar en el amor de vuestra Santa Religion. Por nuestro Señor , &c.

SECRETA.

Os rogamos , Señor , que por la intercesion de la BEATA MARÍA , sea santificado el dón de esta nuestra oblacion , para que pueda ceder en loor vuestro , y aprovecharnos para nuestra salvacion. Por nuestro Señor , &c.

POST COMMUNIO.

Habiendo ya recibido , Señor , el Santísimo Sacramento de vuestro Cuerpo y Sangre,

gre, os rogamos rendidamente, que por la intercesion de la BEATA MARÍA, sirva para nuestro remedio lo que hemos hecho en honra suya. Por nuestro Señor, &c.

DECRETO.

Causa de Paris, ó sea de Roan.

El Papa Pío VI., nuestro Santísimo Señor, condescendiendo con la muy rendida súplica de Nicolas Imbert de Chatenay, Presbitero de Auxerre, y Postulador de la Causa de la Venerable Sierva de Dios MARÍA DE LA ENCARNACION, ha aprobado las preinsertas Oraciones, despues de revistas por el R. P. Don Carlos Erskine, Promotor de la Fe, Ponente; y ha concedido que se puedan decir en la Misa solemne, que se ha de celebrar en la Basilica Vaticana, para la Beatificacion de la mencionada Sierva de Dios, el día primero de Junio de mil setecientos noventa y uno. = Juan Cardenal Archinto, Prefecto. = En lugar ~~X~~ del Sello. Domingo Coppola, Secretario de la Congregacion de Sagrados Ritos.

FIN.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



